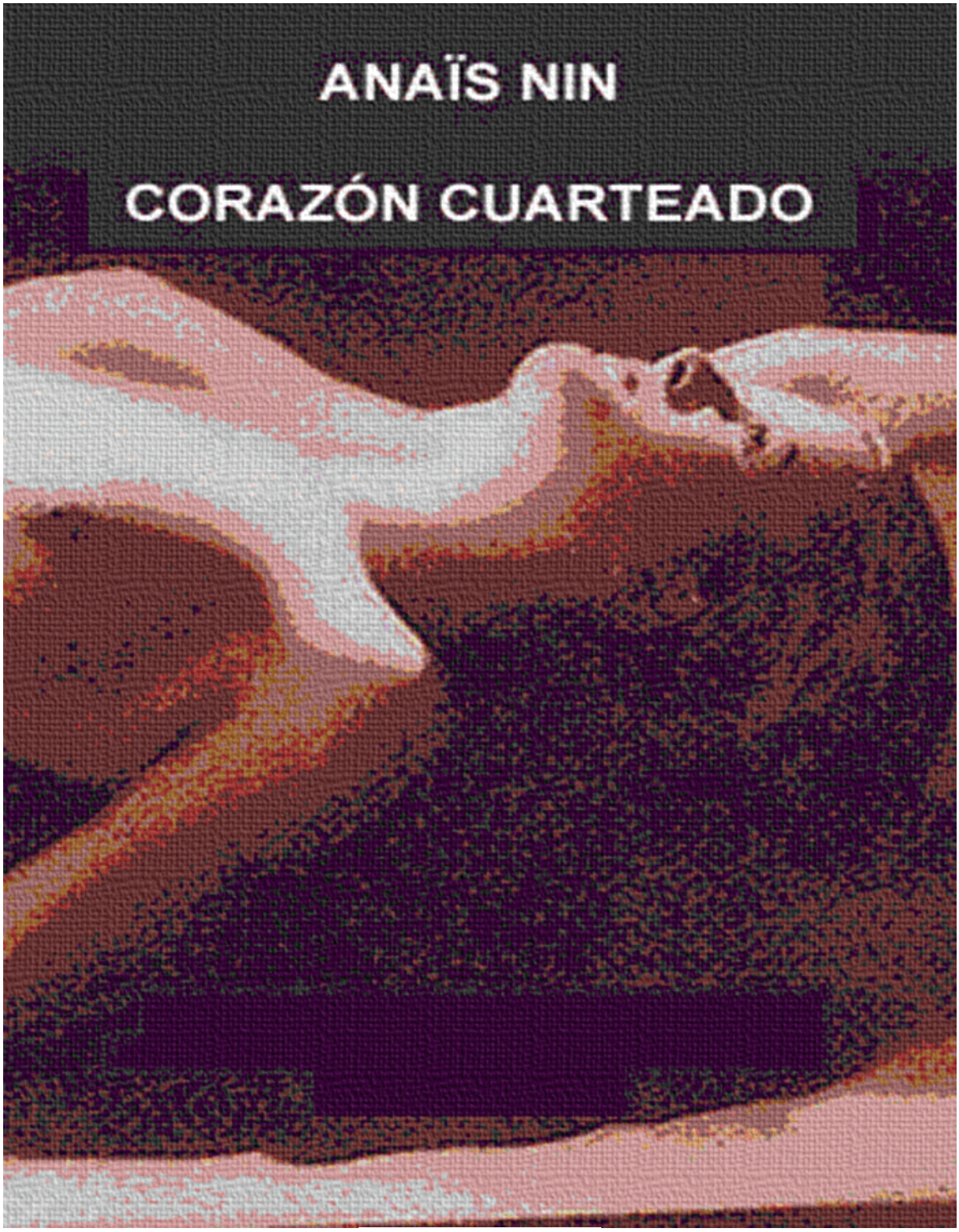
CORAZÓN CUARTEADO
ANAÏS NIN



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

La guitarra destilaba su música.
Rango la tocaba con el cálido color cobrizo de su piel, con la pupila de carboncillo de los ojos, con la espesa fronda de sus cejas, derramando en la caja color miel los sabores del camino abierto en el que vivía su vida de zíngaro: tomillo, romero, orégano, mejorana y salvia. Derramando en la caja de resonancia el vaivén sensual de su hamaca colgada en la carreta gitana y los sueños nacidos en su colchón de crin negra.
ídolo de los clubs nocturnos, en donde hombres y mujeres obstruían puertas y ventanas, encendían velas, bebían alcohol, y bebían de su voz y de su guitarra, las pociones y las hierbas del camino abierto, las cencerradas de la libertad, las drogas del ocio y de la pereza.
Al amanecer, las mujeres, sin contentarse con la transfusión de vida proporcionada por las cuerdas de tripa, henchidas de la savia de su voz traspasada a sus venas, querían tocar su cuerpo con sus manos. Pero al amanecer, Rango se echaba la guitarra al hombro y alejábase caminando.
—¿Estarás mañana aquí, Rango?
El mañana podía encontrarle tocando y cantando a la cola negra que su caballo meneaba filosóficamente, camino hacia el Sur de Francia.
Djuna se inclinaba hacia ese Rango ambulante para captar todo lo que su música contenía, y su oído detectaba la presencia de aquella inalcanzable isla de felicidad que había estado persiguiendo, que había entrevisto en la fiesta a la que nunca asistiera pero que, siendo niña, había contemplado desde la ventana. Y como un viajero perdido en un desierto, se inclinaba más y más anhelante hacia aquel espejismo musical de un placer desconocido para ella, el placer de la libertad.
—Rango, ¿querrías tocar alguna vez para que yo bailase? –preguntó con dulzura y fervor, y Rango, que iba a salir, se detuvo para inclinarse ante ella, con una inclinación de asentimiento que se había ido creando durante siglos de estilización y nobleza de porte, con una inclinación que denotaba la generosidad del gesto de un hombre que nunca había estado atado.
–Cuando quieras.
Mientras concertaban el día y la hora, y mientras ella le daba su dirección, caminaron instintivamente hacia el río.
Sus sombras, que avanzaban ante ellos, revelaban el contraste existente entre ambos. El cuerpo de él era dos veces mayor que el de ella. Djuna caminaba en línea recta, como una flecha; Rango deambulaba. Mientras le encendía un cigarrillo, las manos de él temblaban, las de ella permanecían firmes.

–No estoy borracho –dijo él, riendo–, pero me he emborrachado tan a menudo que, por lo visto, me han quedado manos temblorosas para toda la vida.
–Rango, ¿dónde tienes el carro y el caballo?
–No tengo carro ni caballo. Hace mucho tiempo que no los tengo. Desde que Zora se puso enferma, hace años.
–¿Zora?
–Mi mujer.
–¿Tu mujer también es gitana?
–No, y yo tampoco. Nací en Guatemala, en la cumbre de la montaña más alta. ¿Te sientes desilusionada? Esa leyenda era necesaria para mantenerme, para el club nocturno, para ganarme la vida. Y, además, me protege. En Guatemala tengo una familia que se avergonzaría de mi vida actual. Me es-

Librodot

capé de casa a los diecisiete años. Me crié en un rancho. Incluso hoy en día mis amigos dicen: «Rango, ¿dónde tienes el caballo? Siempre parece que lo acabas de dejar en la cancela».
Viví con los gitanos en el Sur de Francia. Me enseñaron a tocar. Me enseñaron a vivir como ellos. Los hombres no trabajan; tocan la guitarra y cantan. Las mujeres les cuidan robando comida bajo sus amplias faldas. ¡Zora nunca logró aprenderlo! Se puso muy enferma. Tuve que dejar de vagar. Ya hemos llegado a mi casa. ¿Quieres pasar?
Djuna contempló la casa de piedra grisácea.
Todavía no había borrado de sus ojos la imagen de Rango en los caminos abiertos. El contraste resultaba doloroso y dio un paso atrás, súbitamente intimidada por un Rango sin caballo, sin libertad.

Las ventanas de la casa eran largas y estrechas. Parecían enrejadas. Djuna todavía no podía soportar la visión de cómo Rango había sido capturado, domesticado, enjaulado, de cuáles habían sido las circunstancias, y quién su artífice.
Estrechó su mano grandota, la mano grande y cálida de un cautivo, y le abandonó con tanta rapidez que él quedó aturdido. Permaneció sorprendido, balanceándose, encendiendo torpemente otro cigarrillo, preguntándose por qué ella había salido huyendo.
No sabía que Djuna acababa de perder de vista una isla de felicidad. La imagen de una isla de felicidad evocada por su guitarra se había desvanecido. Avanzando hacia un espejismo de libertad, había penetrado en un bosque lóbrego, el bosque lóbrego de sus ojos oscureciéndose al decir: «Zora está muy enferma». El bosque lóbrego de su pelo despeinado al inclinar la cabeza, arrepentido: «Mi familia se sentiría avergonzada de la vida que ahora llevo». El bosque lóbrego de su perplejidad en el momento de ir a entrar en una casa demasiado gris, demasiado mísera, demasiado hacinada para su cuerpo grande y potente.

Su primer beso fue presenciado por el río Sena, que llevaba góndolas de farolas callejeras reflejadas entre sus pliegues de lentejuelas, que llevaba halos de farolas floreciendo en matorrales de adoquines de negro lacado, que llevaba árboles de plateada filigrana abiertos como abanicos tras cuyo reborde los ojos del río les incitaban a ocultos coqueteos, que llevaba húmedas pañoletas de niebla y el cortante incienso de las castañas asadas.
Todo había caído al río y era arrastrado por él, excepto el pretil en el que ellos se encontraban.
Su beso fue acompañado por el organillo callejero y duró toda la partitura musical de *Carmen* y, cuando finalizó, ya era demasiado tarde; habían apurado la poción hasta su última gota.
La poción que beben los amantes no la prepara nadie: la preparan ellos mismos.
La poción es la suma de toda nuestra existencia.
Cada palabra dicha en el pasado ha ido acumulando formas y colores en la persona. Lo que discurre por las venas, además de sangre, es la destilación de cada acto cometido, el sedimento de todas las visiones, deseos, sueños y experiencias. Todas las emociones pretéritas confluyen para teñir la piel y aromatizar los labios, para regular el pulso y producir cristales en los ojos.
La fascinación ejercida por un ser humano sobre otro no es la personalidad

que éste emite en el instante mismo del encuentro, sino una recapitulación de todo su ser de la que emana esa poderosa droga que captura la ilusión y el apego.
No existe momento de encanto que no tenga largas raíces en el pasado, no existe momento de encanto nacido de la tierra yerma, accidente despreocupado de la belleza, sino suma de grandes aflicciones, crecimientos y esfuerzos.
Pero el amor, el gran narcótico, era el invernadero en el que todas las personalidades se abrían en plena eclosión... amor el gran narcótico era el ácido en la botella del alquimista que hacía visibles las sustancias más inescrutables... amor el gran narcótico era el *agent provocateur* que exponía a la luz del día todas las personalidades secretas... amor el gran narcótico otorgaba clarividencia a las yemas de los dedos... bombeaba iridiscencia a los pulmones para rayos X trascendentales... imprimía nuevas geografías en el revestimiento de los ojos... adornaba las palabras con velas, los oídos con aterciopeladas sordinas... y pronto el pretil dejó caer también sus sombras al río, para que el beso pudiese ser bautizado en las aguas sagradas de la continuidad.

A la mañana siguiente, Djuna recorrió el Sena preguntando a los pescadores y a los marinos de las barcazas si había por alquilar alguna barcaza en la que ella y Rango pudieran vivir.
Mientras permanecía junto al parapeto del pretil, inclinándose luego a contemplar las gabarras, un policía la estuvo vigilando.
(¿Acaso piensa que voy a suicidarme? ¿Tengo aspecto de alguien a punto de suicidarse?¡Él sí que está ciego!¡Nunca he tenido tan pocas ganas de morir, precisamente el día en que empiezo a vivir!)

El agente contempló cómo bajaba corriendo las escaleras para hablar con el propietario de «Nanette», una barcaza de un rojo chillón. «Nanette» tenía ventanucos acicalados, con cortinitas de cuentas igual que las ventanas del portero en los edificios de pisos.
(¿Para qué poner en una barcaza los mismos ornamentos que en una casa? Esa gente no está hecha para el río, ni para los viajes. Les gusta lo familiar, les gusta seguir viviendo en tierra firme, pero Rango y yo queremos huir de casas, cafés, calles, gente. Queremos encontrar una isla, una celda solitaria, donde podamos soñar juntos en paz. ¿Por qué iba a pensar el policía que podía echarme al río en ese momento, cuando jamás había sentido tan pocas ganas de morir? ¿O acaso está ahí para reprocharme que me hubiera escabullido de casa de mi padre anoche, después de las diez, tomando infinitas precauciones, dejando la puerta principal abierta para que no me oyera salir, desertando de su casa con el corazón desbocado porque ahora tiene el cabello blanco y ya no entiende que alguien necesite amar, porque lo ha perdido todo, y no a causa del amor, sino de sus juegos con el amor?; cuando se ama como si se jugase, uno lo pierde todo, como él perdió hogar y esposa, y ahora se aferra a mí, temiendo la pérdida, la soledad.)

Aquella mañana se despertó a las cinco y media, destrenzó suavemente su cuerpo de entre los brazos de Rango y llegó a su habitación a las seis, y a las seis y media su padre llamó a la puerta porque estaba enfermo y quería que le cuidase.

¡Alí Baba protege a los amantes! Les da suerte como a los bandidos, y sin culpabilidad alguna; porque el amor llena a algunas personas y las lleva más allá de toda ley; no existe tiempo ni lugar para lamentaciones, dudas, cobardías. El amor corre libre y atolondrado; y todas las simpáticas añagazas perpetradas para proteger de sus quemaduras a otros –los que no son amantes, sino tal vez víctimas de esa expansión del amor– les permiten tomárselas con cariño y alegría, tomárselas con cariño y alegría como Robin Hood, u otros juegos infantiles; porque Anahita, la diosa de la luna, ya vendrá a juzgarnos e imponer un castigo, señor policía. De modo que mejor será que espere sus órdenes, porque estoy segura de que no me comprendería si le dijese que mi padre es deliciosamente claro y egoísta, tierno y mentiroso, formal e incurable. Agota todos los amores que se le ofrecen. Si no abandonase su casa por la noche para calentarme en las manos ardientes de Rango, moriría en mi empeño, árida y estéril, reseca, mientras mi padre monologa sobre su pasado, y yo bostezo bostezo bostezo...
¡Es como si mirase álbumes familiares, colecciones de sellos! Compréndame, señor policía, si puede: si lo único que yo tuviese fuera eso, entonces sí que estaría en peligro de saltar al Sena, y usted tendría que darse un buen remojón para salvarme. Mire, tengo dinero para un taxi, canto una canción de acción de gracias al taxi que alimenta el sueño y lo transporta incólume, frágil pero incólume, a todas partes. El taxi es el objeto que más se asemeja a las botas de siete leguas, perpetúa el ensueño, mi vicio, mi lujo. Oh, si lo desea puede arrestarme por soñar, por ese vagabundeo desaforado, puesto que en él reside la célula, el germen misterioso, acolchado, fecundo, del que todo nace; todo lo que el hombre ha alcanzado alguna vez ha nacido de esa pequeña célula...)

El policía pasó y no la arrestó, de modo que confió en él y descubrió que sabía muchas cosas. Conocía muchas barcazas aquí y allá. Conocía una en la que servían patatas fritas y vino tinto a los pescadores, otra en la que los trotamundos podían pasar la noche por cuatro cuartos, una en la que una mujer con pantalones esculpía grandes estatuas, otra convertida en piscina para niños, otra más, para hombres, llamada el lanchón de las luces rojas y más allá de ésa todavía, otra que había sido utilizada por una compañía de actores para viajar por toda Francia, y en ésa podía preguntar, porque estaba vacía y desahuciada para efectuar largos viajes...

Se hallaba anclada cerca del puente, larga y ancha, con una proa recia de la que colgaba la pesada cadena del ancla. No tenía ventanas en la borda, pero sí una trampilla de vidrio en cubierta que le franqueó un viejo vigilante. Descendió una escalerilla estrecha y empinada y se encontró en una estancia amplia, iluminada a través de claraboyas, y luego con una habitación más chiquita, un pasillo y más camarotes pequeños a cada lado.
La gran pieza central, que había sido empleada como escenario, estaba todavía repleta de decorados abandonados y cortinajes y vestidos. Los pequeños camarotes que se abrían a ambos lados sirvieron otrora de camerinos para los actores ambulantes. Ahora se hallaban llenos de botes de pintura, madera para el fuego, herramientas, sacos viejos y periódicos. En la proa de la gabarra había una amplia habitación empapelada con reluciente tela alquitranada. Las claraboyas sólo dejaban ver el cielo, pero dos aberturas en la pared, que se abatían con una cadena como puentes levadizos, se hallaban

Librodot

cortadas tan sólo a unas pulgadas sobre el nivel del agua y se abrían sobre la orilla.
El vigilante ocupaba uno de los camarotes pequeños. Llevaba boina y un blusón azul oscuro, de algodón, como los campesinos franceses.
Le explicó:
–Antaño fui capitán de un yate de recreo. El yate explotó y perdí la pierna. Pero puedo traerle agua, y carbón y leña. Puedo bombear la sentina todos los días. Esta barcaza sólo necesita que se le vigilen las vías de agua. Es bastante vieja, pero la madera es resistente.
Las paredes de la gabarra se curvaban como el interior del vientre de una ballena. En las viejas cuadernas podían verse las huellas de antiguos cargamentos: madera, arena, piedra y carbón.
Cuando Djuna se iba, el viejo vigilante tomó un trozo de madera de cuyos extremos pendía un cubo colgado de una cuerda. Lo balanceó sobre sus hombros como un aguador japonés, y empezó a saltar tras ella con su única pierna, manteniendo un equilibrio milagroso sobre los grandes adoquines.

La noche invernal llegó cubriendo la ciudad, espolvoreando los reverberos callejeros de neblina y humo hasta disolver su luz en una aureola de santidad.
Cuando Djuna y Rango se encontraron, él se hallaba triste por no haber encontrado ningún sitio donde cobijarse. Djuna dijo:
–He encontrado algo que has de ver; si te gusta, puede servirnos.
Mientras caminaban por los muelles, al pasar frente a la estación, por una calle que estaba en obras, Djuna se apoderó de uno de los farolillos rojos dejados por los trabajadores, y avanzó con él, siempre encendido, hacia el otro lado del puente. A medio camino se encontraron con el policía que la había ayudado a dar con la barcaza. Djuna pensó: «Me arrestará por haber robado un farolillo de las obras».
Pero el agente no la detuvo. Limitose a sonreír, sabiendo hacia dónde se dirigía, y, cuando pasaron junto a él, simplemente echó una mirada a la constitución de Rango.
El viejo vigilante apareció inesperadamente en la trampilla y gritó:
–¡Eh, quién va! Ah, es usted, señorita. Espere. Le abriré –y abrió de par en par la portezuela de la trampilla.
Bajaron la escalerita de caracol y Rango olisqueó complacido la brea. Al contemplar la pieza, las sombras, las cuadernas, exclamó:
–Es como los cuentos de Hoffmann. Es un sueño. Un cuento de hadas.
El anciano abuelo del río, ex capitán de un yate de recreo, resopló con insolencia ante esa observación y volviose a su camarote.
–Esto es lo que yo quería –dijo Rango

Inclinose para entrar en la diminuta habitación situada en la proa de la barcaza; era como una pequeña prisión en punta, con las ventanas enrejadas. La enorme cadena del ancla colgaba ante los barrotes de hierro. El suelo estaba desgastado, podrido por la humedad, y a través de los agujeros podían distinguir el agua que se acumula en la sentina de todos los barcos, como dedos posesivos del mar y del río afirmando su dominio sobre el navío.
Rango dijo:
–Si algún día me eres infiel, te encerraré en este camarote.
Con las esbeltas sombras que les rodeaban por todas partes, las cuadernas

medievales crujiendo sobre sus cabezas, las salpicaduras del agua, el moho de la sentina y el quejido herrumbroso de la cadena del ancla, Djuna creyó en sus palabras.
–Djuna, me llevas a vivir al fondo del mar, como una sirena de verdad.
–Tengo que ser una sirena, Rango. No me asustan las profundidades, pero sí la vida superficial. Pero tú, pobrecito Rango, vienes de las montañas, el agua no es tu elemento. No serás feliz.
–Los hombres de las montañas siempre sueñan con el mar, y lo que más me gusta de todo es viajar. ¿Hacia dónde vamos a zarpar ahora?
Mientras pronunciaba estas palabras, otra barcaza pasó río arriba, junto a la suya. Toda la gabarra se estremeció; el gran esqueleto de madera crujió como los huesos de un gigante.
Rango se tumbó y dijo:
–Estamos navegando.
–Estamos fuera del mundo. Todos los peligros están afuera, afuera en el mundo.
Todos los peligros... los peligros para el amor venían, o eso creían ellos, y lo creen todos los amantes, de afuera, del mundo, y jamás hubieran sospechado que la simiente de la muerte del amor pudiese hallarse en ellos mismos.
–Quiero tenerte aquí, Djuna. Me gustaría que nunca abandonaras la barcaza.
–No me importaría quedarme aquí.
(Si no fuese por Zora, Zora que esperaba la comida, que esperaba las medicinas, que esperaba que Rango encendiese el fuego.)
–Rango, cuando me besas la barcaza se mece.
El farolillo rojo proyectaba sombras caprichosas, febriles luces rojas sobre sus rostros. Rango lo bautizó como la lámpara afrodisíaca.
Encendió el fuego en la cocina. Tiró el cigarrillo al agua. Le besó los pies, le desabrochó los zapatos, le quitó las medias.
Oyeron algo que caía al agua.
–Es un pez volador –dijo Djuna.
Él se echó a reír:
–En el río, el único pez volador eres tú. Cuando te tengo en mis brazos, sé que eres mía. Pero tus pies son tan rápidos, tan veloces, que te llevan con alada ligereza a un lugar desconocido, lejos de mí, demasiado veloces, demasiado rápidos.
Se frotó la cara, pero no como hace todo el mundo, con la palma de la mano. Se la frotó con los puños cerrados, como hacen los niños, como hacen los osos y los gatos.
La acarició con tanto fervor que el farolillo rojo cayó al suelo, el vidrio rojo se quebró y el aceite ardió en mil llamitas agrestes. El fuego encantaba a Djuna, y siempre había querido vivir cerca del peligro.
Cuando el aceite fue absorbido por el maderamen grueso y seco del suelo, el fuego se consumió.
Se quedaron dormidos.

El ebrio abuelo del río, ex capitán de un yate de recreo, había vivido solo en la barcaza durante mucho tiempo. Había sido su único guardián y propietario. El corpachón de Rango, su oscura tez india, el revuelto pelo negro, su voz profunda y vehemente, asustaban al viejo.

Librodot

Por la noche, cuando Rango encendía la cocina en su dormitorio, el viejo empezaba a maldecirle desde su camarote porque hacía ruido.
Además, también se hallaba resentido porque Rango no le permitía ocuparse de Djuna, y cuando se hallaba borracho mascullaba contra él, mascullaba amenazas en lengua apache.

Una noche, Djuna llegó un poco antes de medianoche. Era una noche ventosa con hojas muertas arremolinándose en círculos. Siempre tenía miedo a bajar sola las escaleras de los muelles. No había luces. Tropezaba con vagabundos que dormían, con prostitutas que pregonaban su mercancía ocultas tras los árboles. Intentaba superar sus temores y corría escaleras abajo, junto a la orilla del río.
Pero finalmente acordaron que desde la calle tiraría una piedra al techo de la barcaza para advertir a Rango de su llegada y que él saldría a buscarla a lo alto de las escaleras.
Esa noche Djuna intentó reírse de sus temores y bajar sola. Pero cuando llegó al lanchón no había luz en el dormitorio, no fue Rango quien salió á su encuentro sino el viejo vigilante, que se asomó por la trampilla, balanceándose a causa de la bebida, con los ojos enrojecidos, tartamudeando.
Djuna dijo:
–¿Ha llegado el señor?
–Pues claro que sí, está aquí. ¿Por qué no baja? Baje, baje.
Pero Djuna no veía luz en la habitación, y sabía que si Rango estaba allí oiría su voz y saldría a su encuentro.
El viejo vigilante mantuvo la trampilla abierta, mientras golpeaba con los pies y decía cada vez con mayor irritación: «¿Por qué no baja? ¿Qué le ocurre?»
Djuna sabía que estaba borracho. Le temía, y empezó a retirarse. Cuanto más aumentaba la cólera del vigilante, más se convencía ella de que debía irse.
Las imprecaciones del viejo la siguieron. Sola en lo alto de las escaleras, en el silencio, en la oscuridad, se sintió llena de temores. ¿Qué estaba haciendo el viejo allí, en la escotilla de entrada? ¿Habría lastimado a Rango? ¿Se hallaba Rango en la habitación? Al viejo vigilante le habían dicho que no podía seguir en la barcaza. Tal vez se hubiese vengado por su cuenta. Si Rango había sufrido algún daño, se moriría de pena.
Tal vez Rango había ido por el otro puente. Era la una en punto. Tiraría otra piedra a la cubierta para ver si respondía.
En el momento en que cogía la piedra llegó Rango.
Al regresar juntos a la gabarra, se encontraron con el viejo que todavía seguía allí, mascullando para sus adentros.
Rango tenía accesos de ira y de violencia. Dijo: –Le han dicho que se vaya. Puede largarse inmediatamente.
El viejo vigilante se encerró en su camarote y continuó profiriendo insultos.
–No pienso salir en ocho días –gritó–. He sido capitán, y puedo volver a serlo cuando me dé la gana. Ningún negro va a sacarme de este sitio. Tengo derecho a quedarme aquí.
Rango quería ponerle de patitas en la calle, pero Djuna le contuvo:
–Está borracho. Mañana no abrirá el pico.
El vigilante se pasó la noche bailando, escupiendo, roncando, maldiciendo y amenazando. Tamborileaba sobre su plato de hojalata.

La cólera de Rango crecía, y Djuna recordó que otras personas habían comentado: «El viejo es más fuerte de lo que parece. Le he visto tumbar a un hombre como si nada». Sabía que Rango era más fuerte, pero temía al viejo traicionero. Un golpe por la espalda, una investigación, un escándalo. Y, sobre todo, que Rango resultase herido.
–Sal de la barcaza y deja que me las entienda con él –dijo Rango.
Djuna le disuadió, calmó su cólera, y al amanecer se quedaron dormidos.
Cuando salieron, al mediodía, el viejo vigilante ya estaba en el muelle bebiendo vino tinto con los vagabundos; al pasar ellos escupió en el río con ostentoso desdén.

La cama estaba colocada baja, sobre el suelo; las cuadernas embreadas crujían sobre sus cabezas. El fogón resoplaba calor, el agua del río lamía las bordas de la barcaza, y los reverberos del puente proyectaban una débil luz amarillenta sobre la habitación.
Cuando Rango empezó a quitarle los zapatos a Djuna, para calentarle los pies con sus manos, el viejo del río empezó a gritar y cantar, lanzando sus sartenes contra las mamparas:

Nanette da por dar lo que otras quieren cobrar.
Nanette es generosa,
Nanette ofrece su amor bajo un farolillo rosa.

Rango se incorporó de un brinco, furioso, los ojos desencajados, el pelo revuelto, todo su corpachón tenso, y corrió hacia el camarote del viejo. Golpeó la puerta. La canción se interrumpió un instante, y luego volvió a oírse:

Nanette llevaba una cinta en su negra cabellera.
Nanette no tenía en cuenta lo que el viento se lleva...

Luego tamborileó sobre su plato de hojalata y calló.
–¡Abra la puerta! –gritó Rango. Silencio.
Entonces Rango se precipitó contra la puerta, que cedió, saltando hecha añicos.
El viejo vigilante yacía semidesnudo sobre un montón de trapos, la boina en la cabeza, restos de sopa en la barba, sosteniendo un garrote que temblaba de terror.
Rango, con sus dos metros de altura, el pelo negro al viento, parecía Pedro el Grande, dispuesto a dar la batalla.
–¡Fuera de aquí!
El viejo estaba obnubilado por la borrachera, y se negó a moverse. Su camarote olía tan mal que Djuna retrocedió. Había cazos y sartenes esparcidos por el suelo, sucios, y cientos de viejas botellas de vino que despedían un rancio olor.
Rango obligó a Djuna a que volviese al dormitorio y fue en busca de la policía.
Djuna le oyó volver con el agente, y escuchó sus explicaciones.
Oyó como el policía decía al vigilante:
–Vístase. El propietario le dijo que se fuese. Tengo la orden aquí. Vístase.
El vigilante permanecía tumbado, rebuscando sus ropas. No daba con la embocadura de los pantalones. Se quedó mirando una de las perneras como

si le sorprendiese su pequeñez. Rezongaba. El agente esperó. No podían vestirle porque se quedaría fláccido. Iba mascullando:
–Bueno, ¿qué más me da? He sido capitán de un yate. Una cosa blanca y elegante, no una de estas barcazas descuajaringadas. Y además tenía un traje blanco. Aunque me echen al río, a mí me da lo mismo. No me importa morir. No soy un viejo malo. Le hago sus encargos, ¿no? Voy a buscar el agua, ¿no es cierto? Y traigo el carbón. Qué importa si por la noche canto un poquitín.
–No se limita a cantar un poquitín –dijo Rango–. Hace un ruido de mil demonios cada vez que vuelve a casa. Empieza a golpear con los cubos, arma una escandalera, aporrea las paredes, está siempre borracho, se cae por las escaleras.
–Estaba dormido como un tronco, ¿verdad? Dormido como un tronco, se lo digo yo. ¿Quién es el que ha derribado la puerta, a ver, dígame? ¿Quién se ha metido en mi camarote? No pienso irme. No encuentro los pantalones. Éstos no son míos, son demasiado pequeños.
Entonces se puso a cantar:

Laissez moi tranquille, Je ferais le mort.
Ma chandelle est morte Et ma femme aussi.

Entonces Rango, el policía y Djuna se echaron a reír. No podían parar de reír. Tan atribulado e inocente parecía el viejo.
–Si se está calladito se puede quedar –dijo Rango.
–Si arma escándalo –dijo el policía–, volveré a buscarle y le meteré en chirona.
–*Je ferais le mort* –dijo el viejo–. Ni se enterarán de que estoy aquí.
Ahora estaba totalmente sorprendido y dócil.
–Pero nadie tiene derecho a derribar una puerta. Ya se lo digo yo, ¡vaya modales! He tumbado a algunos hombres con frecuencia, pero jamás he derribado una puerta. Se acabó la intimidad. Ya no hay modales.
Cuando Rango regresó al dormitorio, encontró a Djuna que todavía seguía riéndose. Él abrió los brazos. Ella ocultó el rostro sobre su chaqueta y dijo:
–¿Sabes una cosa? Me ha encantado el modo como has derribado la puerta.
Se sentía liberada de alguna secreta acumulación de violencia, como ocurre cuando contemplamos una tormenta de la naturaleza, con rayos y truenos descargando nuestra cólera.
–Me ha encantado el modo como has derribado la puerta –repitió Djuna.
A través de Rango había vislumbrado algún otro reino al que hasta entonces jamás había tenido acceso. A través de su acción había palpado cierto clima de violencia que nunca había antes conocido.

El Sena empezó a crecer debido a las lluvias, y superó las marcas dibujadas en las piedras del Medioevo. Al principio recubrió los muelles con una delgada capa de agua, y los trotamundos acuartelados bajo el puente tuvieron que mudarse a sus casas de campo bajo los árboles. Luego lamió el pie de las escaleras, ascendió un peldaño, y luego otro, y por fin se detuvo en el octavo, a suficiente altura como para que se ahogase un hombre.
Las barcazas allí estacionadas subieron con la crecida; los inquilinos de las gabarras tuvieron que botar sus barquichuelas de remos y remar hasta la orilla, trepar por una escalerilla de cuerda colgada en el pretil, saltar el pa-

redón y dar en tierra firme. A los paseantes les encantaba contemplar ese ritual, como una grata invasión de la ciudad por los habitantes de las barcazas.
Por la noche la ceremonia era peligrosa, y remar de las barcazas a la orilla y viceversa tenía su peligro. A medida que el río crecía, las corrientes se volvieron turbulentas. El Sena sonriente mostraba una faceta más abominable de su carácter.
La escalerilla de cuerda estaba vieja, y su solidez había sido mellada en parte por el tiempo.
El comportamiento caballeresco de Rango casaba con aquellas circunstancias: ayudaba a Djuna a saltar por encima del pretil sin mostrar apenas el festón de conchas de su combinación a los curiosos mirones; luego la metía en la barquita, y remaba con vigor. Al principio permanecía de pie y con una pértiga empujaba el bote lejos de la orilla, porque éste tendía a ser arrastrado por las aguas contra la escalera, y luego otra corriente lo empujaba en dirección opuesta, y tenía que luchar para evitar que los arrastrase río abajo.
Con los pantalones arrollados, sus piernas fuertes y oscuras al desnudo, el cabello flotando al viento, tensos los musculosos brazos, Rango sonreía disfrutando de su poder, y Djuna se recostaba y dejaba que cada día la rescatase de nuevo, o la paseara remando como si fuera una gran dama veneciana.

Rango no permitía que el vigilante les llevase en el bote. Quería ser él quien llevaba a su dama hasta la barcaza. Quería dominar para ella la tumultuosa corriente, depositarla sana y salva en su hogar, sentir que la raptaba de la tierra, de la ciudad de París, para cobijarla y ocultarla en su propia torre de amor.
Al filo de la medianoche, cuando otros sueñan con chimeneas encendidas y mullidas zapatillas, con encontrar un taxi para volver a casa desde el teatro, o con perseguir falsas alegrías por los bares, Rango y Djuna vivían un rescate épico, una batalla con un río colérico, un viaje lleno de dificultades, pies mojados, ropas húmedas, una aventura en la que el amor, la puesta a prueba del amor, y la recompensa se fundían en un solo momento de plenitud. Porque Djuna presentía que si Rango caía y se ahogaba, ella también perecería, y Rango sentía que si Djuna caía en la gélida corriente, él moriría por salvarla. En ese instante de peligro comprendían que cada uno era la razón de vivir del otro, y volcaban todo su ser en aquel instante.
Rango remaba como si se hallasen perdidos en medio del mar, no en el corazón de una ciudad; y Djuna permanecía sentada y le contemplaba con admiración, como si participasen en un torneo medieval y su dominio del Sena fuese el supremo ofrecimiento votivo a su poder femenino.
Debido a su adoración y a su amor, Rango tampoco permitía que nadie le encendiese el fuego, como si él fuera el calor y el fuego que secase y reanimara sus pies. La llevaba en volandas por la portezuela de la trampilla hasta la helada pieza, húmeda a causa de la niebla invernal. Ella permanecía tiritando, mientras Rango encendía el fuego con una intensidad que traslucía su deseo de calentarla, de modo que aquello ya no parecía un fogón ordinario, humeante y renqueante, y Rango dejaba de ser un hombre cualquiera prendiendo la lumbre con periódicos húmedos, para erguirse como una especie de héroe de las valquirias encendiendo una hoguera en una Selva Negra.
Así es como amor y deseo devolvían toda su dimensión a los actos insignifi-

Librodot

cantes, renovando en una sola noche invernal de París toda la grandeza del mito.
Ella se echó a reír cuando Rango logró encender la primera llama, y le dijo:
–Eres el Dios del Fuego.

Él la llevó tan al fondo de su calor, cerrando tan íntimamente la puerta de su amor, que era imposible que entrase el aire exterior y corrosivo.
Y ahora estaban contentos, habían alcanzado el sueño de todos los amantes: la isla desierta, la celda, el capullo en el que crear juntos y, desde el principio, un mundo.
En la oscuridad se ofrendaban sus múltiples personalidades, evitando sólo las más recientes, la historia de los años anteriores a su encuentro, por ser terreno peligroso del que podían surgir disensiones, dudas y celos. En la oscuridad más bien buscaban ofrecerse mutuamente su personalidad más antigua, más inocente, menos poseída.
Éste era el paraíso al que todo amante desea volver con el ser amado, recobrando una personalidad virgen que brindarse mutuamente.
En ese momento Djuna se sentía una muchachita jovencísima, volvía a notar el contacto del crucifijo que había llevado atado al cuello, y el incienso de la misa en las ventanas de la nariz. Recordaba el altarcito situado junto a su cama, el olor de las velas, las ajadas flores artificiales, el rostro de la virgen, y la sensación de muerte y de pecado inextricablemente enlazadas en su cabecita infantil. Volvió a sentir sus senos pequeños contra el vestido modesto, y las piernas apretadas con fuerza. Ahora era la primera chica que él había querido, la que había ido a visitar en su caballo, después de viajar toda la noche por las montañas para lograr verla fugazmente. Su rostro era el rostro de aquella muchacha a la que Rango sólo había hablado a través de una verja de hierro. Su rostro era el rostro de sus sueños, un rostro con el dilatado entrecejo de las *madonnas* del siglo XVI. Él se casaría con esa muchacha y la guardaría celosamente, como un esposo árabe, y el mundo jamás la vería ni sabría de ella.

En el fondo de ese amor, bajo la vasta tienda de ese amor, mientras él hablaba de su infancia recobraba, también, la inocencia, una inocencia mucho mayor que la primera pues no brotaba de la ignorancia, del temor, o de la neutralidad de la experiencia, sino que nacía como un oro puro y refinado, producto de muchas pruebas y selecciones, del rechazo voluntario de las heces; nacía, tras múltiples profanaciones, del valor que emanaba de capas del ser mucho más profundas, inaccesibles a la juventud.
Rango hablaba en la noche:
–La montaña en donde nací era un volcán apagado. Estaba más cerca de la luna. Allí la luna resultaba tan inmensa que asustaba al hombre. A veces aparecía con un halo rojizo, que cubría medio cielo, y todo quedaba teñido de rojo... Cazábamos un pájaro que se aferraba tanto a la vida que, después de haberle disparado, los indios debían arrancarle dos plumas y hundírselas en el pescuezo, porque de lo contrario no se moría... Matábamos patos en los marjales, y en una ocasión quedé atrapado en las arenas movedizas y me salvé desprendiéndome rápidamente de las botas y saltando a tierra firme... Había un águila domesticada que anidaba en nuestro tejado... Con las primeras luces, mi madre reunía a toda la familia y rezábamos el rosario... Los domingos dábamos comidas formales que duraban toda la tarde. Todavía re-

cuerdo el sabor del chocolate, que era espeso y dulce, al estilo español... Venían prelados y cardenales con sus púrpuras y dorados aderezos. Vivíamos como en la España del siglo XVI. La grandiosidad de la naturaleza que nos rodeaba nos sumía en una especie de trance. Era tan inmensa que causaba tristeza y soledad. Al principio, después de Guatemala, Europa parecía tan pequeña, tan zarrapastrosa. Una luna de juguete, me dije, un mar de juguete, casas y jardines tan diminutos. En mi tierra tardábamos seis horas en tren y tres semanas a caballo para llegar a la cima de la montaña adonde íbamos a cazar. Permanecíamos allí durante meses, durmiendo en el suelo. Había que avanzar lentamente, debido al esfuerzo del corazón. Más allá de cierta altura, los caballos y mulas no lo soportaban; les empezaban a sangrar los oídos y la boca.

Cuando llegábamos a los casquetes de nieve el aire era casi negro de tan intenso. Mirábamos desde acantilados cortados a pico, miles de millas más abajo, y al fondo veíamos la pequeña y exuberante jungla tropical, de un verde lujuriante. A veces mi caballo avanzaba horas y horas junto a una cascada, hasta que el sonido de la catarata me hipnotizaba. Y durante todo ese tiempo, en la nieve y en la jungla, soñaba con una mujer pálida y esbelta... Cuando tenía diecisiete años me enamoré de una estatuilla de una virgen española, que tenía ese entrecejo ancho que tú tienes. Soñaba con esa mujer, que eras tú, y soñaba con ciudades, con vivir en ciudades... Arriba, en la montaña donde nací, nunca caminabas a pie llano, siempre caminabas por escaleras, una escalinata eterna hacia el cielo, construida con gigantescos bloques de piedra.

Nadie sabe cómo lograron apilar esas piedras los indios; parece humanamente imposible. Parecía más una escalera construida por dioses, porque los peldaños eran más altos de lo que podía soportar el paso de un hombre. Fueron construidas para dioses gigantes, para los gigantes mayas esculpidos en granito, los que bebían la sangre de los sacrificios, los que reían ante los exiguos esfuerzos de los hombres que se cansaban de dar aquellas grandes zancadas por las laderas de las montañas. Los volcanes entraban a menudo en erupción y enterraban a los indios con fuego y lava y cenizas. Algunos fueron alcanzados mientras bajaban las piedras, los hombros doblegados, y quedaron petrificados en lava, como si hubiesen recibido la maldición de la tierra, las maldiciones de las entrañas de la tierra. A veces hallábamos restos de huellas mayores que las nuestras. ¿Podían ser las botas blancas de los mayas? Donde yo nací empezó el mundo. Donde yo nací existen ciudades enterradas bajo la lava, niños nonatos destruidos por volcanes. Allí arriba no había mar alguno, pero sí un lago que originaba tempestades igualmente violentas.

A veces el viento era tan cortante que parecía que iba a decapitarte. Las nubes eran horadadas por tormentas de arena, la lava se solidificaba en forma de estrellas, los árboles morían de fiebres y desparramaban hojas cenicientas, el rocío se evaporaba donde caía, y de los labios resecos y resquebrajados de la tierra levantábanse nubes... Y allí nací yo. Y el primer recuerdo que tengo no se parece en nada al de otros niños; mi primer recuerdo es una pitón devorando a una vaca... Los pobres indios no tenían dinero para comprar ataúdes para sus muertos. Cuando los cadáveres no son depositados en ataúdes se produce una combustión, pequeñas explosiones de llamas azules, como cuando quema el azufre. Esas llamitas azules, vistas de noche, son extrañas y sobrecogedoras... Para llegar a casa teníamos que cruzar un

río. Luego venía el patio delantero que era tan grande como la Place Vendóme... Luego la capilla que pertenecía a nuestro rancho.
Cada domingo enviaban a un sacerdote desde la ciudad para que dijese misa... Era una casa vasta y destartalada, con muchos patios interiores. Era de un estuco de color coral pálido. Había una sala completamente llena de armas de fuego, todas ellas colgadas de las paredes. Otra pieza estaba repleta de libros. Todavía recuerdo el aroma a madera de cedro de la habitación de mi padre. Me encantaba su elegancia, su hombría, su valor... Una de mis tías se dedicaba a la música; se casó con un hombre muy brutal que la hizo infeliz. Se dejó morir de hambre, tocando el piano durante toda la noche. Mi interés hacia el piano me viene de oírla tocar noche tras noche, hasta que murió, y de descubrir posteriormente aquella música. Bach, Beethoven, lo mejor, que en aquel tiempo eran muy poco conocidos en aquellos ranchos tan lejanos.
A las escuelas de música sólo iban las niñas. Se consideraba que era un arte afeminado. Tuve que dejar de asistir y estudiar por mi cuenta porque las muchachas se reían de mí. Aunque era tan grandote, y tan bruto en muchos aspectos, y me gustaba cazar, pelear, montar a caballo, lo que más me gustaba era el piano... La obsesión del hombre de las montañas es ver el mar. Jamás olvidaré mi primera visión del océano. El tren llegó a las cuatro de la madrugada. Yo estaba aturdido, profundamente conmovido. Incluso ahora, cuando leo la *Odisea,* lo hago con la fascinación del hombre de la montaña por el mar, del hombre de la nieve por los climas cálidos, del indio oscuro y apasionado por la luz y la apacibilidad griega. Y también es eso lo que me atrae hacia ti, porque tú eres el trópico, llevas el sol en ti, y la suavidad, y la claridad...

¿Qué le había ocurrido a aquel cuerpo hecho para la montaña, la violencia y la guerra? Una llamita azul de música, de arte, proveniente del cuerpo de una tía que había muerto interpretando a Bach, una llamita azul de inquieto azufre había entrado en su cuerpo hecho para la caza, para la guerra, para las lides del amor. Aquel señuelo le había alejado de su origen, atrayéndole hacia ciudades, cafés, artistas.
Pero no le había convertido en artista.
Había sido una especie de espejismo, que le había apartado de otras vidas, privándole de rancho, lujos, padres, matrimonios e hijos, para convertirle en un nómada, en un trotamundos, en un hombre inquieto y errante que jamás podría regresar a su hogar: «Porque estoy avergonzado, no tengo nada que mostrar, volvería como un pordiosero».
La llamita azul de la música y la poesía sólo titilaba por la noche, durante las largas noches de amor, eso era todo. Durante el día era invisible. En cuanto llegaba el día, su cuerpo se erguía con tal energía que Djuna pensaba: conquistará el mundo. Su cuerpo: un cuerpo que no había sido esculpido como el de un hombre de ciudad, con la precisión y la finura de una estatua acabada hasta el más mínimo detalle, sino modelado en un barro más compacto, más tosco incluso, de contornos más bastos, más cercano a la escultura primitiva, como si hubiera mantenido un tanto los perfiles más duros del indio, de los animales, de las rocas, la tierra y las plantas.
Su madre solía decir: «No me besas como un niño, sino como un animalillo».
Empezaba el día lentamente, como un cachorro, frotándose los ojos con los

puños cerrados, bostezando con los ojos cerrados, con una divertida y taimada arruga que le subía desde la boca hasta el pómulo; toda su fuerza, como en el león, oculta en una forma suave, sin ningún signo visible de esfuerzo.
En la ciudad, aquel cuerpo hecho para movimientos violentos, para saltar, para enfrentarse a algún tipo de peligro, para equipararse a la zancada del caballo, de nada servía. Tenía que ser desechado como un manto superfluo. Los firmes músculos, nervios, instintos, la rapidez animal eran inútiles. Lo que debía despertar era la cabeza, no los músculos y tendones. Lo que debía despertar era la conciencia de un tipo diferente de peligros, un tipo diferente de esfuerzo, todo ello debidamente considerado, comprobado, aprendido en la cabeza, mediante un talento y una sabiduría abstractos.
La euforia física era destruida por la ciudad. La ración de aire y espacio era pequeña. Los pulmones se contraían. La sangre se aguaba. El apetito quedaba ahito y corrompido.
La visión, el esplendor, el ritmo del cuerpo se rompían instantáneamente. El tiempo del reloj, las máquinas, las bocinas de los automóviles, los pitidos, la congestión atrapaban al hombre en sus engranajes, le ensordecían, le atontaban. El ritmo de la ciudad se imponía al hombre; la orden imperiosa de mantenerse vivo significaba, en realidad, convertirse en una abstracción.
La protesta de Rango consistía en lanzarse a negar y destruir al enemigo. Decidió negar el tiempo del reloj y, al principio, todo cuanto ambicionaba se le escapaba. Daba tales rodeos para obedecer a su propio ritmo y no al de la ciudad, que cosas tan sencillas como afeitarse y comprar un filete le llevaban horas enteras, y la carta de vital importancia quedaba siempre por escribir. Si pasaba junto a un estanco, su costumbre de autodisciplinarse era más fuerte que sus necesidades, y se olvidaba de comprar los cigarrillos que anhelaba, pero luego, cuando estaba a punto de entrar en casa de un amigo para almorzar, daba un gran rodeo para comprar cigarrillos y llegaba demasiado tarde al almuerzo, encontrándose con que su amigo se había ido, enojado, y así, una vez más, el ritmo y el modelo de la ciudad quedaban destruidos, el orden se quebraba, y Rango se rompía con él, Rango que se quedaba sin comer.

A veces intentaba dar con el amigo dirigiéndose al café, pero una vez allí encontraba a otra persona y se ponía a hablar de encuadernaciones y, entretanto, otro amigo le esperaba en la embajada de Guatemala, le esperaba porque necesitaba su ayuda, que le presentase a alguien, y Rango jamás aparecía, y al mismo tiempo Zora le estaba aguardando en el hospital, y Djuna le aguardaba en la barcaza, y la cena que había preparado se echaba a perder junto al fuego.
En ese instante Rango se encontraba contemplando un grabado en las paradas de libros, o echaba los dados sobre el mostrador de un café para jugarse una copa, y ahora que la rutina de la ciudad había sido destruida, hecha añicos, Rango regresaba y le decía a Djuna: «Estoy cansado». Y reclinaba su cabeza abatida, apesadumbrada, sobre sus senos, su cuerpo robusto sobre su cama, y todos sus incumplidos deseos, sus momentos abortados, se acostaban con él, como piedras en los bolsillos, hundiéndole, de modo que el lecho crujía con la inercia de sus palabras: «Quisiera hacer esto, lo de más allá, quiero cambiar el mundo, quiero ir y pelear, quiero...».

Pero ya es de noche, el día ya se ha esfumado, ya se ha desintegrado en sus manos, Rango está cansado, tomará otra bebida del pequeño tonel, comerá un plátano y empezará a hablar sobre su infancia, sobre el árbol del pan, el árbol de las sombras que matan, la muerte del negrito que su padre le había regalado para su cumpleaños, un muchachito negro nacido el mismo día que él, pero en la selva, destinado a convertirse en su compañero de cacerías, pero que falleció casi inmediatamente a causa del frío de las montañas.
Así, en la penumbra, cuando Rango había destruido todo el orden de la ciudad porque la ciudad destruía su cuerpo, y el día yacía como un cementerio de negaciones, de rebeliones y abortos, cuando el día yacía como una red gigante en la que él mismo se había enredado como un niño se enreda en un orden que no puede comprender, hasta correr peligro de autoestrangularse..., Djuna, temiendo que pudiese asfixiarse, o quedar aplastado, procuraba ir desenredando aquella madeja humana con todo cariño, de modo parecido a como recogía los trozos de sus vasos rotos para volverlos a componer...

Habían alcanzado un momento perfecto de amor humano. Habían creado un momento de comprensión y de acuerdo perfectos. Ese momento culminante iba a quedar ahora como punto de comparación para atormentarles posteriormente, cuando todas las imperfecciones naturales lo desintegrasen.
Al principio, los desajustes eran sutiles y no hacían prever la futura destrucción. Al principio la visión era nítida, como un cristal perfecto. Cada acto, cada palabra quedaría grabado en él para proyectar luz y calor sobre las raíces crecientes del amor, o para distorsionarlo lentamente y corroer su expansión.
Rango encendiendo el farolillo ante la llegada de Djuna, para que viese la luz roja desde lejos, para que se tranquilizara, para que se sintiese incitada a caminar más aprisa, aliviada por ese símbolo de su presencia y su fervor. Rango preparando el fuego para que Djuna se calentase... Rango era incapaz de mantener esos ritos, porque no podía aguantar el esfuerzo de llegar puntual, ya que su costumbre inveterada había acabado por crearle el hábito contrario: eludir, esquivar, dar al traste con todos los anhelos ajenos, con todos los compromisos, con todas las promesas, con todas las realidades.
La mágica belleza de la simultaneidad, el ver al amado corriendo hacia ti en el instante en que tú corres hacia él, el poder mágico de reunirse a las doce en punto de la noche para alcanzar la unión, la ilusión de un ritmo común logrado superando obstáculos, abandonando amigos, rompiendo otras ataduras... todo eso quedó pronto disuelto a causa de su pereza, por su costumbre de faltar a todos los momentos, de jamás cumplir su palabra, de vivir perversamente en un estado caótico, de nadar con mayor naturalidad en un mar de intenciones fracasadas, promesas rotas y deseos abortados.
Para Djuna la importancia del ritmo era tan fuerte que, estuviera donde estuviese, incluso sin reloj, notaba que se aproximaba la medianoche y tomaba un autobús, con tal exactitud instintiva que, a menudo, cuando se apeaba, el gran reloj de la estación daba las doce sonoras campanadas de la medianoche.
Esta obediencia a la puntualidad correspondía a su conciencia de lo rara que resulta la unión completa entre los seres humanos. Era total y dolorosamente consciente de que, en dos corazones, la medianoche sólo suena al unísono en contadas ocasiones, de que muy raramente la medianoche despierta dos deseos iguales, y de que cualquier desajuste en ese aspecto, cual-

quier indiferencia, representa un indicio de desunión, de las dificultades, las imposibilidades de fusión entre seres humanos.
Su propia ligereza, su libertad de movimiento, su costumbre de súbitas desapariciones hacían que sus escapadas fuesen más factibles, mientras que Rango, por el contrario, jamás se había ido, que se supiese, hasta que las botellas, la gente, la noche, el café, las calles quedaban completamente vacías.
Pero, para Djuna, la torpeza de Rango en superar los obstáculos que le retrasaban disminuía el poder de su amor.
Poco a poco comprendió que Rango tenía que encender dos fuegos, uno para Zora, en su hogar, y otro en la barcaza. Cuando llegaba tarde y empapado, Djuna se sentía conmovida por su cansancio y porque comprendía las cargas que él soportaba en su hogar, y empezaba a encenderle el fuego.
A Rango le gustaba dormir hasta avanzadas horas, pero ella se despertaba con el paso de las gabarras de carbón, con sus sirenas antiniebla y con el denso tráfico que cruzaba por el puente. De modo que se vestía quedamente, corría al café de la esquina y regresaba con café y bollos para sorprenderle cuando despertase.
–Eres tan humana, Djuna, tan humana y cálida...
–¿Qué esperabas que fuese?
–Oh, parece como si el día en que naciste hubieras dado un vistazo al mundo y hubieses decidido vivir en cierta región entre el cielo y la tierra que los chinos llaman el Lugar de la Sabiduría.

El inmenso reloj de la estación del Quai d'Orsay, que enviaba a la gente de viaje, mostraba por la mañana un rostro tan enorme y lleno de reproches: es hora de cuidar de Zora, es hora de cuidar de tu padre, es hora de volver al mundo, hora hora hora...
Como Djuna sabía lo mucho que le había gustado ver el farolillo rojo titilando tras el ventanuco de la barcaza cuando se acercaba a ella, al recaer Rango en su costumbre de llegar tarde, encendió el farolillo para él, sobreponiéndose al miedo que le inspiraba la barcaza oscura, el vigilante borracho, los vagabundos dormidos, las siluetas que se movían tras los árboles.
Cuando descubrió lo mucho que Rango necesitaba el vino, nunca dijo: «No bebas». Compró un pequeño tonel en el rastro, lo hizo llenar de vino tinto y lo colocó junto a la cabecera de la cama, al alcance de su mano, confiando que su vida juntos, sus aventuras juntos, y las historias que se contaban para pasar el rato, no tardarían en ocupar el lugar del vino. Confiando que el calor de ambos sustituiría al calor del vino, creyendo que todas las intoxicaciones naturales de las caricias emanarían de ella y no del pequeño tonel...
Luego, un día, Rango apareció con unas tijeras en el bolsillo. Zora había ingresado en el hospital por algunos días. Ella era quien siempre le cortaba el pelo. Rango odiaba a los peluqueros. ¿Le gustaría a Djuna cortarle el pelo?
Su pelo espeso, brillante, rizado, negro, que no podía dominar el agua ni el aceite. Se lo cortó tal como él deseaba y sintiose, por un momento, como su verdadera esposa.
Luego Zora regresó a casa, y siguió cuidando del pelo de Rango.
Y Djuna lloró por primera vez, y Rango no comprendió por qué lloraba.
—Me gustaría ser yo quien te cortase el pelo.
Rango hizo un ademán de impaciencia.

Librodot

—No veo por qué tienes que dar importancia a eso. No significa nada. No te comprendo lo más mínimo.
De no ser por la música, podríamos olvidarnos de la propia vida y nacer de nuevo, limpios de recuerdos. De no ser por la música podríamos deambular por los mercados de Guatemala, por las nieves del Tibet, subir los peldaños de los templos hindúes, podríamos cambiar de costumbres, desprendernos de nuestras posesiones, no retener nada del pasado.
Pero la música nos persigue con cierto aire familiar y el corazón ya no late en un bosque anónimo de latidos, ya no es un templo, un mercado, una calle como un decorado teatral, sino que se ha convertido en escenario de una crisis humana inexorablemente repetida en todos sus detalles, como si la música hubiese sido la propia partitura del drama y no su acompañamiento.

La última escena entre Rango y Djuna hubiera podido diluirse en el sueño, y ella tal vez habría olvidado la negativa de Rango a dejarse cortar el pelo una vez más, pero ahora el organillero del muelle hacía girar la manivela maliciosamente, despertando en ella la evocación de otra escena. No se habría sentido tan turbada por la evasividad de Rango, o por su defensa del derecho de Zora a cortarle el pelo, si eso no se hubiera sumado a otras escenas que el organillero había presenciado con tonadas similares, recreados ahora para ella, escenas en las que Djuna no había satisfecho su deseo, no había obtenido respuesta.
El organillero que tocaba *Carmen* la devolvía inexorablemente, como un mago maligno, a aquel día de su infancia en que había pedido un huevo de Pascua tan grande como ella, y su padre le había replicado, impaciente: «¡Qué deseo tan tonto!». O a otra ocasión en que le había pedido que le dejase besarle los párpados y él se había burlado de ella, o todavía a aquella otra en la que ella había llorado porque su padre se iba de viaje y él le había dicho: «No comprendo cómo puedes dar tanta importancia a eso».
Ahora Rango decía lo mismo:
—No comprendo por qué te entristece que no puedas seguir cortándome el pelo.
Por qué no había abierto sus grandes brazos hacia ella, protegiéndola un instante mientras le decía: «No puede ser, este derecho pertenece a Zora, pero comprendo lo que sientes, comprendo que te sientas frustrada en tu deseo de cuidarme como esposa...».
Ella quería decir: «Oh, Rango, cuídate. El amor nunca muere de muerte natural. Muere porque no sabemos cómo volver a colmar su fuente, muere de ceguera, y errores y traiciones. Muere de enfermedades y heridas, muere de cansancio, de envejecimiento, de rutina, pero nunca de muerte natural. Todo amante podría ser juzgado como asesino de su propio amor. Cuando algo te duele, te entristece, me apresuro a evitarlo, a alterarlo, a sentir lo que tú sientes, pero tú te vuelves con un gesto de impaciencia y dices: "No lo comprendo".»

Jamás hubo una escena que se desarrollase entre seres humanos, sino múltiples escenas convergiendo como grandes afluyentes fluviales. Rango creía que aquella escena no contenía nada que no fuera capricho de Djuna, un capricho que debía serle negado.
No supo ver que contenía, en uno solo, todos los deseos que a Djuna le habían sido prohibidos, y que esos deseos habían confluido en todas direc-

ciones para encontrarse en esa intersección y suplicar, una vez más, un poco de comprensión.
Durante todo el tiempo que el organillero estuvo desgranando las canciones de *Carmen* en el foso orquestal de esa escena, lo que se conjuró no fue aquella estancia en una barcaza, y aquellas dos personas, sino una serie de piezas y una procesión de gentes, acumulándose hasta alcanzar proporciones inmensas, acumulando analogías y repeticiones de pequeños fracasos hasta contenerlos a todos, mientras la continuidad del acompañamiento del organillero los soldaba, los comprimía en una amplia injusticia. Al ensanchar el corazón oprimido, la música creaba una marea de injusticia para la que jamás se había construido Arca de Noé alguna.

El chisporroteo del fuego subía por los aires; sus ojos reflejaban alegremente todas sus danzas.
Djuna miró a Rango con una premonición de dificultades, porque a menudo ocurría que su alegría despertaba en él un súbito impulso por destruir su placer compartido. Las alegrías de ambos nunca eran una isla luminosa en el presente, sino un acicate para que él recordara que Djuna había estado viva anteriormente, que su conocimiento de las caricias se lo habían enseñado otros, que había sonreído otras noches, en otras habitaciones. En cada momento álgido de satisfacción, Djuna temblaba ligeramente y se preguntaba cuándo empezarían a deslizarse hacia el tormento.

Esa noche el peligro apareció insospechadamente mientras hablaba de sus pintores preferidos, y Rango dijo de repente:
–¡Y pensar que considerabas a Jay un gran pintor!
Cuando Djuna defendía a un amigo de la ironía y los sarcasmos de Rango, él siempre se ponía celoso, pero defender una opinión sobre un pintor, pensó Djuna, era algo que podía hacer sin el menor peligro.
–Naturalmente, tú defenderás a Jay –dijo Rango–. Él formaba parte de tu vida anterior, de tus antiguos valores. Eso jamás podré cambiarlo. Quiero que pienses como yo.
–Pero, Rango, cómo podrías respetar a alguien que cambiara de opinión simplemente por complacerte. Eso sería hipocresía.
–Admiras a Jay como pintor sencillamente porque Paul le admiraba. En pintura era el gran héroe de Paul.
–¿Qué quieres que diga, Rango? ¿Qué puedo hacer para demostrarte que te pertenezco? No sólo Paul está muy lejos, sino que además sabes que nunca volveremos a vernos, que no éramos el uno para el otro. Le he abandonado por completo, y podría olvidarle si tú me lo permitieses. Tú eres lo único que constantemente me recuerda su existencia.

En tales momentos Rango dejaba de ser el Rango ferviente, adorador, cálido, corpulento y generoso. Su rostro se ensombrecía a causa de la ira, y gesticulaba violentamente. Su conversación se hacía vaga e informe, y Djuna apenas era capaz de captar la frase reveladora que podía esconder la clave de la tormenta, permitiéndole abatirla o desviarla.
Ante la injusticia de la situación sintió que se apoderaba de ella una creciente cólera. ¿Por qué tenía Rango que emplear el pasado para destruir el presente? ¿Por qué buscaba el tormento deliberadamente?
Djuna abandonó la mesa con rapidez y subió a cubierta. Tomó asiento cerca

Librodot

de la cadena del ancla, en la oscuridad. La lluvia caía sobre ella, pero no la notaba; se hallaba perdida y confusa.
Y entonces le sintió a su lado.
–¡Djuna! ¡Djuna!
La besó, y la lluvia y las lágrimas y su aliento se confundieron. En su beso había tal desesperación que Djuna se ablandó. Era como si la pelea hubiese arrancado una capa y dejado un núcleo cual un nervio al descubierto, de modo que el beso quedó magnificado, intensificado, como si el dolor hubiese producido una aguda incisión para una más honda penetración del placer.
–¿Qué puedo hacer? –murmuró ella–. ¿Qué puedo hacer?
–Estoy celoso porque te amo.
–Pero, Rango, no tienes motivos para estarlo.
Era como si ambos compartiesen su enfermedad de duda y, juntos, buscaran un remedio.
A ella le parecía que si decía: «Jay era un mal pintor», Rango comprendería claramente aquella retractación, aquel absurdo. Sin embargo, ¿cómo podía volver a ganar su confianza? Todo su cuerpo exigía seguridad, y si todo su amor no bastaba, ¿qué otra cosa podía darle Djuna para disipar sus dudas?
Cuando volvieron a la habitación el fuego languidecía.
Rango no se relajó. Dio con algunos libros que Djuna iba a tirar, amontonados junto a la papelera. Los recogió y los estudió, uno por uno, como un detective.
Luego dejó los que ella había apartado y se dirigió a los que se hallaban alineados en el anaquel.
Eligió uno al azar y en la sobrecubierta leyó «De Paul».
Era un libro sobre Jay, con reproducciones de sus cuadros.
Djuna dijo:
–Si eso te hace feliz, lo puedes tirar con los otros.
–Los quemaremos –dijo él.
–Quémalos todos –añadió ella con amargura.
Para Djuna aquello no era tan sólo una oferta de paz ante los atormentadores celos de él, sino una súbita cólera ante aquel montón de libros cuyo contenido no la había preparado para momentos como aquél. Todas aquellas novelas ocultaban cuidadosamente la verdad sobre el carácter, sobre las oscuridades, los enredos, los misterios. Palabras palabras palabras palabras y ninguna revelación de las trampas, de los abismos en que caían los seres humanos.
Que Rango los quemase todos; se lo tenían bien merecido.

(Rango cree que está quemando momentos de mi vida con Paul. Sólo está quemando palabras, palabras que rehuían todas las verdades, que rehuían lo esencial, que rehuían el diablo desnudo que hay en los seres humanos, y que se sumaban a la ceguera, a los errores. Novelas que prometen experiencia, y que luego se quedan en la periferia, reseñando sólo el parecido, las ilusiones, el ropaje y las falsedades, sin abrir pozos, sin preparar a nadie para las crisis, los fracasos, las guerras y las trampas de la vida humana. Sin enseñar nada, sin revelar nada, estafándonos la verdad, la inmediatez, la realidad. Que los queme todos, que queme todos los libros del mundo que han evitado el conocimiento descarnado de las crueldades que ocurren entre hombres y mujeres en la sima de las noches solitarias. Sus abstracciones y evasiones no sirvieron de coraza contra los momentos de desesperación.)

Se sentó junto a él, frente al fuego, compartiendo aquella hoguera primitiva. Un ritual para introducir una nueva vida.
Si él seguía destruyendo malévolamente tal vez alcanzasen una especie de isla desierta, una mutua posesión final. A veces aquel absoluto que Rango exigía, aquel despojarse de todo lo exterior para tallar una única figura de hombre y mujer unidos, le parecía a Djuna algo deseable, quizás un término, un final irrevocable para todas las fiebres e inquietudes del amor, una especie de unión finita. Quizás existiese una fusión perfecta para los amantes dispuestos a destruir el mundo que les rodeaba. Rango creía que la simiente de la destrucción residía en ese mundo, por ejemplo en esos libros que le revelaban demasiado descaradamente la diferencia entre la mentalidad de ambos.
Por eso, para fundirse, era preciso, al menos para Rango, destruir las diferencias.
Que quemasen el pasado, si querían, pues él lo consideraba como una amenaza a su unión.

Rango estaba situando la imagen de Paul en otro compartimiento del corazón de Djuna, un compartimiento aislado, sin pasillos que comunicasen con el que él habitaba. Un lugar en algún oscuro cobijo, por el que fluye el amor eterno, un reino tan distinto del habitado por él que jamás se encontrarían o tropezarían en aquellas vastas ciudades interiores.
«El corazón... es un órgano... dividido en cuatro cavidades o compartimentos... Un tabique separa los compartimientos de la izquierda de los de la derecha y entre ellos no es posible ninguna comunicación directa...»
La imagen de Paul fue perseguida hasta el compartimento de la afabilidad y ocultada en él, mientras Rango la rechazaba con el holocausto de los libros que había leído con Djuna.
(Paul, Paul, éste es el derecho que nunca reclamaste, el fervor que jamás mostraste. Eras tan frío y ligero, tan evasivo, y nunca te sentí rodeándome y exigiendo poseerme. Rango está diciendo todas las palabras que yo te hubiera querido oír. Nunca te acercaste a mí, ni siquiera cuando me hablabas. Me hiciste tuya como los hombres hacen suyas a las mujeres extranjeras, de lejanos países, cuya lengua desconocen. Me hiciste tuya con silencio y reserva...)
Cuando Rango se quedó dormido, cuando el farolillo afrodisíaco hubo consumido su aceite, Djuna siguió despierta, sacudida por los ecos de la violencia de Rango y por el descubrimiento de que la confianza de él tendría que ser ganada nuevamente cada día, de que ninguna de aquellas enfermedades del espíritu se curaría con amor o devoción, porque el mal estaba en las raíces, y de que quienes se abocasen a paliar los síntomas obvios asumirían una tarea interminable, una tarea sin esperanzas de curación.

La palabra que Rango tenía con más frecuencia en los labios era *dificultades.*
Rompía el vaso, derramaba el vino, quemaba la mesa con cigarrillos, bebía el vino que debilitaba su voluntad, se pasaba las horas hablando de sus planes, se desgarraba los bolsillos, se le caían los botones, rompía los peines.
Solía decir: «Pintaré la puerta. Compraré aceite para el farolillo. Repararé la gotera del techo». Y transcurrían meses y meses: la puerta seguía sin pintar, la gotera sin reparar, el farolillo sin aceite.

Decía: «Daría mi vida por unos meses de plenitud, de éxito, de algo de lo que pudiera sentirme orgulloso».
Y luego bebía un poquito más de vino tinto, encendía otro cigarrillo. Dejaba caer los brazos; se tumbaba junto a Djuna y hacía el amor con ella.

Al entrar en una tienda, Djuna vio una cerradura que necesitaban para la puerta de la escotilla y dijo:
–Comprémosla.
–No –repuso Rango–. He visto otra más barata en otro sitio.
Ella desistió. Y al día siguiente le dijo:
–Voy cerca del sitio donde dijiste que vendían cerraduras más baratas. Dime dónde está y compraré una.
–No –respondió Rango–. Hoy voy a ir allí. Yo la compraré.

Pasaban semanas, pasaban meses, y sus pertenencias iban desapareciendo porque no tenían cerrojo en la puerta de la escotilla.
En el útero de su amor no se engendraba ningún hijo, ningún hijo, sólo múltiples promesas rotas, cada día un deseo abortado, un objeto perdido, un libro sin leer colocado fuera de lugar, desordenando la habitación como una buhardilla de objetos desechados.
Rango sólo quería besarla con frenesí, hablar con vehemencia, beber copiosamente y dormir hasta bien avanzada la mañana.
Su cuerpo siempre estaba febril, sus ojos encendidos, como si, con el alba, fuese a vestir una pesada armadura de acero y emprender una cruzada como un amante de mitos.
La cruzada era el café.
Djuna deseaba reír y olvidarse de sus palabras, pero él no le permitía reírse ni olvidar. Insistía en que ella debía retener aquella imagen de sí mismo creada en sus conversaciones nocturnas, la imagen de sus intenciones y aspiraciones. Cada día le entregaba de nuevo una telaraña de fantasías, y quería que Djuna hiciese con ella una vela para que condujera su barcaza a un puerto de grandeza.
No le permitía reír. Cuando, a veces, estaba a punto de sucumbir a aquella fantasía, de aceptar al Rango que no creaba nada, y decía alegremente: «Al principio de conocerte querías ser un vagabundo. Déjame ser la esposa de un vagabundo», entonces él fruncía el ceño con severidad y le recordaba la existencia de un destino más austero, reprochándole que se rindiese y rebajase sus objetivos. Era inflexible en su deseo de que Djuna le recordase las promesas que le había hecho a ella y a sí mismo.

Esa insistencia en su sueño de otro Rango despertaba la compasión de Djuna. Sus palabras y su ideal de sí mismo la decepcionaban. La había nombrado no sólo ángel de la guarda, sino memento de sus ideales.
En ocasiones, a Djuna le hubiera gustado descender con él a regiones más humanamente accesibles, a un mundo despreocupado. Le envidiaba por las horas atolondradas que pasaba en el café, por sus alegres amistades, por su antigua vida con los zíngaros, por sus temerarias aventuras. La noche en que él y sus compañeros de bar robaron un bote y remaron Sena arriba cantando, en busca de suicidas a los que salvar. Su despertar, algunos días, en lejanos bancos de barrios desconocidos de la ciudad. Sus largas conversaciones con extraños al amanecer, lejos de París, en algún camión que se

había parado a recogerle. Pero le estaba vedada la entrada a aquel mundo con él.
Su presencia había hecho despertar en Rango a un hombre repentinamente vapuleado por sus antiguos ideales cuya perdida madurez quería afirmarse en la acción. Con su conquista de Djuna, Rango consideraba que había reconquistado su antigua personalidad antes de que se desintegrase, puesto que había reconquistado su primer ideal femenino, aquel que no había alcanzado la primera vez, aquel al que había renunciado por completo en su matrimonio con Zora... Zora, polo opuesto a lo soñado en primer lugar.
Qué gran rodeo había significado su elección de Zora, una elección que le había llevado al nomadismo, el caos y la destrucción.
Pero este nuevo amor encerraba la posibilidad de un nuevo mundo, el mundo que intentara alcanzar, sin lograrlo, al principio, el mundo no había podido alcanzar con Zora.
A veces decía: «¿ Es posible que hace sólo un año fuese un bohemio?»
Ella había tocado inconscientemente los resortes de su verdadera naturaleza: su orgullo, su necesidad de mando, su primera ambición de jugar un papel importante en la historia.

Había ocasiones en las que Djuna sentía no que su vida pasada le hubiese corrompido –porque, a pesar de su anarquía, de su destructividad, su núcleo había permanecido humano y puro–, sino que quizá los resortes de Rango, los resortes de su voluntad, se hubiesen roto a causa del tumultuoso curso de su vida.
¿Qué podía lograr el amor? Tal vez pudiese extraer de su cuerpo los venenos del fracaso y la amargura, de las traiciones y humillaciones, pero ¿sería capaz de reparar un resorte roto, roto por años y años de disolución y rendiciones?
El amor por lo incorrupto, lo intacto, por la bondad básica de otro, podía dar una suavidad al aire, una acariciante oscilación a los árboles, un regocijo a las fuentes, podía desterrar la tristeza podía originar todos los síntomas del renacer...

Rango era como la naturaleza, bueno, agreste, y a veces cruel. Tenía todos los estados de la naturaleza: belleza, timidez, violencia y ternura. La naturaleza era el caos.
–En lo más alto de las montañas –empezaba una vez más Rango, como si continuase contándole historias del pasado que amaba, jamás del pasado del que se avergonzaba–, en una montaña dos veces más alta que el Mont Blanc, hay un laguito dentro de un cobijo de rocas volcánicas negras, bruñidas como mármol negro, en medio de cumbres de nieves perpetuas. Los indios subían a visitarlo, para ver sus espejismos. Lo que yo vi en el lago fue una escena tropical, opulentamente tropical, palmeras y frutas y flores. Eso es lo que tú eres para mí, un oasis. Me envenenas y al mismo tiempo me das fuerza.
(La pócima del amor no constituía escapatoria, porque en sus anillos yacen latentes sueños de grandeza que despiertan cuando hombres y mujeres se fecundan profundamente. Siempre nace algo del hombre y la mujer que yacen juntos e intercambian las esencias de sus vidas. Siempre es arrastrada alguna semilla que se abre en el suelo de la pasión. Los vapores del deseo son la matriz del nacimiento del hombre, y a menudo en la embriaguez de

las caricias se forja la historia, y la ciencia, y la filosofía. Una mujer, mientras cose, cocina, abraza, cubre, calienta, también sueña que el hombre que la posea será más que un hombre, será la figura mitológica de sus sueños, el héroe, el descubridor, el constructor... A menos que sea una furcia anónima, ningún hombre penetra impunemente a una mujer, porque allí donde se mezcla la semilla de hombre y mujer, dentro de las gotas de sangre que se entremezclan, los cambios que ocurren son los mismos que los de los grandes y caudalosos ríos de la herencia, que, además de transmitir los rasgos físicos, transmiten los rasgos del carácter de padre a hijo y a nieto. Recuerdos de experiencias son transmitidos por las mismas células que repitieron la forma de una nariz, una mano, el tono de una voz, el color de un ojo. Esos grandes y caudalosos ríos de la herencia transmitieron rasgos y llevaron sueños de un puerto a otro hasta su realización, y dieron a luz a personalidades nunca nacidas antes... No hay hombre ni mujer que sepa lo que nacerá en la oscuridad de su entreveramiento; tantas cosas además de niños, tantos partos invisibles, tantos intercambios de alma y carácter, tantos florecimientos de personalidades desconocidas, tantas liberaciones de tesoros ocultos, de fantasías soterradas...)
Entre ellos existía esta diferencia: que cuando esos pensamientos salían a la superficie de la conciencia de Djuna, ella no se los podía comunicar a Rango porque se reía de ella. «Tonterías místicas», decía.

Un día, mientras Rango se dedicaba a cortar madera, encender el fuego, traer agua desde la fuente con energía y exaltación, sonriendo con una sonrisa de fe y placer absolutos, Djuna sintió: nacerán cosas maravillosas.
Pero al día siguiente Rango estaba sentado en el café y reía como un pícaro, y cuando Djuna pasó tuvo que habérselas con otro Rango, un Rango que se apoyaba en el mostrador con la bravuconería de un borracho, riendo con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, olvidándose de ella, olvidándose de Zora, olvidándose de la política y la historia, olvidándose del alquiler, el marketing, las obligaciones, las citas, los amigos, médicos, medicinas, placeres, olvidándose de la ciudad, de su pasado, de su futuro, de su personalidad actual, en una amnesia temporal que al día siguiente le dejaba deprimido, inerte, envenenado con sus propias cóleras consigo mismo, enojado con el mundo, enojado con el cielo, la barcaza, los libros, enojado con todo.
Y al tercer día era otro Rango, turbulento, excéntrico, oscuro, como Heathcliff, dijo Djuna, destruyéndolo todo. Ése fue el día que siguió a las borracheras: una disputa con Zora, una pelea con *el* vigilante. A veces regresaba con la cara marcada por una reyerta en el café. Las manos le temblaban. Sus ojos brillaban, con un destello amarillo. Djuna apartaba la cara de su aliento, pero su voz cálida, profunda, hacía que volviese de nuevo el rostro al decir: «Me he metido en un lío, una mala cosa...».

Las noches de viento, los postigos golpeaban contra las paredes como alas huesudas de un albatros gigante.
La pared a la que estaba arrimada la cama era furiosamente lamida por las pequeñas olas del río y podían oír su lap lap lap contra los costados mohosos.
En la oscuridad de la barcaza, con las cuadernas de madera gruñendo y la lluvia cayendo en la estancia por el techo sin reparar, los pasos resonaban más fuertes y siniestros. El río parecía temerario y colérico.

Contra el humo y la neblina de sus caricias, se levantaban aquellos bruscos cambios de temperamento, cuando la barcaza dejaba de ser la célula de una misteriosa vida nueva, un refugio encantado; cuando se convertía en emplazamiento de iras reprimidas, como una carga de cajas de dinamita esperando la explosión.
Porque la cólera y las batallas de Rango con el mundo se tornaban veneno. El mundo tenía la culpa de todo. El mundo tenía la culpa de que Zora hubiera nacido pobrísima, de que su madre estuviese loca, de que su padre las hubiese abandonado. El mundo tenía la culpa de su desnutrición, de su falta de salud, de su matrimonio precoz, de sus problemas. Los médicos tenían la culpa de que no se pusiera buena. El público tenía la culpa por no comprender sus bailes. El casero hubiera debido permitirles no pagar el alquiler. El tendero no tenía ningún derecho a reclamar lo que le debían. Eran pobres y tenían derecho a ser compadecidos.
El ruido de la cadena amarrando y largando el bote de remos, la furia invernal del Sena, los suicidas del puente, el viejo vigilante golpeando sus cubos cuando saltaba por encima de la pasarela y escaleras abajo, el agua calando demasiado aprisa en la sentina de la barcaza sin ser bombeada, la humedad acumulándose y pintando zapatos y vestidos de moho. Agujeros en el suelo, por tapar, a través de los cuales el agua relucía como los ojos del río, y por donde las patas de las sillas caían una y otra vez como patas de animales presos en una trampa.
Rango comentó:
–Una vez mi madre me dijo: «¿Cómo quieres llegar a tocar el piano? Tienes manos de salvaje».
–No –replicó Djuna–, tus manos son exactamente como tú. Tres dedos son fuertes y salvajes, pero los dos últimos, los más chicos, son sensibles y delicados. Tu mano es igual que tú; el corazón es tierno pero está envuelto por una naturaleza sombría y violenta. Cuando te confías eres tierno y delicado, pero cuando dudas eres peligroso y destructivo.
–Siempre me he puesto del lado de los rebeldes. En una ocasión me nombraron jefe de policía de mi ciudad natal y me mandaron con un pelotón a capturar a un bandido que había estado asolando a los pueblecitos indios. Cuando llegué al sitio me hice amigo del bandido y estuvimos jugando a cartas y bebiendo toda la noche.
–¿Qué es lo que mató tu fe en el amor, Rango? Nunca fuiste traicionado.
–No acepto que pudieses amar a alguien antes de conocerme a mí.
Djuna permaneció callada, pensando que los celos del pasado no tenían fundamento alguno, pensando que las posesiones y caricias más profundas quedaban almacenadas en las buhardillas del corazón, pero que no tenían poder para resucitar y penetrar en las estancias iluminadas del presente. Permanecían envueltas en penumbra y polvo, y si una vieja asociación hacía revivir una sensación añeja, ésta sólo duraba un instante, como un eco, intermitente y transitoria. La vida arrastra, apaga y acalla las más indelebles experiencias hacia la laguna Estigia de mundos desvanecidos. El cuerpo tiene sus núcleos y sus periferias y un modo muy misterioso de mantener a los intrusos en la orilla exterior. Un millón de células protegen el núcleo de un amor profundo de las invasiones fantasmales, de las reapariciones de amores pretéritos.
Un presente intenso, vivido, era el mejor exorcista del pasado.
De modo que cada vez que Rango iniciaba sus exploraciones inquisitoriales

Librodot

de los recuerdos de Djuna, esperando dar con algún intruso, batirse con Paul, Djuna se echaba a reír:
–¡Tus celos son necrofílicos! ¡Te dedicas a violar sepulturas!
–¡Pues menudo tu amor por los muertos! Estoy convencido de que cada día les llevas flores.
–¡Hoy no he ido al cementerio, Rango!
–Cuando estás aquí sé que eres mía. Pero cuando subes esas escaleritas, fuera de la barcaza, caminando con tu pasito rápido rápido, entras en otro mundo y dejas de pertenecerme.
–Pero, Rango, cuando subes las escaleras tú también entras en otro mundo, y dejas de pertenecerme. Entonces perteneces a Zora, a tus amigos, al café, a la política.

(¿Por qué se muestra tan rápido en denunciar la traición? Dos caricias jamás se parecen. Cada amante abraza un cuerpo nuevo hasta que lo llena con su esencia, y no existen dos esencias idénticas, ni hay sabor que se repita...)
–Me encantan tus orejas, Djuna. Son pequeñas y delicadas. Toda la vida he soñado con unas orejas como las tuyas.
–¡Y buscando unas orejas diste conmigo!
Rango rió de buena gana, cerrando los ojos como un gato, juntando ambos párpados. La risa hacía que sus pómulos altos fuesen todavía más plenos, y a veces parecía un nobilísimo león.
–Quiero llegar a ser alguien. Vivimos encima de un volcán. Tal vez necesites mi fuerza. Quiero ser capaz de cuidar de ti.
–Rango, comprendo tu vida. En ti existe una gran fuerza, pero hay algo que te frena, que te bloquea. ¿Qué es? Esa gran fuerza explosiva que hay en ti está completamente desperdiciada. Finges ser indiferente, despreocupado, temerario, pero noto que en el fondo te afecta. A veces te pareces a Pedro el Grande, construyendo una ciudad sobre un pantano, rescatando a los débiles, cargando en la batalla. ¿Por qué ahogas en vino la dinamita que llevas dentro? ¿Por qué tienes tanto miedo a crear? ¿Por qué colocas tantos obstáculos en tu propio camino? Ahogas tu fuerza, la desperdicias. Deberías construir...
Le besó, buscando y esforzándose en comprenderle, por besar al Rango secreto, para que saliese a la superficie, para que se hiciese visible y accesible.
Y entonces él le reveló el secreto de su comportamiento con palabras que hicieron que su corazón se estremeciera:
–Es inútil, Djuna. Zora y yo somos víctimas de la fatalidad. Todo cuanto he intentado ha sido un fracaso. Tengo mala suerte. Todo el mundo me ha hecho daño, empezando por mi familia, mis amigos, todos. Todo ha sido distorsionado, es inútil.
–Pero, Rango, yo no creo en la fatalidad. Existe una pauta interior del carácter que puedes descubrir y modificar. Sólo los románticos creen que somos víctimas del destino. Y tú siempre hablas en contra de los románticos.
Rango denegó con vehemencia, impaciente.
–No hay que meterse con la naturaleza. Se nace con un carácter determinado y si ése es tu destino, como tú dices, bueno, no hay nada a hacer. El carácter no puede ser modificado.
Rango tenía esas iluminaciones instintivas, destellos de intuición, pero eran intermitentes, como relámpagos en el cielo tempestuoso, y luego, entre unos

y otros, volvía a quedarse ciego.
Además, la bondad que a veces resplandecía en él con tanto brillo carecía de profundidad; ni siquiera era consciente de que pasaba de la bondad a la cólera, y no podía conjurar ningún tipo de comprensión contra sus estallidos de violencia.

Djuna temía aquellos cambios. El rostro de Rango, en ocasiones bello, humano y próximo, era en otras retorcido, cruel y amargo. Ella quería saber qué provocaba aquellos cambios para evitar los estragos que causaban, pero él eludía todo esfuerzo de comprensión.
Djuna hubiera deseado no haberle contado nunca nada sobre su pasado. Recordaba lo que la había llevado a hablar. Fue durante la primera parte de su relación, cuando una noche Rango se inclinó sobre ella murmurando: «Eres un ángel. No acabo de creer que puedas ser tomada como una mujer». Y vaciló un instante antes de abrazarla.
Djuna se había apresurado a mostrarle todo lo contrario, negándoselo con ahínco. Tenía tanto miedo a que le dijeran que era un ángel como otras mujeres a ver revelado su demonio. Notaba que no era cierto, que, como todo el mundo, ella también tenía su demonio, aunque lo controlase rígidamente, sin permitirle que jamás causara el menor daño.
También albergaba el temor de que aquella imagen del ángel eclipsara a la mujer que había en ella, a la mujer deseosa de un lazo terrenal. ¡Para ella un ángel era el compañero de cama menos codiciable!
Hablar sobre el pasado había sido su modo de decir:
–Soy una mujer, no un ángel.
–Un ángel sensual –concedió él entonces. Pero lo que le quedó grabado fue la obediencia de Djuna a sus impulsos, su capacidad de amor, el modo como se entregaba, y en ello basó, a partir de entonces, las dudas sobre su fidelidad.
–Y tú eres un Vesubio –dijo ella riendo–. Cada vez que hablo de comprensión, de dominio, de cambio, te enojas como un terremoto. Tú no crees que el destino se pueda cambiar.
–El indio maya no es místico, es panteísta. Su madre es la tierra. Sólo tiene una palabra para madre y tierra. Cuando un indio moría, en su tumba colocaban comida de verdad y seguían alimentándole.
–¡Una comida simbólica no sabe tan bien como la comida de verdad!

(Es celoso y posesivo porque se halla sobre la tierra. Sus cóleras son terrenales. Su cuerpo fortachón es de la tierra. Sus rodillas son de hierro, fortalecidas de tanto apretar ijadas de caballos salvajes. Su cuerpo tiene todos los aromas de la tierra: especias, jengibre, almizcle, pimienta, vino, opio. Tiene el cuello suave de una estatua, la arrogancia española de la cabeza, y también la sumisión india. Tiene la gracia torpe de un animal. Sus manos y pies son más bien patas. Cuando agarra un gato que se escabulle, es más rápido que él. Se sienta en cuclillas como un indio y luego brinca con sus robustas piernas. Me encanta el modo como sus altos pómulos se mueven al reír. Dormido muestra las lujuriosas pestañas de carbón de una mujer. La nariz tan redonda y jovial; todo poderoso y sensual excepto su boca. Su boca es pequeña y tímida.)
Lo que Djuna creía era que su fuego y fuerza entrarían en erupción, como un volcán, brindándoles la libertad a él y a ella. Creía que el fuego que había en

Librodot

Rango abrasaría todas las cadenas que le ataban. Pero también el fuego debe seguir una dirección. Y su fuego era ciego. Pero Djuna no lo era. Ella le ayudaría.

A pesar de su vitalidad física, Rango se encontraba desvalido, estaba atado y amarrado. Podía pegar fuego a una habitación, destruir, pero todavía no podía construir. Estaba ligado y cegado como lo está la naturaleza. Sus manos podían romper lo que sostuvieran por pura fuerza, por una fuerza que él no podía mesurar, pero era incapaz de construir. Su caos interno era la cadena que rodeaba su cuerpo, la convicción de que nacemos esclavos de nuestra propia naturaleza, de que nuestros impulsos ciegos nos llevan inevitablemente a la destrucción.
–¿Qué quieres que sea tu vida?
–Una revolución diaria.
–¿Por qué, Rango?
–Me gusta la violencia. Quiero servir a las ideas con mi cuerpo.
–Cada día hay hombres que mueren por ideas que les traicionan, por jefes que les traicionan, por ideales falsos.
–Pero el amor también traiciona –dijo Rango–. No tengo fe.
(Oh, Dios mío, pensó Djuna, ¿tendré fuerzas suficientes para ganar esta batalla contra la destrucción, este combate particular en favor de un amor humano?)
–Necesito independencia –añadió Rango–, como la necesita un caballo salvaje. No puedo someterme a nada. No puedo aceptar una disciplina. La disciplina me descorazona.

Su cuerpo se mostraba inquieto, pesado, febril, incluso cuando dormía. Tiraba todas las mantas, permanecía desnudo y, por la mañana, la cama parecía un campo de Agramante. ¡Tantos eran los combates que había librado en sueños; tan tumultuosa la vida, incluso dormido!
A su alrededor el caos, su ropa siempre desgarrada, sus libros manchados, sus papeles extraviados. Sus efectos personales, que de vez en cuando recordaba por echar alguno de menos, o por querérselo mostrar a Djuna, estaban esparcidos por todo el mundo, en sótanos para huéspedes donde eran custodiados como rehenes de los alquileres por pagar.
Todas las llamitas quemaban en él al mismo tiempo, excepto la de la sabiduría del santo espíritu.

A Djuna le entristecía que Rango estuviese tan dispuesto a ir a la guerra, a luchar por sus ideas, a morir por ellas. Le parecía que estaba dispuesto a vivir y morir por errores emocionales, como hacían las mujeres, pero que, como la mayoría de los hombres, no los llamaba errores emocionales; los llamaba historia, filosofía, metafísica, ciencia. Su yo femenino estaba triste, pero también sonreía ante aquel juego consistente en otorgar a creencias personales y emotivas la dignidad de nombres impersonales. Sonreía ante eso como los hombres sonríen ante la exageración femenina de las tragedias propias cuando son llevadas a un punto que ellos no consideran aplicable a las vidas personales.
Mientras Rango optaba por guerras y revoluciones, ella optaba por Rango, optaba por el amor.
Los partidos cambiaban a diario, las filosofías y la ciencia se transformaban;

para Djuna, lo único que subsistía era el amor. Grandes modificaciones en los mapas del mundo, pero ninguna en aquella necesidad de amor humano, en aquella tragedia de amor humano balanceándose entre la ilusión y la vida, rompiéndose a veces en el peligroso paso entre ilusión y la vida, rompiéndose otras totalmente. Pero el amor en sí es continuo, como la vida.
Sonrió ante la gran necesidad masculina de construir ciudades cuando es mucho más difícil construir relaciones; ante su necesidad de conquistar países cuando es mucho más difícil conquistar un corazón, satisfacer a un niño, crear una vida humana perfecta; ante la necesidad masculina de inventar, de circunnavegar el espacio, cuando es mucho más duro superar la distancia existente entre dos seres humanos; ante la necesidad masculina de crear sistemas filosóficos cuando es mucho más duro comprender a un ser humano, cuando las grandes profundidades del carácter humano se hallan sólo a medio explorar. –Debo ir a la guerra –dijo él–. Debo actuar. Tengo que servir a una causa.

Rango le producía la sensación de alguien que repitiese en la vida gestos y escenas y ambientes ya grabados en su recuerdo. ¿Dónde le había visto anteriormente a caballo, llevando botas de piel blanca, pieles y panas, con sus ojos ardientes, su rostro sombrío y el negro pelo revuelto?
¿Dónde había visto anteriormente el rostro de Rango con una pasión adoradora como el hombre que recibe la comunión, la oblea profana en la lengua?
Verle tendido a su lado era como uno de esos recuerdos que nos asaltan al viajar por tierras extrañas con las que no tenemos ningún lazo consciente, aunque a cada paso reconozcamos su familiaridad con la exacta presciencia de la escena que nos espera al doblar la esquina de la calle.
¿Memoria, o recuerdos raciales, o influencia de cuentos, cuentos de hadas, leyendas y baladas oídas durante la infancia?
Rango provenía de la España del siglo XVI, la España de los trovadores, con su severidad, su rigidez, el dominio de la Iglesia, la clausura de las mujeres, el esplendor de las ceremonias católicas, y un río de sensualidad vasto, secreto, tumultuoso discurriendo bajo la superficie, incontrolable, detectable solamente a través de esas persistentes muestras de culpabilidad y expiación comunes a todas las razas.
Rango recreaba para Djuna un paraíso natural de carne y hueso muy distinto de los paraísos artificiales creados en el arte por los hijos de la ciudad. En su infancia, vivida en ciudades y no en bosques, Djuna había creado paraísos de invención propia, con un lenguaje suyo, exterior y alejado de la vida, como algunos pájaros crean un nido en la rama inaccesible, inaccesible al desastre pero a la vez difícil de preservar, de un árbol.
Para Rango, sin embargo, el paraíso de la vida no tenía nada que ver con el arte, consistía en bosques, montañas, lagos, espejismos, poblado por extraños animales y extrañas flores y árboles, todo ello cálido y accesible.

Djuna había sido una niña de ciudad y, en consecuencia, el paraíso de su infancia se había creado a partir de cuentos de hadas, leyendas y mitología, enmascarando la fealdad, las estancias hacinadas, los patios miserables.
Rango no había tenido necesidad de inventar. Había poseído montañas de magnificencia legendarias, lagos de proporciones fantásticas, animales extraordinarios, una casa de gran belleza. Había asistido a fiestas que duraban una semana, carnavales, orgías. Había extraído sus éxtasis del aire enrare-

Librodot

cido de las alturas, sus drogas de las ceremonias religiosas, sus placeres físicos de combates, su poesía de la soledad, su música de las danzas indias, y se había nutrido de las historias que le contaba su ama india.
Para visitar a la primera muchacha a quien había amado tuvo que viajar toda la noche a caballo, saltar muros, y arriesgarse a sufrir las iras de su madre y una posible muerte a manos de su padre. ¡Todo eso estaba escrito en el *Romancero*!
El paraíso de la infancia de Djuna estuvo bajo una mesa de biblioteca que, cubierta hasta el suelo por un paño rojo con flecos, le servía como morada donde leía los libros prohibidos de la gran biblioteca de su padre. Le habían dado un trocito de hule en el que se limpiaba ostentosamente los pies antes de entrar en aquella tienda, en aquella cabaña esquimal, en aquella casa de barro africana, en aquel reino del mito.
El paraíso de su infancia había residido en los libros.
La casa en la que había vivido de niña era la mansión del espíritu que no vive ciegamente sino que siempre, por su apasionada experiencia, construye y adorna su corazón cuarteado –extensión y expansión del cuerpo– con múltiples y delicadas afinidades. Como las que vinieron a establecerse entre ella y las puertas y pasadizos, las luces y sombras de su morada exterior, hasta quedar incorporada a ellas con la expresividad total de lo que es externo en contraposición con el significado interno, hasta que no hubo más distinción entre exterior e interior.

(Estoy luchando contra una fuerza oscura en Rango, amando en él, a través de él, la naturaleza y, sin embargo, estoy luchando también contra las destrucciones de la naturaleza. Cuando mi vida culmina en un cielo de pasión es cuando más peligrosamente se balancea al borde del abismo. Cuanto más intento remontarme hacia el sueño, hacia la esencia, rozando ya las bóvedas del cielo, mayor es la fuerza con la que se aprieta sobre mi cuello el dogal de la realidad. ¿Me desmoronaré intentando rescatar a Rango? Hastío de corazón y cuerpo... De modo intermitente veo y siento humedad, pobreza, una Zora enferma, la comida sobre la mesa manchada de vino, ceniza de cigarrillos y migajas de pan de antiguas comidas. Sólo de vez en cuando advierto la herrumbre del fogón, la gotera del techo, la lluvia sobre la alfombra, el fuego que se ha apagado, el vino amargo en una taza. Y así desciendo por trampillas, sin caer en ninguna trampa, pero sabiendo que existe otro Rango al que no puedo ver, el que vive con Zora, el que espera para mostrarse bajo la luz adecuada. Y tengo miedo, miedo a sufrir... Ahora comprendo por qué amaba a Paul: porque Paul tenía miedo.
Cuando nos acostábamos y acariciábamos, estábamos acariciando, bajo la manta, este mismísimo temor, el temor a la violencia, y lo comprendíamos. Lo reconocíamos en la oscuridad, con nuestras manos y nuestras bocas. Lo tocábamos y nos emocionaba, porque era nuestro secreto, y lo compartíamos a través del cuerpo. Todo el mundo dice: debes tomar partido, hacer una opción política, elegir una filosofía, decidirte por un dogma... Yo elijo el sueño del amor humano. Si me hago aliada de algo es para hallarme cerca de mi amor. Con él espero derrotar la tragedia, derrotar la violencia. Bailo, coso, remiendo, cocino por ese sueño. En ese sueño nadie muere, nadie enferma, nadie se separa. Amo y bailo con mi amor desplegado, confiando en la penumbra, confiando en el laberinto, en los hornos del amor. Hay quien dice: el sueño es huida. Hay quien dice: el sueño es locura. Hay quien dice: el

Librodot

sueño es enfermedad; te traicionará.
El Rango que yo veo no es el que ve Zora, o el que ve el mundo. Ése es el embrujo del amor. Uno puede tomar partido en religión, puede tomar partido en historia, y otros están a su lado, no está solo. Los médicos llaman síntoma a ese sueño, los historiadores huida, los filósofos droga, y ni siquiera tu amante recorrerá ese peligroso camino contigo... Cuelga ese sueño de amor del mástil de esta barcaza de caricias... una bandera de fuego...)

El enemigo no se hallaba fuera, como creía Rango.
Por encima de cualquier otra cosa, él quería evitar que Djuna recordase sus días con Paul, o desease el regreso de Paul, o anhelase su presencia, pero ése era precisamente el sentimiento que a la postre despertaba su violencia. Porque su violencia hacía que Djuna se apartase de él. La sensación de desolación que dejaban sus palabras coléricas, o sus distorsionadas interpretaciones de los actos de Djuna, sus dudas, provocaban tal clima de ansiedad que, a veces, para escapar de aquella tensión, Djuna pensaba en Paul, como una niña en busca de paz y dulzura...
Entonces Rango cometió un segundo error: quiso que ella y Zora fuesen amigas. Djuna nunca llegó a saber si Rango creía que, con eso, lograría recomponer su vida desgarrada y dividida, si estaba pensando sólo en sí mismo o en compartir su carga con ella, o si tenía tanta fe en la capacidad de Djuna para crear seres humanos que confiaba que ella podría curar a Zora y ganarse, quizás, el afecto de ésta, poniendo fin a la tensión que experimentaba cada vez que regresaba a casa.
Para ella las oscuridades y laberintos de la mente de Rango siempre permanecieron envueltos en el misterio. En su naturaleza había recovecos y deformidades que Djuna no podía aclarar. No sólo porque él mismo jamás sabía lo que ocurría en su interior, no sólo porque estaba lleno de contradicciones y confusiones, sino porque se afligía y rebelaba ante cualquier examen, prueba o cuestionamiento de sus motivos.
De modo que llegó el día en que dijo:
–Me gustaría que visitaras a Zora. Se encuentra muy enferma y tal vez podrías ayudarla.
Hasta aquel momento apenas si la había mencionado. En la mente de Djuna se habían agolpado algunas palabras de Rango. Se había casado con Zora cuando él contaba diecisiete años. Seis años antes de conocer a Djuna habían empezado a vivir juntos sin que existiese entre ellos ningún contacto físico, «como hermanos». Ella siempre estaba enferma y Rango sentía gran compasión ante su desamparo. Djuna no sabía si lo que les ligaba era simple compasión, sólo el pasado.
Sabía que aquella llamada estaba dirigida a su yo bondadoso y que, para responder a ella, debía refrenar sus propios deseos para no entremeterse en la vida de Rango y Zora, o para evitar una relación que sólo podía causarle dolor. Rango le estaba pidiendo que, de sus varias facetas, pusiese en primer plano una de ellas, como a otros se les pide que vistan un determinado atuendo de su abundante guardarropía.
Se la invitaba, tan sólo, a poner de manifiesto aquella faceta bondadosa de su personalidad en la que Rango creía a ciegas, pero ella se rebelaba contra aquel yo bondadoso al que otros recurrían demasiado a menudo, que era solicitado con excesiva frecuencia en detrimento de sus otras personalidades, semejantes, ahora, a múltiples alhelíes: la Djuna que deseaba reír, mostrar-

Librodot

se despreocupada, tener un amor para ella sola, una vida integrada, una tregua en sus problemas.

A menudo había soñado secretamente en sus otras personalidades, en la personalidad agreste, en la libre, la caprichosa, la extravagante, la maliciosa. Pero la constante demanda de su personalidad bondadosa estaba atrofiando las demás.
Porque hay invitaciones que son como órdenes.
Existen mundos heráldicos de aristocracia espiritual y emotiva que no guardan la menor relación con la moral convencional, que dan a ciertos actos una cualidad de *noblesse oblige,* una fidelidad a las más elevadas capacidades de una persona, una especie de vida en las alturas, una devoción a la personalidad idealizada. Los artistas que habían roto con los convencionalismos se sometían a ese código y conocían la tristeza y la culpabilidad producidas por cualquier fallo de ese modelo voluntario. Todos ellos sufrían, a veces, esa culpabilidad parecida a la culpa de religiosos, moralistas y burgueses, aunque aparentemente viviesen en oposición a ellos. Era la culpabilidad incurable del idealista que intenta alcanzar una imagen de sí mismo con la que sentirse orgulloso.
Simplemente habían creado hermandades, deberes, tabúes comunitarios de otro tipo, a los que sin embargo se adherían a costa de grandes sacrificios personales.
Djuna no sabía cómo había llegado a alcanzar tanta preeminencia aquella faceta bondadosa de su personalidad. Ni siquiera sabía cómo había nacido, pues consideraba que se la habían arrojado encima, que no era ella quien la había elegido. Se sentía mucho menos bondadosa de lo que esperaban de ella, y eso le daba una sensación de traición, de fraude.
No tenía la valentía de decir: preferiría no ver a Zora, no conocer tu otra vida; preferiría mantener mi ilusión de un amor único.

Recordaba haber practicado, durante la infancia, juegos peligrosos. Buscaba aventuras y dificultades. Confeccionó unas alas de papel y saltó desde una ventana del primer piso, no lastimándose por puro milagro. En charadas y juegos no quería ser la heroína dulce y amable, sino la oscura reina de la intriga. Prefería Catalina de Médicis a las princesas insípidas e inocentes. A menudo quedaba enzarzada en sus propias y encumbradas rebeldías, en sus devastadoras rabietas, y en mentiras.
Pero sus padres repetían machaconamente: Debes ser buena. Conserva el vestido limpio. Sé simpática, da las gracias a la señora, si te caes oculta el dolor, no abras la mano para tomar lo que quieres, no llames la atención, no presumas por la cinta del pelo, pasa desapercibida, sé callada y modosa, cede a tus hermanos los juegos que ellos quieren, doblega tus impulsos, no hables demasiado, no todo el mundo inventa historias sobre cosas que jamás han ocurrido, *sé buena o de lo contrario no te querrán.* Y cuando la acusaban de alguna de estas ofensas, sus padres le daban la espalda y le negaban el beso de buenas noches o de buenos días, esencial para su felicidad. Su madre llevaba a cabo sus amenazas de abandono con juegos que la niña Djuna vivía como tragedias: en una ocasión, mientras nadaba en un lago ante los ojos ansiosos de Djuna, hizo ver que desaparecía y se ahogaba; cuando reapareció en la superficie, Djuna ya estaba histérica. En otra ocasión, en una enorme estación de ferrocarril, cuando Djuna tenía seis años,

su madre se escondió tras una columna y Djuna encontrose sola entre el gentío, perdida, y de nuevo lloró histéricamente.
Su personalidad bondadosa se había formado bajo esas amenazas: un florecimiento artificial. En aquella incubadora de temores, su bondad florecía meramente por tratarse del único camino conocido para atraer y conservar el amor.

Había otros tipos de personalidad que a ella le interesaban más, pero que había aprendido a ocultar o reprimir: su personalidad inventiva, tejedora de fantasías, amante de los cuentos, su personalidad temperamental centelleante como un rayo de calor, su personalidad violenta, las mentiras que no eran mentiras sino meros retoques de la realidad.
El lenguaje rudo le gustaba tanto como llevarse el jengibre a los labios. Pero sus padres habían dicho: «No esperábamos eso de ti, precisamente de ti». Y la nombraron guardiana de sus hermanos, pidiéndole que hiciese cumplir sus normas, de igual forma como, ahora, Rango acababa de nombrarla guardiana de sus desmoronamientos.
De modo que aprendió la única reconciliación que pudo encontrar: aprendió a mantener el equilibrio entre crimen y castigo. Ocupó su sitio junto a la pared, de cara a la pared, y entonces masculló: «Maldición maldición maldición maldición», cuantas veces quiso, puesto que se castigaba a sí misma y, simultáneamente, se sentía absuelta, sin perder tiempo en arrepentimientos.

Pero ahora aquella personalidad bondadosa ya no podía ser dejada de lado. ¡Tenía una vida ineludible, su leyenda, sus fieles! Cada vez que cedía a su impulso aumentaban sus responsabilidades, pues aparecían nuevos devotos que solicitaban una atención constante. Si hoy Rango le pedía que cuidase de Zora era porque había oído y sabía de múltiples ocasiones en las que ella, en el pasado, había cuidado de otros.
Esa indestructible personalidad bondadosa, ese yo bueno, falso y agobiante, que respondía a los rezos de: Djuna, te necesito; Djuna, consuélame; Djuna, tú tienes remedios (¿por qué habría estudiado el arte de curar, todos los filtros contra el dolor?); Djuna, trae tu varita mágica; Djuna, te llevaremos hasta Rango, no el Rango de la guitarra alegre y las canciones cálidas, sino Rango el esposo de una mujer siempre enferma. Te destrozará el corazón, Djuna la del corazón frágil, tu corazón se romperá con un sonido de viento sibilante, y los fragmentos serán iridiscentes. Allí donde caigan crecerán al instante nuevas plantas, y si tu corazón a menudo se quiebra será una bendición para una nueva cosecha de corazones frágiles, porque el artista es como el religioso, cree que la renuncia a las posesiones mundanas, el dolor y los conflictos no conducen a la santidad sino al arte, que hacen nacer lo maravilloso.
(Esa bondad es un personaje que me viene demasiado estrecho; un vestido que no puedo seguir llevando. ¡Hay otras facetas de mi personalidad que intentan nacer, que exigen que se les escuche!)

Tu historia pasada ha influido en tu elección, Djuna; has demostrado que eres capaz de aliviar el dolor y por eso no te invitan a las fiestas.
Irrevocable extensión de papeles pretéritos, sin reversión posible.
Hay demasiados testigos de compasiones pasadas, de antiguas abdicaciones: parecerán escandalizados por cualquier cambio de tu carácter y volverán a

despertar tus antiguas culpabilidades. ¡De cara a la pared! Esta vez de modo tal que Rango no vea la rebeldía en tu rostro. La esposa de Rango está mortalmente enferma y vas a llevarle tus filtros.
Pero había efectuado un importante descubrimiento.
Aquel lazo con Rango, aquella paciencia con su temperamento violento, aquella fraternidad tácita entre la amabilidad de ella y la aspereza de él, aquella colaboración de luz y sombra, aquella responsabilidad que sentía hacia Rango, su obligación de rescatarle de las consecuencias de su cólera ciega, se debían a que Rango exteriorizaba, por ella, aquella personalidad que Djuna había enterrado durante la infancia, todo lo que había negado y reprimido: caos, desorden, capricho, destrucción.
¿La razón de su indulgencia? Todo el mundo se maravillaba (¿cómo eres capaz de soportar sus celos, sus iras?) por el modo como Rango destruía lo que ella creaba, obligándola cada día a comenzar de nuevo: a comprender, a ordenar, a reconstruir, a apedazar; lo que explicaba su aceptación de los conflictos provocados por la ceguera de él era que Rango *era* la naturaleza incontrolada, que el día que ella había enterrado su propia pereza, sus propios celos, su propio caos, aquellas personalidades atrofiadas que esperaban su liberación habían empezado a respirar gracias a la acción de Rango. Esa complicidad en la oscuridad le obligaba a compartir con él las consecuencias.
El reino que había intentado eludir: oscuridad, confusión, violencia, destrucción, entraba secretamente en erupción a través de su relación con Rango. El peso descansaba sobre los hombros de él. Por eso Djuna también debía compartir los sufrimientos. No había aniquilado su personalidad natural; ésta se reafirmaba en Rango. Y ella era su cómplice.

El Rango de rostro sombrío que abrió la puerta de su estudio, situado por debajo del nivel de la calle, no era el guitarrista alegre y despreocupado que Djuna había visto por primera vez en la fiesta, ni el Rango fervoroso de las noches en la barcaza, ni el Rango oscilante del café, el narrador irónico, el aventurero temerario. Era otro Rango, desconocido para ella.

En el lúgubre recibidor, apareció recortado su cuerpo, su alta frente, la caída de su pelo, su ceño, llenos de nobleza, de magnificencia. Inclinó con gravedad la cabeza en el estrecho recibidor, como si aquella morada cavernícola fuese su castillo, él el señor y ella una visitante distinguida. Rango emergió de aquella pobreza y esterilidad más orgulloso, más alto, más silencioso también, puesto que él las había elegido. Si no hubiera sido un rebelde, ahora la estaría saludando en la amplia entrada de su rancho.
Escaleras abajo, hacia la penumbra, su mano tocó, vacilante, las paredes, para orientarse, pero las paredes tenían una superficie tosca y parecían pegajosas al tacto, de modo que la retiró y Rango le explicó: «Una vez hubo un incendio. Me quedé dormido fumando y el piso se incendió. El casero jamás ha reparado los daños porque llevamos seis meses sin pagarle el alquiler».
Desde el estudio situado a nivel inferior llegaba un ligero olor a humedad, que era el olor característico de los estudios pobres de París. Era una mezcla de niebla y de la añeja ciudad respirando su fétido aliento a través de los suelos de los sótanos; era olor a anquilosamiento, a ropa lavada con poca frecuencia, a cortinas salpicadas de moho.
Djuna volvió a dudar hasta que, por encima de su cabeza, divisó las clarabo-

yas; pero estaban recubiertas de hollín y dejaban pasar una macilenta luz nórdica.
Entonces Rango se hizo a un lado, y Djuna vio a Zora acostada en la cama. Su pelo negro estaba despeinado y se desparramaba en torno a su piel de color pergamino. No tenía sangre india, y su rostro contrastaba casi absolutamente con el de Rango. Sus rasgos eran duros, pronunciados, la boca ancha y llena, con una amplia mueca, de tristeza, y un sesgo hacia abajo, de derrota, que sólo cambió cuando levantó los párpados; entonces los ojos revelaron una inesperada astucia de la que Rango carecía.
Llevaba una de las camisas de él, y encima un kimono que había sido teñido de negro. Los cuadros rojos y negros de la camisa de colores asomaban por el cuello y los puños. Las rayas, otrora amarillas, todavía podían distinguirse bajo el tinte negro del kimono.
En los pies llevaba un par de grandes calcetines, pertenecientes a Rango, embutidos en las puntas con algodón, lo cual daba a su pequeño cuerpo el aspecto desproporcionado de unos pies de payaso.
Tenía los hombros ligeramente encorvados, y sonreía con la sonrisa del jorobado, del inválido. La inclinación de sus hombros le daba aspecto de haberse encogido a fin de ocupar un espacio más pequeño. Era el encogimiento del miedo.
Djuna presintió que, aun antes de caer enferma, no podía haber sido bella, aunque tuviera una fuerza de carácter que debía de haber sido sorprendente.
Sus manos, sin embargo, eran infantiles y agarraba las cosas sin firmeza. Y en su boca se advertía la misma falta de control. Su voz también era infantil.
El estudio estaba ahora en una semipenumbra, y la lamparilla de aceite que Rango sostenía proyectaba largas sombras.

En la estancia, la neblina de humedad parecía el aliento de los sepultados, hacía sollozar las paredes, desprendía el empapelado en largas tiras marchitas. El sudor de siglos de vida melancólica, la humedad de raíces y cementerios, el moho de la agonía y la muerte que se filtraban por las paredes parecían adecuarse a la piel de Zora, de la que habían desaparecido todo brillo y toda vida.
La sonrisa de Zora y su voz lastimera conmovieron a Djuna. Zora decía:
–El otro día fui a la iglesia y recé desesperadamente para que alguien nos salvase y ahora tú estás aquí. Rango siempre está desorientado, y no hace nada.
Luego se volvió hacia Rango:
–Tráeme mi caja de costura.
Rango le dio una caja de galletas, de hojalata, que contenía agujas, hilos y botones en cajitas rotuladas con nombres de medicinas: inyectables, gotas, píldoras. El paño que Zora sacó para coser parecía un harapo. Sus manos diminutas lo alisaron mecánicamente y, sin embargo, cuanto más lo alisaba más se marchitaba en sus manos, como si su tacto fuese demasiado ansioso, demasiado apremiante, como si transmitiese a los objetos un detestable aliento de marchitez emanado de su carne enfermiza.
Y cuando empezó a coser lo hizo con puntadas pequeñas, superponiéndolas apretujadamente, tan próximas que era como si estuviese sofocando el último hálito de color y vida del harapo, como si lo cosiera para hacerlo marchitar.

Librodot

Mientras conversaban terminó el cuadro que tenía empezado y, entonces, Djuna la vio rasgarlo y empezar de nuevo, silenciosamente.
–Djuna, no sé si Rango te lo ha dicho, pero él y yo somos como hermanos. Nuestra relación física... terminó hace años. Nunca fue muy importante. Sabía que pronto o tarde querría a otra mujer, y estoy contenta de que seas tú porque eres amable y no le apartarás de mí. Le necesito.
–Espero que podamos ser... amables la una con la otra, Zora. Es una situación difícil.
–Rango me ha dicho que jamás has intentado, ni siquiera de palabra, que me abandonase. ¿Cómo no ibas a gustarme? Tú me has salvado la vida. Cuando apareciste estaba a punto de morir por falta de cuidados y comida. No quiero a Rango como hombre. Para mí es un niño. Me ha hecho mucho daño. Sólo le gusta beber, y charlar, y estar con amigos. Si tú le amas, me alegra por la clase de mujer que eres, porque tienes muchas cualidades.
–Eres muy generosa, Zora.
Zora se inclinó para musitar:
–No sé si sabes que Rango está loco. Tal vez no te lo parezca porque se apoya en ti. Pero si no fuese por ti yo me hallaría en la calle, sin un techo. A menudo nos hemos encontrado sin casa, y yo me sentaba en las maletas, afuera, en la acera, y Rango se limitaba a agitar los brazos, desamparado, sin saber nunca qué hacer. Permite que ocurran las cosas más terribles, y luego dice: «Es el destino». Con un cigarrillo prendió fuego a nuestro piso. Estuvo a punto de morir abrasado.
A los pies de la cama había un libro, y Djuna lo abrió mientras Zora descosía meticulosamente lo que acababa de coser.
–Es un libro sobre enfermedades –dijo Zora–. Me encanta leer cosas sobre enfermedades. Voy a la biblioteca y busco descripciones de los síntomas que tengo. He señalado todas las páginas que me afectan. Fíjate en todas esas señales. ¡A veces pienso que tengo todas las enfermedades posibles! –Se echó a reír. Luego mirando lastimeramente a Djuna, casi suplicándole, dijo–: Se me está cayendo todo el pelo.

Cuando Djuna se fue aquella noche, Rango y ella ya no eran un hombre y una mujer en una cámara de amor mutuo y aislado. De repente se habían convertido en una trinidad, con las necesidades inexorables de Zora guiando todos sus movimientos, dirigiendo el tiempo que pasaban juntos, dictando las horas de separación.
Rango había colocado a Zora bajo la protección de Djuna, y el amor de ésta por Rango tuvo que ampliarse para poder incluir a Zora.

Zora habló con Djuna. Aunque era Djuna quién había planeado acercarse a Zora y mostrar la devoción más ejemplar, la amistad de ésta la hacía sentirse meramente pasiva.
Era Zora quien hablaba, con la mirada en lo que cosía y descosía.
–Rango es un hombre distinto, y soy tan feliz, Djuna. Es amable conmigo. Antes era muy infeliz y quien se las cargaba era yo. Un hombre no puede vivir sin amor, y no era fácil satisfacer a Rango. Todas las mujeres le deseaban, pero las veía quizás una vez y volvía abatido, y no quería volver a verlas. Siempre les encontraba algún defecto. Contigo está contento. Y soy feliz porque sabía que algún día tendría que ocurrir, aunque si lo soy es gracias a ti, porque confío en ti. Temía que viniera alguna mujer y se lo llevase donde

Librodot

yo no volviera a verle. Y sé que tú no harías eso.
Djuna pensó: «Amo tanto a Rango que quiero compartir sus cargas, amar y servir lo que él ama y sirve, compartir su convicción de que Zora es una víctima inocente de la vida, merecedora de todo tipo de sacrificios».
Para Rango y Djuna aquello era la propiciación de las maravillosas horas en la barcaza. Todas las grandes huidas de la vida le postran a uno en lugares de propiciación como esa estancia, con Zora cosiendo harapos y hablando sobre la caspa, sobre insuficiencia ovárica, sobre gastritis, sobre tiroides y neuritis.
Djuna le llevó un vestido indio, estampado en vivos colores, y Zora lo tiñó de negro. Y ahora se lo estaba arreglando y ya parecía ajado y triste. Llevaba un chai sujeto con un broche que antaño había lucido piedras en su engarce y que ahora estaba vacío, exhibiendo desnudas ramas de plata como si fuesen el mismísimo símbolo de la desolación. Llevaba dos abrigos cosidos el uno al otro, el de debajo deshilachado.
Mientras permanecían sentadas, juntas, Zora se quejó de Rango:
–¿Por qué tiene que vivir siempre con tanta gente a su alrededor?
Sabiendo que a Rango le gustaba pasar horas a solas con ella, Djuna temía decirle: «Quizá tan sólo esté buscando cariño y olvido, huyendo de la enfermedad y la lobreguez».
Cuando Rango se hallaba con Djuna, parecía dominante, lleno de dignidad y orgullo. Cuando entraba en la habitación de Zora, parecía achicarse. Cuando acababa de llegar, en su rostro había un destello de cobre; al cabo de un momento, el destello se desvanecía.
–¿Por qué viven los hombres en grupo? –insistió Zora.
Djuna contempló a Rango encendiendo el fuego, calentando el agua, empezando a cocinar. En los movimientos de su cuerpo había algo tan desolado, que concordaba tan bien con la enumeración que Zora había hecho de sus faltas, algo tan rebajado, que Djuna se sentía incapaz de observarlo.

Zora estaba en el hospital. Ahora Djuna cocinaba para Rango, y también preparaba una sopa especial que Rango debía llevar a Zora al mediodía.
Mientras pasaba por las varias salas para ver a Zora, Djuna observó a una mujer sentada en la cama, peinándose y atando una cinta azul alrededor de su cabello. Su rostro estaba totalmente desencajado y, sin embargo, se había empolvado y pintado los labios, y en él se distinguía no sólo la sonrisa de una mujer agonizante sino también la sonrisa de una mujer que quería morir con gracia, desplegando su último destello de coquetería femenina para su cita con la muerte.
Djuna sintiose conmovida por aquella valentía, la valentía de enfrentarse a la muerte con el pelo arreglado, y por aquella amable sonrisa derivada de siglos de convicción de que una mujer debe ser agradable a todos los ojos, incluso a los de la muerte.
Cuando llegó a la cama de Zora tuvo que enfrentarse con algo totalmente opuesto, con una absoluta falta de valentía, aunque Zora estaba menos enferma que la otra mujer.
–La sopa no es lo bastante clara –dijo Zora–. Tenía que colarse más –y la apartó y meneó la cabeza mientras Djuna y Rango le rogaban que la tomase, aunque sólo fuera para recuperar fuerzas.
Su rechazo de la comida provocó ansiedad en Rango, y Zora contempló aquella ansiedad en su rostro y la saboreó.

Rango le había llevado un pan especial, pero no era el que ella quería.
Djuna le había comprado extracto de hígado en frascos de vidrio.
Zora los contempló y dijo: –No están buenos. Son demasiado oscuros. Estoy segura de que no están frescos y me envenenarán.
–Pero, Zora, la fecha viene en la caja, la farmacia no puede venderlos si han caducado.
–Son viejísimas, lo veo. Rango, quiero que me compres otros en la farmacia de *La Muette*.
La Muette estaba a una hora de camino. Rango salió a cumplir el encargo y Djuna se llevó la medicina.
Cuando se encontraron por la noche, Rango dijo:
–Dame el extracto de hígado. Lo devolveré a la farmacia.
Pasearon juntos hasta la farmacia. El farmacéutico estaba exasperado y señaló la fecha reciente de la caja. Lo que sorprendía a Djuna no era que Zora se entregase a los caprichos de una mujer enferma, sino que Rango estuviese tan profundamente convencido de su racionalidad.
El farmacéutico no quería aceptar la devolución.
Rango estaba enojado y colérico, pero Djuna se rebelaba contra la ceguera de Rango y, cuando regresaron a la barcaza, abrió uno de los frascos y se lo tragó ante los propios ojos de Rango.
–¿Qué haces? –preguntó Rango sorprendido.
–Te estoy demostrando que la medicina es buena.
–¿Crees en el farmacéutico y no en Zora? –dijo enfadado.
–Y tú crees en el capricho de una persona enferma –replicó ella.

Zora siempre estaba hablando de su próxima muerte. Empezaba todas sus conversaciones diciendo: «Cuando muera...». Rango se mantenía en un estado de pánico, temiendo su fallecimiento, y vivía a diario según esa regla: «Zora está en inminente peligro de muerte», decía para disculpar las exigencias de ella sobre su tiempo.
Al principio, Djuna se sintió alarmada por el comportamiento de Zora y participó de la ansiedad de Rango. Los gestos de Zora eran tan vehementes, tan exagerados, que Djuna pensó que podían ser los de una mujer agonizante. Pero a medida que dichos gestos fueron repitiéndose día tras día, semana tras semana, mes tras mes, año tras año, Djuna dejó te temer la muerte de Zora.
Cuando Zora decía: «Parece como si tuviese fuego en el estómago», ejecutaba los ademanes de alguien retorciéndose en la hoguera.
En el hospital, adonde Djuna la acompañaba algunas veces, las enfermeras y doctores ya no la escuchaban. Djuna captó destellos de ironía en los ojos del doctor.
Los ademanes de Zora para describir sus dolores se convirtieron, para Djuna, en un teatro especial de exageración que al principio causaba terror y luego aturdía los sentidos.
Era como el Gran Guiñol, donde, sabiendo que cada escena es exagerada a fin de provocar horror, al final se produce el distanciamiento y la risa.
Pero lo que ayudó a Djuna a superar su terror fue otro hecho que sucedió aquel invierno: una epidemia de infecciones de garganta asoló París y la pilló a ella misma.
Era dolorosa, pero no le causó fiebre, por lo que no precisaba guardar cama.
Aquel mismo día Rango llegó corriendo a la barcaza, desolado y vehemente.

Librodot

No podía quedarse con Djuna porque Zora estaba terriblemente enferma.
–Puedes volverte conmigo, si lo deseas. Zora tiene un ataque al corazón, el cuello inflamado, y se ahoga.
Cuando llegaron, el médico estaba allí, examinando la garganta de Zora. Zora estaba tendida de espaldas, pálida y rígida, como si hubiese sonado su última hora. Sus gestos, sus manos sobre la garganta, su rostro tenso, eran una representación de angustia asfixiante.
El médico se incorporó y dijo:
–Es la infección de garganta que ahora tiene todo el mundo. No hace falta que guarde cama. Abríguese bien y coma sólo sopas. Y Djuna, que tenía la misma infección de garganta, había salido con Rango.

El primer año, Djuna sufrió a causa del pánico de Rango. El segundo por compasión; el tercero alcanzó el distanciamiento y la sabiduría. Pero la ansiedad de Rango jamás disminuyó.
Una mañana Djuna se despertó preguntándose: «¿Quiero a esa mujer que exagera mil veces su enfermedad sin preocuparse por curarla, saboreando sus efectos en los otros? ¿Por qué se retuerce Zora, con un dolor desorbitado, para que todo el mundo la vea y la oiga?».
En muchas ocasiones Djuna se había sentido confusa ante el hecho de que Zora no se alegrara cuando alguien le decía: «Tienes mejor aspecto, mucho mejor aspecto». Fruncía el entrecejo con una expresión de desencanto.
Un día, en el hospital, el doctor no se detuvo mucho tiempo junto al lecho de Zora y, cuando se alejó, Djuna le colocó la mano en el brazo:
–Por favor, dígame qué le ocurre a mi amiga.
–Es un caso clínico –respondió él.

Djuna vio el segundo rostro de Zora. Era una expresión que había visto anteriormente, pero que no podía localizar. Y entonces recordó.
Era la expresión que había en el rostro de los mendigos profesionales. Su enumeración de los padecimientos que había soportado aquel día era como el sortilegio lastimero moldeado demasiado perfectamente por el tiempo y la repetición.
Bajo el tono de aflicción se escondía la práctica de ese tono de aflicción.
Y, sin embargo, Djuna se sentía avergonzada por dudar de la sinceridad de las quejas de Zora, como uno se siente avergonzado por dudar de la pobreza de un mendigo. Aun así percibía, como a veces ocurre ante un pordiosero, que el dolor estudiado con demasiada frecuencia para su exhibición pública se convertía, para el mendigo, en un dolor necesario, en su medio de vida, en su demanda de existencia, de protección. Al verse privado de él, se veía privado de su derecho a la compasión.
Era como si la verdadera compasión debiera quedar reservada a problemas no explotados, ocurridos recientemente y profundamente sentidos. La pobreza del plañidero profesional, más que una tragedia, era un capital.
Djuna deseaba olvidar su intuición en favor de la tradición que disponía que las necesidades de un mendigo no pueden ser juzgadas, porque existe una *noblesse oblige* que dice: «Su taza está vacía y la tuya repleta», de modo que sólo hay una acción posible; e incluso si una investigación revelara que el mendigo no es ciego y ha amasado una fortuna bajo su jergón, incluso entonces, tales vacilaciones ante una taza vacía resultarían tan desoladoras que es más fácil adoptar el papel del crédulo, más fácil dejarse engañar que

Librodot

dudar…
A veces Djuna se sentía desconcertada por la astuta mirada de Zora mientras pormenorizaba los sufrimientos del día; se sentía tan sorprendida de hallarse ante aquella expresión como de ver que un ciego que cruza la calle solo, que se dirige hacia el peligro –acción que provoca en uno profunda compasión–, se vuelve súbitamente hacia tus ojos, completamente consciente del peligro que le acecha.
Pero Djuna quería creer, porque Rango creía. Descartó ese primer atisbo del segundo rostro de Zora, como la gente descarta a menudo sus primeras intuiciones hasta que llega el final de una amistad, el final de un amor y, entonces, esa primera impresión, largo tiempo enterrada, reaparece para demostrar sólo que los sentidos animales en los seres humanos, claramente alertados de los peligros, de las asechanzas, pueden ser exactos, pero que, con frecuencia, son arrinconados en favor de un impulso ciego, contrario al de la autoconservación. Demostrando que los seres humanos tienen sentido del peligro pero que algún otro deseo, algún otro impulso, les encandila y atrae precisamente hacia esas añagazas, hacia la autodestrucción.
Djuna sentíase ahora como una marioneta. Sentía la necesidad de ofrecer a Rango una mujer perpetuamente sana, perpetuamente animada, porque en el hogar tenía a una esposa perpetuamente enferma, deprimida. Las necesidades de Rango marcaban el tono, humor y actividades de sus jornadas. Djuna obedecía ciegamente los hilos que tiraban de ella. Permitía que las ansiedades de Rango la emponzoñasen, simplemente para que él no se quedara a solas con su carga. Los hilos estaban en manos de Zora. La jerarquía se hallaba firmemente establecida: si Zora tenía un resfriado, un dolor de cabeza, Rango debía quedarse en casa (incluso si el resfriado se debía a que Zora se hubiera lavado el pelo un día invernal y luego hubiera salido con el pelo todavía mojado). Estaba prohibido rebelarse o poner en tela de juicio el origen del conflicto, o sugerir que Zora también podía tener alguna consideración para con los otros, preocuparse por prevenir esas dificultades.
Zora no podía cocinar, no podía comprar, no podía limpiar, no podía quedarse sola por las noches. Si los amigos iban a visitarla, Rango debía permanecer en casa para poner su orgullo a salvo.

Cuando Djuna conoció a Rango, éste pasaba la mayoría de las noches fuera, en el café. A menudo no regresaba a casa hasta el amanecer y, todavía más a menudo, cuando pasaba la noche con una de sus fulanas, no regresaba a casa para nada.
Al principio Zora dijo:
–Estoy tan contenta de saber que Rango no bebe, que está contigo en lugar de estar en el café.
Pero al cabo de cierto tiempo nacieron en ella nuevos temores. Rango decía:
–Pobre Zora, por la noche tiene tanto miedo. La otra noche alguien llamó a su puerta durante mucho rato y se limitó a permanecer allí, esperando. Zora estaba tan asustada ante la idea de que aquel hombre entrase y la violara que amontonó todos los muebles contra la puerta y no durmió en toda la noche.
Rango pasaba la mitad de las noches en la barcaza, y luego sólo iban dos noches por semana, pues las quejas de Zora habían aumentado, y finalmente una noche a la semana.
Y esa noche Zora vino y llamó a la puerta.

Librodot

Sentía dolores, dijo. Rango salió corriendo y la llevó a casa. Tenía espasmos de dolor. Avisaron al médico, pero no pudo encontrar la causa. Sólo confesó de madrugada: había oído que el líquido que utilizaba para limpiar era bueno para el estómago, y había bebido un vaso.
Rango dejó a Djuna vigilándola mientras él iba a comprar las medicinas aconsejadas por el médico.
Djuna cuidó de Zora, y ésta le sonrió con inocencia. ¿Era posible que fuera tan inconsciente de las consecuencias de sus actos?
Siempre que se quedaban a solas establecían, con toda naturalidad, una relación sincera. Una vez más la compasión de Djuna despertaría y Zora se mecería en ella con seguridad. En tales ocasiones Djuna creía que estaban construyendo una relación a la que Zora permanecería fiel, una relación de entrega mutua. Sólo más tarde iba a descubrir Djuna lo que el comportamiento de Zora había logrado, y eso, a fin de cuentas, siempre tenía que ser algo que dañase y sofocara la relación entre ella y Rango.
Pero todo se llevaba a cabo con tanta sutileza que Djuna jamás pudo detectarlo.
Cuando Zora hablaba de Rango, parecía que se tratase, al principio, de la queja natural e inofensiva de una mujer enferma; no parecía que quisiera lastimar a Rango ante los ojos de Djuna, sino más bien que solicitase su comprensión ante las dificultades de su vida con él. Sólo después, cuando estuvo sola, comprendió Djuna las zozobras y dudas que Zora había logrado deslizar en sus monótonas lamentaciones contra Rango.
Djuna se preparaba para esas conversaciones, que la herían, pensando: «Habla de otro Rango, no del que yo conozco. El Rango a quien yo amo es distinto. Ése es el Rango nacido de su vida con Zora. Ella es la responsable de lo que él ha sido con ella».
Aquella noche, tranquilizada por las solicitudes de Djuna, Zora empezó a hablar:
–Amas a Rango de modo tan distinto a como yo lo amo. Yo nunca lo he amado físicamente. Nunca he amado físicamente a ningún hombre. No sé qué es responder a un hombre... Mira, a veces, cuando me dan esas lloreras, pienso para mis adentros: «Quizá sea porque no puedes unirte físicamente». No siento nada, y por eso llorar es un alivio, de modo que lloro...
Djuna sintiose conmovida por aquello, y luego consternada. Rango no sabía nada de la frialdad de Zora. ¿Cuál era el secreto de su destructividad hacia él?
Djuna deseaba no tener que convertirse en una parte íntima de la vida de ambos. Anhelaba poder escapar a las garras de la dependencia de Zora.
Permaneció callada. Zora iniciaba su acostumbrada cantinela, larga y monótona, sobre las faltas de Rango. Era Rango quien la había hecho enfermar. Era Rango quien había arruinado su carrera. Era Rango quien tenía la culpa de todo.
Zora echaba las culpas a Rango, y Rango culpaba al mundo. Respecto al conocimiento de su propio carácter y responsabilidades ambos eran igualmente ciegos. Sin conocerla, Djuna presentía la causa de su hundimiento.
Se rebelaba contra el ciego sometimiento de Rango al desamparo de Zora y, sin embargo, se encontraba en una situación idéntica: incapaz de escapar a la esclavitud.
Zora jamás pedía un favor. Exigía, y luego criticaba el modo como se llevaban a cabo sus órdenes, creyendo tener derecho a ser servida, sin el menor

Librodot

reconocimiento y sin ni siquiera dar las gracias.
Ahora Zora hablaba sobre su carrera como bailarina:
–Fui la primera en presentar bailes guatemaltecos ante el público de París. Tuve mucho éxito, tanto que vino un agente de Nueva York y me preparó una gira. Gané dinero, hice muchos amigos. Pero en el espectáculo que me acompañaba había una mujer que quería matarme.
–Oh, no, Zora.
–Sí, y sin ningún motivo. Me invitaba a comer todos los días y me ofrecía tomates y huevos. Me puse muy enferma. Estaban envenenados.
–Quizá no lo estuviesen; quizá los huevos y los tomates no te sientan bien.
–Lo hizo ex profeso, te lo digo yo. Tenía demasiado éxito.
(«Pura locura –pensó Djuna–. Bastaría con que Rango lo comprendiese para que pudiéramos vivir en paz. Si fuese capaz de distanciarse y admitirlo: Zora está muy enferma, está desequilibrada. Podríamos cuidar de ella pero sin dejar que destruyese nuestra vida juntos. Pero Rango lo ve todo tan distorsionado como ella. Con tal que fuese capaz de *ver...* Sería la salvación de todos.»)
–Zora, lo que no puedo comprender es por qué, teniendo tanto éxito como bailarina, habiendo llegado tan arriba, pudiendo viajar y hacer todo lo que querías... ¿Qué ocurrió? ¿Qué es lo que provocó la ruina de tu vida? ¿Tu salud?
Zora titubeó. Djuna se hallaba en una dolorosa tensión, esperando una respuesta a su pregunta, sabiendo que si Zora respondía la vida de los tres se vería modificada.
Pero Zora jamás respondía a preguntas directas.
Djuna lamentó haber empleado la palabra ruina. Para Zora y Rango ruina era una palabra inadecuada, puesto que todos sus problemas provenían de un mundo abyecto, de una agresión hostil del mundo.
Zora quedó postrada en la apatía. ¡Si al menos se fuese por las ramas como hacía Rango, si al menos eludiese, contestase tan elípticamente que la pregunta quedara perdida en un laberinto de inútiles disquisiciones!
Volvió a abrir los ojos y prosiguió su narración en el punto donde se había interrumpido:
–En Nueva York dejé el espectáculo. El agente vino a verme con un contrato larguísimo. Habría podido ganar todo el dinero que hubiera querido. Tenía abrigos de pieles y hermosos trajes de noche, podía viajar...
–¿Qué ocurrió entonces?
–Entonces lo dejé todo y volví a mi casa en Guatemala.
–¿Tu casa en Guatemala?
Zora rió, histéricamente, sin poder contenerse, durante tanto rato que Djuna se asustó. Un ataque de tos la interrumpió.
–Habrías tenido que ver la cara del agente cuando no le firmé el contrato. La cara de todo el mundo. Aquello me gustó. Disfruté más con la expresión de sus rostros que con el dinero. Les dejé a todos plantados y me fui a casa. Quería volver a ver Guatemala. Estuve riendo durante todo el viaje, pensando en la expresión de sus rostros al largarme.
–¿Ya estabas enferma?
–Siempre he estado enferma, desde niña. Pero no era eso. Soy independiente.
Djuna recordó que Rango le había contado la anécdota de una amiga que estuvo luchando por obtener un contrato para Zora en París, un contrato para

Librodot

bailar en una casa particular. Rango había prometido encontrarse con esa amiga en el café. «Llegué con cinco horas de retraso, y estaba hecha una furia.» Siempre que contaba esa anécdota, Rango se echaba a reír. El recuerdo de aquella amiga esperando, iracunda y furiosa, sentada en el café, despertaba su hilaridad.
–Permanecí seis meses en Guatemala. Cuando se me acabó el dinero volví a Nueva York. Pero nadie quería contratarme. Todos contaban lo del contrato roto...
Rango llegó con la medicina. Zora se negó a tomarla. El bismuto le habría calmado el dolor y el ardor, pero se negó a tomarlo. Se volvió de cara a la pared y quedose dormida, apretando las manos de Djuna y Rango, ambos encadenados a sus caprichos.
La cabeza de Djuna se hallaba inclinada. Rango dijo:
–Debe de estar rendida. Más vale que te vayas a casa. A veces pienso...
Djuna levantó una mirada implorante hacia él, esperando con todas sus fuerzas que permaneciesen unidos por el común sentimiento de que Zora era una niña enferma, inestable, que precisaba cuidados, pero a la que no se le podía permitir que dirigiese, que infectara sus vidas con su destructividad.
Rango la miró, aunque sus ojos no veían lo que ella veía.
–A veces pienso que tienes razón a propósito de Zora. Hace locuras... –y eso fue todo.
La acompañó hasta la puerta... Djuna contempló la calle desierta y vacía. Faltaba muy poco para el amanecer. Necesitaba calor, necesitaba dormir. Necesitaba ser tan ciega como Rango para seguir viviendo de aquel modo. Lo que sabía era inútil: sólo representaba una carga más, saber que tanto esfuerzo, tantos cuidados y devoción caían en saco roto, que Zora jamás se pondría bien, que no se podían dedicar dos vidas a un ser humano retorcido... Esta certeza la alejó de Rango, cuya fe ciega era incapaz de compartir. Aquélla era una carga que recaía sobre ella, que la aislaba. Aquella noche, en medio de su fatiga, anhelaba tanto poder reposar la cabeza sobre el hombro de Rango, adormecerse en sus brazos..., pero en su hombro ya había otra cabeza, una pesada carga.
Como si temiese que Djuna le pidiera que la acompañase, él dijo:
–No puede quedarse sola.
Ella permaneció callada. No podía divulgar lo que sabía.
Cuando protestó contra las exigencias y caprichos excesivos de Zora, incluso con suavidad, Rango le había dicho: «Estoy entre dos fuegos, de modo que tienes que ayudarme».
Ayudarle a él significaba ceder ante Zora sabiendo que, al final, ella destruiría su relación.
Djuna reprimía cada día su certeza, su lucidez; Rango las habría considerado un ataque contra su Zora indefensa.
Su nobleza la obligaba a callar, y su conciencia de la destructividad que amenazaba su relación –relación de que Zora era la mayor beneficiaria– servía tan sólo para aumentar su sufrimiento.
Zora había ganado misteriosamente todas las batallas; Rango y Djuna jamás podían pasar toda una noche juntos.

Lo más destructivo para un amor son los secretos.
Esa duda sobre la cordura de Zora que Djuna no se atrevía a comunicar a Rango, que hacía inútil todo sacrificio, creó una fisura en la intimidad de

Librodot

ambos. Una comprensión sencilla, imparcial, de esa situación hubiese hecho de Rango una persona menos sojuzgada, menos ansiosa, y las hubiera acercado más a ambos, pero su lealtad a todas las irracionales exigencias de Zora, a la interpretación distorsionada que ella hacía de sus actos y de los de Djuna, era un constante resquemor para la inteligencia y la conciencia de Djuna.
El silencio con que ella llevaba a cabo sus deberes convirtiose en gradual aislamiento de sus emociones.
Resultaba extraño estar cocinando, hacer recados, buscar nuevos médicos, comprar ropa, amueblar una nueva habitación para Zora sabiendo siempre que ella trabajaba contra ellos y que jamás se curaría porque su enfermedad era su mejor tesoro, su arma más poderosa contra ellos.
Pero Rango necesitaba creer, desesperadamente. Creía que cada nueva medicina, cada nuevo doctor restablecería la salud de Zora.
Djuna se sentía como se había sentido de niña, cuando repudió sus dogmas religiosos pero tuvo que seguir yendo a misa, a las ceremonias, arrodillándose para rezar, para contentar a su madre.
Rango consideraba que cualquier desviación de lo que él creía, era una traición del amor que le profesaba Djuna.
Zora lograba salir siempre derrotada en aquella batalla por su restablecimiento. Cuando consiguió una nueva habitación soleada, mantuvo las persianas cerradas para que no penetraran el aire ni la luz. Cuando fueron a la playa, río arriba, el traje de baño que Djuna le había regalado no estuvo a punto. Lo había descosido a trozos para mejorar la forma. Cuando fueron al parque se puso un vestido demasiado ligero y se enfrió. Cuando fueron a un restaurante tomó la comida que sabía le sentaría mal, y predijo que al día siguiente tendría que guardar cama las veinticuatro horas.
Llevó a cabo tímidos intentos de dedicarse de nuevo al baile, pero jamás cuando se hallaba sola, sólo cuando Djuna y Rango estaban allí para presenciar sus patéticos escarceos; y cuando el esfuerzo hacía que el corazón le latiese más aprisa, decía a Rango:
–Pon la mano aquí. Mira cómo me late el corazón cuando intento volver a trabajar...
En algunas ocasiones el distanciamiento de Djuna, el torpor derivado de su autodefensa, era aniquilado por Rango, como cuando él, un día, dijo:
–La estamos matando.
–¿La estamos matando? –repitió Djuna, sorprendida y pasmada.
–Sí, una vez dijo que lo que la había enfermado era mi infidelidad.
–¿Infiel a qué, Rango? No era tu esposa, era tu niñita enferma, y eso mucho antes de que yo apareciera. Entre vosotros teníais convenido que vuestra relación era fraternal, que antes o después necesitarías el amor de una mujer...
–A Zora no le importaba que simplemente sintiese deseo por una mujer, un deseo pasajero... Pero a ti te he dado más que eso. Esto es lo que Zora no puede aceptar.
–Pero, Rango, si ella me ha dicho que se siente feliz y segura con nuestra relación, porque se siente protegida por ambos, sabe que no te alejaré de ella, me dijo que había ganado dos amores y que no había perdido nada...
–Se pueden decir esas cosas y sentirse traicionado, sentirse herido...
Rango convenció a Djuna de que debían expiar su amor. Aunque Zora hubiese estado siempre enferma, incluso de niña, aunque la estuviesen pro-

Librodot

tegiendo con su amor, aun así debían expiarlo... expiarlo... expiarlo. Jamás existiría devoción alguna que estuviese a la altura del dolor que le habían causado. .. No bastaba con levantarse a primera hora de la mañana para ir a comprar suculentos manjares para Zora, no bastaba con vestirla, con responder a cada capricho, con entregar a Rango una y otra vez. Djuna cayó postrada en una devoción a Zora anonadante, ciega, embrutecedora. Convirtiose en la soñadora durmiente que no buscaba más que un breve instante de orgullosa alegría con Rango, para luego expiarlo durante el tiempo restante.
Rango llamaba a su puerta y la hacía bajar a medianoche para que vigilase a Zora mientras él iba a buscar medicinas.

Djuna, la soñadora durmiente, subió por una colina enfangada hasta el hospital, una tarde lluviosa, para llevar a Zora su abrigo de invierno. Había quedado tan desprovista y esquilmada de sus pertenencias que su padre empezaba a advertirlo y le había pedido explicaciones.
–¿Dónde está tu abrigo?
–¿Por qué no llevas medias? Últimamente empiezas a vestirte como una pordiosera. ¿Es debido a la influencia de tus nuevos amigos? ¿Con quién sales?
Los besos agradecidos de Rango sobre sus párpados eran la hipnosis cegadora, estupefaciente, y Djuna hizo creer a su padre que ahora le gustaba «dárselas de bohemia», que jugaba a ser pobre.
Por la tarde Rango la dejó sola con Zora en el hospital. En cuanto él abandonó la habitación, Zora dijo:
–Alcánzame ese frasco de la repisa. Es un desinfectante. Echa un poco aquí, en la jofaina. La enfermera lo echa con tacañería. Sólo vierte unas
gotas. No quiere que me ponga buena. Y sé que con un poco más me curaría...
–Pero, Zora, es un producto muy fuerte. Te quemará la piel. No puedes poner mucho. La enfermera quiere ahorrar...
En los ojos de Zora apareció una expresión de redomada malicia:
–¿Quieres que me muera, verdad? Así podrás vivir con Rango. Por eso no quieres darme la medicina.
Djuna le entregó el frasco y contempló cómo Zora vertía el fuerte líquido en la jofaina. Se iba a quemar la piel, pero al menos así creería que ella estaba de su parte.
Los ojos rasgados y orientales de Rango, abriéndose y cerrándose como los de un gato, sus ojos oscuros y sesgados no tardarían en cerrar los de ella a la realidad, a todo razonamiento.
Rango no veía las coincidencias, como hacía Djuna inconscientemente. Cada vez que ella se ausentaba durante algunos días, Zora experimentaba una ligera mejoría; cuando regresaba, Zora sufría una recaída, y así Djuna y Rango no podían verse por la noche.
Djuna sabía instintivamente que eso era tan seguro e inevitable que ya se hallaba dispuesta a tolerarlo. De regreso de algún viaje se decía: «No te excites ante la idea de ver a Rango, porque probablemente Zora se pondrá muy enferma en cuanto llegues y Rango no estará libre...».
Y, además, como Rango no podía explotar ni rebelarse contra una enfermedad (que él consideraba genuina e inevitable), como era incapaz de percibir que su curso obedecía a la voluntad destructora de Zora, se rebelaba, injusta e inoportunamente, ante otras situaciones. Djuna aprendió a detectar la

Librodot

causa de la rebeldía, a saber que se trataba de la rebeldía abortada en su hogar, desviada y encauzada hacia otras escenas o circunstancias. Rango estallaba con violencia discutiendo de política, criticaba las enfermedades de otras mujeres, incitaba a otros maridos a rebelarse e iba a buscarles y les llevaba al café casi a la fuerza, de modo idéntico a como, de vez en cuando, Djuna lanzaba una diatriba contra las mujeres desvalidas o infantiles en general, porque no se atrevía a criticar abiertamente el infantilismo de Zora.
Rango evitaba todas esas escenas en su hogar, tomando a Djuna por refugio. Colocaba todo el peso de su cabeza y de sus brazos sobre las rodillas de Djuna, y si por casualidad ella estaba cansada, no se atrevía a confesarlo por miedo a sobrecargar aún más a un hombre que ya soportaba demasiadas cargas. Disfrazaba sus propias necesidades, sus debilidades, sus ambivalencias, sus propios temores o conflictos. A Rango le ocultaba todas esas cosas. Y así se fue formando en él la imagen de su energía infinita, de su infinito poder para superar obstáculos. Cualquier mácula en ese aspecto lo irritaba como una promesa incumplida. Necesitaba la fuerza de Djuna.

Puesto que Rango parecía amar a Zora por su debilidad, mostrándose indulgente con sus insuficiencias, con su desmañada incapacidad para abrir una puerta, para comprar un sello y enviar una carta, para visitar sola a una amiga, Djuna sintió un profundo desequilibrio, comprendió que se estaba produciendo una profunda injusticia. El extraordinario infantilismo de Zora quitaba toda naturalidad a su relación con Rango. Hacía que ambas mujeres fuesen polos opuestos, no como rivales, sino como contrarios, destrucción contra construcción, debilidad contra fuerza, posesividad contra desprendimiento.
Hubo ciertos hechos que por su impacto hubieran podido romper aquella hipnosis, pero Djuna estaba perdiendo su capacidad de interpretarlos.

Después de haber dado a Zora la mayor parte de sus pertenencias, y todas sus joyas –hasta el extremo de tener que renunciar a ir a ciertos lugares o a verse con ciertos amigos ante los que no podía presentarse vestida con tanta dejadez–, un día llegó inesperadamente a casa de Zora y la encontró sentada en medio de seis baúles abiertos.
–Estoy haciéndome un vestido para un nuevo baile –dijo Zora.
Los baúles estaban repletos de vestidos. No sólo vestidos de teatro, sino abrigos, trajes, medias, ropa interior, zapatos.
Djuna estaba asombrada, y Zora empezó a mostrarle todo lo que contenían los baúles, explicándole:
–Todo esto lo compré en Nueva York cuando las cosas me iban bien.
–¡Pero sí podrías ponértelos ahora!
–Sí, podría, pero son demasiado bonitos. Me gusta tenerlos guardados y sacarlos de vez en cuando para mirarlos.
Y pensar que durante todo este tiempo había llevado zapatos gastados, medias remendadas, vestidos demasiado ligeros para el invierno... cuando no aquello que había podido arrancarle a Djuna.
Este descubrimiento dejó a Djuna pasmada. Ponía de manifiesto lo que había presentido oscuramente durante todo ese tiempo, que la dramatización por parte de Zora del papel de mujer pobre, fría, mal vestida, patética, era algo voluntario que se amoldaba a sus más profundas conveniencias; que aquella mediocridad, que constantemente suscitaba la compasión de

Librodot

Rango, era deliberada, que en cualquier momento hubiera podido vestirse mejor que Djuna.
Aquella noche Djuna no pudo contenerse y preguntó a Rango:
–Cuando di a Zora mi abrigo de pieles para que lo llevase durante el invierno, ¿sabías que siempre había tenido otro guardado en un baúl?
–Sí –respondió Rango–. Zora tiene mucho de *zíngara..* Los zíngaros siempre guardan lo mejor para ocasiones excepcionales, y les gusta mirarlo de vez en cuando, pero casi nunca se lo ponen.
«¿Me estaré volviendo loca? –se preguntó Djuna–. ¿O es que Rango está tan loco como Zora? No se da cuenta de la absurdidad, de la crueldad de esta situación. Le parece natural que me desprenda de algo para dárselo a una mujer obsesionada por el deseo de despertar compasión.»
Pero como ese incidente ponía en entredicho su fe en Rango, no tardó en cerrar nuevamente los ojos.

Un actor jamás sufre calambres, porque sabe que el papel que interpreta quedará arrinconado en determinado momento, y que volverá a caminar libremente, para ser él mismo.
Pero el papel de Djuna en la vida parecía inevitable. Estaba destinada a entregarse a una causa en la que no creía. Zora jamás se curaría; Rango jamás sería libre. Padecía dolores que eran como calambres porque, en todas aquellas posturas tan poco naturales que adoptaba, en aquellas contorsiones de dar, de entregarse, llevaba a cabo un esfuerzo excesivo a sabiendas de que, mientras amase a Rango, jamás volvería a ser libre ni a ser ella misma.
A veces escapaba por puro agotamiento físico.

En una ocasión, para ocultar a Rango su cansancio, tomó el barco de Calais a Dover, intentando ocultarse en Londres, en casa de una amiga, durante algunos días.
Sentada en cubierta, una tarde brumosa, sintiose tan profundamente rendida y desanimada que se quedó dormida. Cansada cansada cansada, su cuerpo se sumió en un profundo sueño en la butaca de cubierta. Dormir. Un sueño profundo profundo... hasta que sintió una mano sobre el hombro, como si la llamasen. No quería abrir los ojos; no quería responder. Tenía miedo a despertar. Fingió estar totalmente dormida y volvió la cabeza, apartándola de la mano que la solicitaba...
Pero la voz insistió:
–Mademoiselle, mademoiselle...
Una voz suplicante.
Sintió salpicaduras en la cara, el balanceo del barco, y empezó a oír voces a su alrededor.
Abrió los ojos.
Un hombre estaba inclinado sobre ella, su mano seguía sobre el hombro de Djuna.
–Mademoiselle, perdóneme. Sé que debería dejarla dormir. Perdóneme.
–¿Por qué me ha despertado? Estaba tan cansada, tanto...
Todavía no estaba totalmente despierta, o no lo bastante como para sentirse enojada, o cuando menos ceñuda.
–Perdóneme. Si me lo permite se lo explicaré. No intento cortejarla, créame. Soy un *grand blessé de guerre.* No puedo explicarle la gravedad de mis heridas, pero mi estado es tal que no soporto la niebla, la humedad, la lluvia o el

Librodot

mar. Dolores. Tremendos dolores por todo el cuerpo. Tengo que hacer este viaje a menudo, por razones de trabajo. Y es una tortura, imagínese. Ahora regreso a Inglaterra... Cuando empiezan los dolores, lo único que puedo hacer es charlar con alguien. Tenía que hablar con alguien. He mirado por todas partes. He observado todos los rostros. Y la he visto durmiendo. Sé que he tenido muy poca consideración, pero me he dicho: «Ésa es la mujer con quien puedes hablar. Me ayudará». ¿Le importa?
–No me importa –dijo Djuna.
Y estuvieron hablando, durante todo el viaje, y también en el tren, hasta llegar a Londres. Cuando llegó a la capital estaba a punto de desmayarse. Tomó la primera habitación del hotel que encontró y durmió durante doce horas. Luego regresó a París.

No más preguntas, no más interpretaciones, no más exámenes de su vida. Estaba resignada a su destino. Era su destino. El *grand blessé de guerre* del barco había hecho que se diera cuenta, la había convencido.
De modo que efectuó una pirueta llena de tristeza sobre los escenarios giratorios de la conciencia, y volvió a interpretar aquel papel para el que había sido modelada, incluso en el rostro, aun dormida.
Sin embargo, cuando la gente interpreta un papel movida por falsos impulsos, movida por obligaciones debidas al temor, por distorsiones, y no por una necesidad profunda, el único síntoma que revela que se trata de un papel y que los actos no corresponden a su verdadera naturaleza es la sensación de una tensión insoportable.
Pocos son los modos que tenemos para juzgar nuestras falsedades, pero Djuna sabía de uno infalible: la tristeza. Cualquier tarea efectuada sin alegría era un engaño, una estafa hacia su verdadera naturaleza. Cuando Djuna se permitía un regalo extravagante para Zora, no experimentaba alegría alguna puesto que tanto Rango como Zora lo interpretaban mal. Si existía en ella una bondad natural no era ciertamente esa aniquilación exagerada, auto-destructiva, de todo su ser.
Pero ese papel podía durar toda la vida, ya que Rango negaba la posibilidad de cambiar por pura clarividencia, la posibilidad de un cambio lúcido de dirección. Estaban a la deriva y a merced de la locura de Zora.
Djuna ni siquiera obtuvo el prestigio otorgado al actor profesional, pues nadie suele engañarse con los papeles que se interpretan en la vida. La gente más obtusa, la más insensible, advierte una disonancia, percibe una impostura y, mientras el actor es respetado por crear una ilusión en el escenario, nadie es respetado por querer crear una ilusión en la vida.

Planeó otra escapada, esta vez con Rango y Zora. Le parecía que si los llevaba a la costa, a la naturaleza, tal vez se curasen, quizá Zora saliese fortalecida y ellos alcanzaran la paz.
Convencer a Zora para que preparase las maletas y liberar a Rango de todos sus embrollos fue muy arduo. No se les escapó un tren, sino varios. Zora llevaba dos baúles con sus cosas. Rango tenía deudas y sus acreedores recelaban que abandonase París. Se pasaban las mañanas durmiendo.
Rango pidió prestado algo de dinero y le compró un regalo a Djuna, un elegante cinturón de cuero blanco, de Marruecos. Era su primer regalo, y Djuna se sintió inundada de alegría y se lo puso con orgullo. Pero cuando los tres se encontraron en la estación descubrió que Zora llevaba un cinturón

Librodot

idéntico, de modo que el suyo perdió su encanto y lo desechó.

El puerto pesquero adonde llegaron por la mañana estaba bañado por el sol. El muelle, en forma de media luna, albergaba yates y barcas de pesca de todo el mundo. Los cafés estaban arracimados en la orilla, y mientras tomaban sentados un café vieron despertarse los barcos, y marinos y viajeros salieron de sus camarotes. Vieron abrirse los pequeños ojos de buey, levantarse las escotillas y desplegar las velas. Vieron cómo los marinos empezaban a bruñir los metales y lavar las cubiertas.
A sus espaldas se levantaban las colinas salpicadas de casitas blancas, construidas durante la invasión de la costa mediterránea por los árabes.
El lugar estaba animado, como un perpetuo carnaval. Los destellos, el centelleo y la movilidad del puerto y los barcos se reflejaban en cafés y visitantes. Los pañuelos de las mujeres parecían responder al coqueteo de las velas. Ojos, pieles y sonrisas relucían tanto como los metales. Los collares de conchas marinas de las mujeres reflejaban el cielo y el mar.
Rango encontró un alojamiento para Zora y para él en lo alto de una colina, en medio de un bosque. Djuna tomó habitación en otro hotel algo más abajo, en la misma colina, más cerca del puerto. Cuando Rango bajó la colina en su bicicleta para encontrarse con Djuna en uno de los cafés del puerto, el sol comenzaba a ocultarse.
La noche y el mar eran aterciopelados y acariciantes, como abriendo un capullo de suavidad. A medida que las plantas mostraban una floración más misteriosa, la gente también ocultaba su más brillante personalidad diurna para vestirse de colores y perfumes más acordes con secretas florescencias. Las hojas, las sombras y la proximidad de la noche les animaban.
Los automóviles que cruzaban ostentaban, desplegadas en audaces sonrisas, en insolentes pañuelos, todos los estandartes del goce.
Todas las voces habían adquirido un tono de intimidad. Mar, tierra y cuerpos en busca de alianzas, vestidos con sus plumajes de aventura, coral y turquesa, añil y naranja. Corolas humanas abriéndose en la noche, invitando a la persecución, buscando la captura en todas las expansiones que permiten que la savia suba y circule. Entonces Rango dijo:
–Tengo que irme. Zora tiene miedo de la oscuridad.
Para facilitarle las cosas a Rango, Djuna lo acompañó en bicicleta, pero cuando regresó sola a su habitación todas las exhalaciones del mar la volvieron a tentar para que saliese, y regresó al puerto, sentose a la misma mesa en donde se había sentado con Rango, y contempló la alegría del puerto como de niña contemplara aquella primera fiesta desde su ventana, sintiendo de nuevo que, para ella, todo placer era inalcanzable.
En la plaza, la gente bailaba al son de un acordeón que tocaba el jefe de Correos del pueblo. El cartero la invitó a bailar, pero durante todo el rato sintió sobre ella la mirada celosa, condenatoria, de Rango. Cada portañola, cada luz, parecía observar su danza con reproche.
De modo que a las diez abandonó el puerto y sus festejos y regresó en bicicleta a su habitacioncita del hotel.
Mientras subía la última curva de la colina, empujando la bicicleta delante de ella, vio un rayo de luz que caía sobre su ventana, situada en la planta baja. Djuna no podía ver quién sostenía la luz, pero presintió que se trataba de Rango y le llamó alegremente, pensando que tal vez Zora se hubiese dormido y que él estaba libre y había acudido para estar con ella.

Librodot

Pero Rango respondió a su salutación con enojo:
–¿Dónde has estado?
–Oh, Rango, eres demasiado injusto. No iba a quedarme en mi habitación desde las ocho. Sólo son las diez, he vuelto pronto, y sola. ¿Cómo puedes enfadarte?
Pero estaba enfadado.
–Eres demasiado injusto –dijo ella, y pasando junto a él, corriendo casi, penetró en su habitación y cerró la puerta con llave.

Las pocas veces que se había enfrentado a Rango, como el día que llegó a medianoche en vez de llegar para la cena, como había prometido, había notado que la furia de él menguaba, y que la llamada de sus nudillos a la puerta no era imperiosa, sino amable y tímida.
Y eso fue lo que ocurrió. Su timidez desarmó la cólera de Djuna.
Abrió la puerta. Y Rango se quedó con ella y de nuevo ambos buscaron la intimidad, como si pretendieran unir otra vez todo lo que la violencia de él había roto.
–Eres como Heathcliff, Rango, y algún día todo se romperá.
Rango sentía celos incurables de los amigos de Djuna, porque, para él, los amigos eran cómplices de la vida que Djuna llevaba fuera de su territorio. Eran posibles rivales, testigos y, tal vez, instigadores de infidelidades. Eran los que conspiraban secretamente por separarles.
Pero todavía más graves eran sus celos de los amigos que evidenciaban un aspecto de la personalidad de Djuna no reflejado en su relación con Rango, o revelador de facetas de Djuna no comprendidas en el amor, facetas de una Djuna desconocida que ella no podía entregarle. Y ésa era una Djuna juguetona, ligera, apacible, la Djuna que gustaba de la armonía, no de la violencia, la Djuna que encontraba, fuera de la pasión, luminosos estados de ánimo y regiones desconocidas para él. O incluso la Djuna que creía que la comprensión podía alcanzarse mediante el esfuerzo, mediante el examen del propio comportamiento, que el destino podía ser remodelado, y el accidentado camino de cada cual nuevamente orientado con lucidez.
Djuna atraía a quienes sabían cómo huir del reino de la aflicción gracias a la fantasía. Aparecieron otras facetas de Paul, y sobre todo una de la que Rango estaba tan celoso como si hubiera sido una reencarnación de Paul. Sabía que se trataba de una amistad inocente, pero no por ello dejó de armar un gran escándalo. Sabía que el muchacho podía brindar a Djuna un clima que su violencia e intensidad destruían.
Se trataba, por parte de Djuna, de su antigua búsqueda de un paraíso, de una región ajena al sufrimiento.
Tumbados en la arena con el segundo Paul (mientras Rango y Zora se pasaban durmiendo la mitad del día), construían juegos de bolos con pedazos de madera arrastrados por el mar, cavaban laberintos en la arena, buceaban en busca de plantas marinas y se narcotizaban con cuentos.
El único momento en que existía un nexo era cuando él buscaba el dedo meñique de Djuna con el suyo, como Paul hiciera en otro tiempo, porque eso constituía una especie de eco de su relación con Paul, un nexo frágil, un nexo parecido a un juego, pero que proporcionaba vida gracias, precisamente, a su ligereza y delicadez.
Horas iridiscentes, efímeras horas exentas de tinieblas.

Librodot

Cuando Rango apareció, torpe, mancillado por su vida estancada con Zora, por las peleas, Djuna sintiose más fuerte para encararse con la resaca de su amargura.
Llevaba un vestido de brillantes colores, añil y azafrán; se cepilló el pelo hasta sacarle brillo, y proclamó con todos sus gestos una alegría que deseaba contagiar a Rango.
Pero, como había ocurrido a menudo, esa misma alegría lo alarmó; sospechó su causa, y se propuso rescatarla de aquella región que no había atravesado con él, de aquella región de paz, de fe y amabilidad que él jamás podría darle.
Era cierto que el segundo Paul sólo se había apropiado de su dedo meñique y no quería nada más de ella, cierto que el peso de Rango sobre su cuerpo era como la tierra, más fuerte y cálido, cierto que cuando sus brazos caían abatidos junto a los costados de Djuna eran tan pesados que ella no hubiera podido levantarlos, y cierto, también, que quienes sólo estaban hechos de tierra y fuego jamás eran iluminados, jamás se levantaban o elevaban por encima de la tierra, jamás se libraban de ella, quedando irremediablemente atrapados en sus venas.
Su sueño de liberar a Rango se desintegraba día a día. Les había brindado el sol y el mar, y sin embargo dormían. Zora había descosido su traje de baño y lo estaba cosiendo de nuevo. Lo cosería durante años.
Djuna, ahora, veía con claridad que el corazón cuarteado no representaba un acto de traición, sino que existían regiones necesarias para la vida a las que Rango no tenía acceso. No era que Djuna quisiese albergar la imagen de Paul en un cuarto y la de Rango en otro, ni que para amar a Rango tuviera que destruir el cuarto habitado por Paul: era que en Djuna existía el anhelo de un paraíso que Rango era totalmente incapaz de darle, o de alcanzar con ella.

Si en el hermano de Paul buscaba un momento de descanso, un momento de olvido, por la noche también buscaba, en la oscuridad, a alguien sin mácula, alguien que la protegiera y se lo perdonase todo.
Quien careciera de mácula, quien comprendiera, quienquiera que fuese el poseedor de un venero inagotable de amor, sería el dios padre perdido en su infancia.
Por la noche, sola, después de los tormentos de su vida con Rango, después de sus rebeliones contra ese tormento que en vano había intentado dominar comprendiéndole a él, derrotada por el propio amor de Rango hacia ese infierno –real, según él, equiparable a la vida, a la vida intensa, mientras que la felicidad era un ideal mediocre, despreciado por poetas, románticos y artistas...–; sola, por la noche, cuando reconocía para sus adentros que Rango estaba condenado y que jamás volvería a ser un hombre entero, que su inclinación al dolor le había arruinado, que le había corrompido su creencia de que la guerra y los problemas aumentan el sabor de la vida, de que los conflictos son necesarios, como el fuego, para alcanzar el clímax del deseo, tocando de pronto el fondo de la soledad abismal a la que ambas relaciones la habían precipitado, Djuna volvía a sentir la presencia de dios, como la había sentido siendo niña, o en otra ocasión, hallándose próxima a la muerte.
Volvió a sentir a ese dios, quienquiera que fuese, tomándola tiernamente, sosteniéndola, adormeciéndola. Sintiose protegida, sus nervios se distendieron, sintió la paz. Cayó dormida, todas sus ansiedades se esfumaron. Cómo

Librodot

le necesitaba, quienquiera que fuese, cómo necesitaba dormir, necesitaba paz, necesitaba al dios padre.

Bajo la luz anaranjada del puerto pesquero, la extensión añil del mar, el fuerte sabor de las pastas matutinas, la alegría de las primeras horas de la mañana en el muelle, las escenas con Rango se hicieron cada vez más parecidas a alucinaciones.
Rango, avanzando por los cañaverales con su piel morena y los ojos resplandecientes, parecía un balines.
Cuando se sentaban en la playa, avanzada la noche, alrededor de una hoguera y la carne asada, Rango, sentado sobre sus robustas piernas, vivaracho con las manos, parecía tan armónico con la naturaleza. Cuando regresaban de largas excursiones en bicicleta, tras horas pedaleando contra un viento fresco, cansados y sedientos pero pletóricos de regocijo y euforia física, la reaparición de sus obsesiones se asemejaba más a una enfermedad.
Djuna conocía todos los preámbulos de los conflictos. Si durante la excursión había cantado al compás de otros, o reído, o asentido, Rango empezaba:
–Esta mañana he encontrado tu bicicleta y la del muchacho apoyadas en la pared del café, tan juntas como si hubieseis pasado la noche juntos.
–Pero, Rango, él ha llegado más tarde, simplemente ha dejado su bicicleta al lado de la mía. Todo el mundo desayuna en el mismo café. Eso no significa nada.
A veces Djuna creía que Rango se había contagiado de la locura de Zora. Sentía compasión hacia él, y respondía con paciencia, como se le responde a un enfermo.
Ella sabía que, en los otros, amamos a algún yo reprimido. Consolando a Rango, tranquilizándole, ¿consolaba acaso a una Djuna secreta que en alguna ocasión se había sentido celosa sin atreverse a revelarlo?
(«En los otros amamos las sombras de nuestra naturaleza soterrada, de nuestros yos escondidos. Alguna vez debo de haberme sentido tan celosa como Rango, aunque sin manifestarlo, sin manifestármelo ni siquiera a mí misma. Debí de experimentar esos celos en un reino tan oculto de mi propia naturaleza que ni siquiera fui consciente de ello. De otro modo no hubiera sido tan paciente con Rango. No hubiera sentido compasión. Sus celos nos están destruyendo. Quiero protegerlo de sus consecuencias... Me está alejando de él. Ahora debería escapar, pero siento mi responsabilidad. Cuando vemos a otra persona que se atreve a ser lo que nosotros no nos atrevimos a ser, nos sentimos responsables por ella...»)
Pero un día despertó tan cansada a causa del demonio de Rango que decidió asustarle, escapar, confiando en que aquello le curase.
Hizo las maletas y se dirigió a la estación. Pero no había tren hasta la noche. Se sentó a esperar, desconsolada.
Y apareció Rango. Parecía aturdido.
–¡Djuna! Djuna, perdóname. Debía estar loco. No te he contado la verdad. Un amigo mío ha estado haciendo absenta en su sótano y cada día, al mediodía, hemos ido a probarla. Debo de haber bebido bastante durante estos días.
Djuna le perdonó. Y también, siempre en un esfuerzo por absolverle, pensó: «Su esclavitud ante las necesidades de Zora es tremenda, pero no se atreve a rebelarse. Ella tiene el don de hacerle creer que nunca hace bastante, le llena de culpabilidad, y tal vez por eso, cuando viene a mí, tiene que rebelarse

Librodot

y enojarse por algo, tiene que explotar. Yo soy su cabeza de turco».
Se hallaba ligada a Rango por ese tubo respiratorio, se hallaba ligada a sus estallidos. Tal vez algún día terminaría creyendo, como Rango, que la violencia es necesaria para hundirse en las profundidades de la experiencia.
En esos escenarios giratorios del inconsciente, últimas junglas ocultas de nuestra naturaleza, controlado y enjaezado hasta cerca de su exterminio, todos los pozos se hallan sellados y no es de extrañar que, cuando de nuevo intentamos abrirlos, esperando hallar un caudal de vida, encontremos en su lugar un veneno de cólera.
Así, cuando montaba en cólera, Rango lanzaba ese veneno de la naturaleza como un geiser, y luego se negaba a admitir cualquier responsabilidad por las tempestades. Sus iras caían como el rayo, y cada vez que eso ocurría, Djuna se veía librada de las que ella escondía.

Pero el sol negro de los celos de Rango eclipsó el sol mediterráneo, agitó la apacibilidad turquesa del mar. Algunas veces Djuna se tumbaba a solas sobre la arena e intentaba recordar qué había querido *alcanzar* a través del cuerpo de Rango, qué era lo que la primera visión de él, tocando la guitarra y recordando su vida de zíngaro, había despertado en ella.
Abrirse, a través de él, a la pura naturaleza. En ocasiones recordaba su primera sonrisa, la sonrisa irónica del indio que venía de lejos, como un *eco* de una antigua sonrisa india en el albor de los mundos mayas; como el paso terrenal procedente de los pies descalzos que abren senderos en las montañas más altas del mundo, en los lagos menos hollados y los bosques más impenetrables.
Al soñar en Rango volvió a los orígenes del mundo y oyó en él pasos que eran ecos de los prehistóricos pasos de caza.
Recordó, ante todo, historias, como la que Rango le había contado sobre aquella ocasión en que, hallándose sentado encima de una roca, en lo alto de un glaciar, ¡había sentido girar la tierra!
Djuna había besado ojos repletos de recuerdos esplendorosos, ojos que habían visto a los mayas sepultar sus tesoros de oro en el fondo de los lagos, inasequibles al pillaje de los españoles.
Había besado a los príncipes indios de los cuentos de hadas de su infancia.
Se había sumergido con amor y deseo en las simas de antiguas razas, y había buscado cimas y abismos y magnificencia.
Y encontrado... Había encontrado desiertos en donde los buitres perpetuaban su vuelo circular, sin distinguir ya entre vivos y muertos.
Había encontrado una ciudad muda descansando sobre columnas ruinosas, cúpulas resquebrajadas, tumbas, con lechuzas que ululaban como mujeres parturientas.
A la sombra de los volcanes había fiestas, orgías, bailes y guitarras.
Pero Rango no la había llevado allí.
Al amor, él sólo aportó sus impetuosas ansiedades; Djuna había abrazado, besado, poseído un espejismo. Había caminado y caminado, pero sin entrar en las fiestas y la música, sin penetrar en la risa, sino sólo en el corazón de un volcán indio...

La trampa era visible de día.
La trampa era una red de deberes sin sentido. En cuanto Djuna abrió los ojos vio vívidamente a Zora, acostada, pálida, que con sus manos blandas y

Librodot

lacias lo tocaba todo con torpeza infantil. Zora, que no alcanzaba su objetivo, que dejaba caer lo que sostenía, que intentaba abrir desmañadamente una puerta y se movía con lentitud tan anormal y gestos tan nebulosos e inseguros que tardaba dos horas en vestirse.
La compasión era la excusa con la que Djuna disfrazaba, a sus propios ojos, su repulsión ante la voz lastimera de Zora, ante su cuerpo descuidado, su mirada astuta, ante sus vestidos de pordiosera que eran un disfraz para ganarse la indulgencia ajena, ante su cabello enmarañado que no peinaba por pura pereza, ante la piel mortecina que dejaba transparentar su sangre estancada.
De saber lo que albergaba la mente de Zora, uno se hubiera alejado, asqueado. En algunas ocasiones Djuna la había oído acusar monótonamente, en el duermevela, a los médicos, al mundo, a Rango, a ella misma, a los amigos, de todo cuanto le había acaecido.
Asco. Se siente culpabilidad no sólo por actos cometidos, sino también por los pensamientos. Ahora que la trampa se había tornado tan grotesca, fútil, asfixiante, Djuna deseaba cada día que Zora falleciera. Una vida inútil, haciendo acopio de comida, devoción, servicio, y sin dar absolutamente nada, menos que nada.
Una vida inútil, que destilaba veneno, envidia, una tiranía estranguladora.

Si fallecía, la vida de Rango podía volver a salir a flote, como una hoguera, con su cuerpo fuerte y exuberante y su imaginación impulsándole hacia todos los rincones del mundo. En sus peores momentos en él siempre había fuego. Y, en Zora, frialdad. Sólo trabajaba la mente, deformando, denigrando, acusando.
En ella sólo quedaba la artista circense. «Mirad mi llaga, mirad cómo sufro. Amadme.» Pero no se ama por esas razones. La trampa no tiene escapatoria.
El rostro macilento de Zora y su falta de valor provocan pesadillas en Djuna. Se despierta temprano para ir a comprar un pan especial, una carne especial, una verdura especial. Tienen hora para hacerle unos rayos X del pecho, pues esta semana Zora cree tener tuberculosis. Horas perdidas así, sólo para oír decir al doctor:
–No tiene nada. Síntomas histéricos. Deberían llevarla al psiquiatra.

Hacen una visita al prestamista, porque hay que pagar al otro médico, al que hizo la prueba inútil, dramática, del cáncer. La paga mensual de Djuna se ha acabado.
No hay escapatoria. El día se desmorona al poco de haber nacido. El único árbol que ella verá es el árbol anémico del jardín del hospital.
Un sacrificio inútil, abortado, que produce tristeza.
El día es la trampa, pero no se atreve a rebelarse. Si quiere su media noche con Rango, ése es el único camino para conseguirla. Al declinar del día vendrán sus besos fervientes, su emoción, su deseo, los mordiscos hambrientos en el hombro, las vibraciones de placer agitando el cuerpo, los gemidos guturales de hombres y mujeres retornando a su origen primitivo...
A veces no les da tiempo de desvestirse. Otras el clímax queda pospuesto entre bromas, despertando un frenesí. La escoria del día es consumida por el fuego.
Cuando Djuna piensa durante el día: «Debo escapar, debo abandonar a Rango al tormento que ha elegido», lo que la retiene es el recuerdo de ese punto

Librodot

de fuego.
¿Cómo puede Rango admirar la descomposición de Zora... que ni siquiera es un noble suicidio, sino una obsesión fija por morir lentamente, arrastrando a otros con ella? Una vida fea y monstruosa. Si lava un plato, se queja. Si cose un botón, se lamenta.
Tales son los pensamientos de Djuna, pero también ella tiene que expiarlos. Zora, toma este pan que he tardado una hora en encontrar, no te alimentará, tienes demasiado veneno en el cuerpo. Las primeras palabras que me dirigiste –tu conversación rogando que te ayudasen y mostrándote contenta de que fuese precisamente yo, sí, porque yo era alguien a quien resultaba fácil apresar en la trampa de la compasión–, fueron hipócritas. Sabías que actuaría contigo como tú jamás lo habrías hecho conmigo. He intentado imaginarte en mi lugar, sin lograrlo. Sé que tú hubieras sido absolutamente cruel.

De vuelta a la barcaza, Djuna compró velas nuevas y una alfombra de piel sobre la que tumbarse, porque Rango creía que era demasiado burgués dormir en una cama como hacía todo el mundo. Dormían en el suelo. Tal vez la piel, lecho de los esquimales, resultase apropiada.
Cuando Rango llegó, contempló las velas y la piel como un león contempla una hoja de lechuga.
Pero, una vez tumbado en ella, su deseo broncíneo va despertándose y el lecho primitivo es bautizado en recuerdo de moradas cavernícolas.
En este momento los niños están leyendo los mismos cuentos de hadas de los que Rango y Djuna llegaron a esperar tantas maravillas, a esperar lo imposible. Rango había imaginado una vida sin trabajo, sin responsabilidades. Djuna había querido una vida de deseo y libertad: no la comodidad, sino la suavidad de sucesos mágicos, no el lujo sino la belleza, no la seguridad sino la plenitud, no la perfección sino un instante perfecto como éste... pero sin que Zora estuviese al acecho para interponerse entre ellos, como una pesadilla...

Djuna no estaba preparada para que Rango fuese al primero en intentar librarse de la trampa. Ocurrió inesperadamente, a medianoche, cuando estaban a punto de separarse. Su voz llegó desde las arrulladoras caricias de la niebla:
–Estamos llevando una vida egoísta. En el mundo ocurren muchas cosas; deberíamos participar en ellas. Eres como todos los artistas, con tus grandes focos apuntando al cielo, sin pisar jamás la tierra en donde ocurren las cosas. Se está produciendo una revolución, y quiero tomar parte activa en ella.
Djuna no creía que el mundo o la revolución necesitasen de Rango, con su indisciplina bohemia, su amor al vino tinto, su pereza. Presentía que Rango se alejaba a causa de las persecuciones de Zora. ¡Se hallaba atrapado entre una mujer que deseaba morir y otra que anhelaba vivir! Había esperado amalgamarlas a ambas para suprimir la tensión entre sus dos personalidades. Sólo había pensado en su propia tranquilidad emotiva. Había infravalorado la egoísta ferocidad de Zora y la clarividencia de Djuna. Aquella *alianza,* era un fracaso. Ahora sentíase impelido a arriesgar su vida por alguna causa impersonal.
Djuna permaneció callada. Contempló el rostro de Rango y se fijó en su boca, que parecía infeliz, lastimada, reveladora de su desesperación. La man-

Librodot

tenía cerrada con fuerza, como hacen las mujeres cuando no quieren sollozar: una boca que desentonaba con su cabeza de león, porque era la boca de un niño, pequeña y vulnerable; una boca que despertaba la indulgencia de Djuna.
Al separarse, en la esquina de la calle, se besaron desesperadamente, como si fuesen a emprender un largo viaje. Un mendigo comenzó a tocar su violín, y luego se detuvo, pensando que eran amantes que no volverían a verse nunca más.
Mientras Djuna se alejaba, la sangre latió en sus oídos, porque su cuerpo se separaba de Rango con anticipación, sus cabellos se separaban de otros cabellos, sus manos se desasían, sus labios se cerraban contra el último beso, entregándolo a una amante más exigente: la revolución.
La tierra giraba velozmente. Las mujeres no pueden abandonar las trampas del amor, pero los hombres sí; ellos tienen guerras y revoluciones en las que participar. ¿Qué ocurriría ahora? Lo sabía. Había que firmar cinco hojas y responder a un cuestionario minucioso, extremadamente preciso. Djuna había visto el cuestionario. Había que decir si la esposa o el marido creían en la revolución; había que contarlo todo. Rango rellenaría esas hojas lentamente, con su escritura nerviosa, fluida y oscilante. Todo. Probablemente diría que su esposa era una inválida, pero el partido no aprobaría que tuviera una amante.
Entonces, repentinamente, la tierra dejó de girar y la sangre cesó de latir en sus oídos. Todo permaneció en una inmovilidad mortal porque Djuna recordó los peligros... Recordó el amigo de Rango encontrado con un agujero de bala en la sien cerca del café donde se reunían. Recordó la historia que le había contado Rango sobre uno de los hombres entregados a la revolución en Guatemala: había sido encerrado en una mazmorra medio llena de agua hasta que se le pudrieron las piernas en jirones de carne mohosa, hasta que sus ojos se volvieron absolutamente blancos.
A la noche siguiente Rango llegó tarde. Djuna olvidó que siempre se retrasaba. Pensó: «Ha firmado todos los papeles y le han dicho que un miembro del partido no puede tener una amante».

Eran las nueve. Djuna no había comido. Llovía. Al café llegaron unos amigos, charlaron un poco y se fueron. Las horas se hacían interminables debido a la ansiedad. Así iba a ser la espera, sin saber jamás si Rango seguía vivo. Le descubrirían tan fácilmente. Un extranjero, de tez oscura, pelo revuelto; su apariencia correspondía exactamente a lo que la policía esperaba de un hombre que trabajase para la revolución.
¿Qué le había ocurrido a Rango? Abrió un periódico. En una ocasión él había dicho: «Cogí un periódico y en primera página vi la foto de mi mejor amigo, asesinado la noche anterior».
Así era cómo ocurriría. Rango la besaría como la había besado la noche anterior en la esquina de la calle, al son de aquel violín, luego el violín se detendría, y esa misma noche...
Djuna interrogó a su instinto. No, Rango no estaba muerto.
Le hubiera gustado ir a la iglesia, pero también eso estaba prohibido. Estaba prohibida la desesperación. Había llegado el momento del estoicismo.
Tenía celos de la admiración que Rango sentía por la madre de Gauguin, una heroína sudamericana que había luchado en revoluciones y matado a su propio esposo cuando éste traicionó al partido.

Librodot

Pasó frente a la iglesia y entró. No podía rezar porque estaba intentando convertirse en la compañera idónea de un revolucionario. Pero siempre había sentido que tenía un acuerdo humorístico y privado con Dios. Sabía que él siempre sonreiría irónicamente ante sus actos más alocados. Vería sus contradicciones, y se mostraría indulgente. Entre ellos existía un pacto, aun cuando la mayoría de los tribunales la considerase culpable. Era como su amistad con los policías de París.
¡Y ahora Rango avanzaba hacia ella! (¡Vean qué pacto tenía con Dios, que éste le concedía deseos que nadie más hubiera esperado que concediese !)
Rango había estado enfermo. No, no había firmado los papeles. Se había quedado dormido. Mañana. *Mañana.*
Djuna había olvidado aquella divinidad latina: *Mañana.*

Rango y Djuna se sentaron a tomar un café en el Café Martiniquaise, próximo a la barcaza.
El lugar estaba repleto de humo, voces, rostros, respirando y balanceándose como una ola sonora y compacta, que a veces les arrollaba y arrastraba, y otras se retiraba, aplacada, sólo para volver de nuevo a apagar sus voces con mayor estrépito y sofocación.
Djuna jamás hubiera podido identificar aquella marea de rostros disueltos por luces y sombras, sus contornos ligeramente difuminados a causa de la bebida. Pero Rango podía decir de inmediato: «Aquél es un chulo, aquel otro un boxeador profesional. Aquél un drogadicto».
Entraron dos amigos de Rango con las manos en los bolsillos, y le saludaron de reojo, los pesados párpados semicaídos sobre sus ojos vidriosos. Bajo los ojos tenían profundas y amoratadas ojeras y Rango dijo:
–Me sorprende ver con qué rapidez se desintegran mis amigos por culpa de las drogas. Algunos incluso han muerto. Este tipo de vida ya no me atrae.
–Antes sí que sentías atracción por la destrucción, ¿verdad?
–Sí –dijo Rango–, pero no era real. De joven, en casa, lo que más me gustaba era la salud, la energía física y el bienestar. Sólo más tarde, aquí, en París, los poetas me enseñaron a no valorar la vida; era más romántico desesperarse, más noble rebelarse, y morir, que aceptar lo que la vida ordinaria podía ofrecernos. Pero ya no me siento atraído hacia eso. Quiero vivir. Aquél no era mi verdadero yo. Zora dice que me has cambiado y, sin embargo, no se me ocurre que hayas dicho o hecho algo por lograrlo. Pero cada vez que estamos juntos deseo conseguir algo, algo grande. No quiero seguir comulgando con ese credo literario, con la belleza romántica de vivir desesperada, peligrosa, destructivamente.
Djuna pensó con ironía que no había pretendido forjar un rebelde. También ella había cambiado a causa de Rango. Había adquirido algunos de sus hábitos zíngaros, algo de su despreocupación, de su indisciplina bohemia. Se había precipitado con él en el desorden de los vestidos desparramados, de las colillas esparcidas, de meterse totalmente vestida en cama, durmiéndose tal cual, en el desorden de la indolencia, de la falta de horarios... Una región de caos y luz lunar. Aquello le gustaba. Era la atmósfera del útero de la tierra, donde la conciencia no podía penetrar e iluminar todos los trágicos aspectos de los deseos incumplidos. En la oscuridad, caos, calor, una olvidaba... Y el silencio. El silencio era lo que más le gustaba. El silencio en el que el cuerpo, los sentidos, los instintos, se muestran más avizores, más poderosos, más sensibilizados, viven una vida más ricamente perfumada e intoxi-

Librodot

cante, sin transmutarse en pensamientos, palabras, en exquisitas abstracciones, en matemáticas de emoción sino en impacto violento, en volcánicas erupciones de fiebre, lujuria y goce.
Ironía. Ahora Rango se proyectaba a sí mismo fuera de ese reino, y quería acción. Ya no quedaba tiempo para la guitarra que la había embrujado, ni para visitar a los zíngaros como él había prometido en una ocasión, ni para dormir por la mañana como Djuna había aprendido a hacer, ni para adquirir por osmosis su arte de desentenderse de toda responsabilidad, su autocomplacencia, su temeridad...
Sentados en el café, Rango condenó su vida pasada. Estaba lleno de arrepentimiento por las horas desperdiciadas, la energía desaprovechada, los años perdidos. Deseaba una vida más austera, acción y realización.
De improviso Djuna miró su café y sus ojos se llenaron de hirientes lágrimas; las lágrimas de la ironía abrasan la piel con más fuerza. Sollozó por haber despertado en Rango el deseo de servir a un fin que no era el suyo, de vivir ahora por otros cuando ya vivía por Zora, y sollozó por lo poco de sí mismo que él podía ofrecerle. Sollozó porque, a pesar de lo próximos que se hallaban en aquella penumbra terrena –próximos en la atracción magnética entre su piel, su cabello, sus cuerpos–, sus sueños jamás coincidían en ningún punto, como no coincidían su visión de la vida, sus actitudes. Sollozó por los múltiples desajustes de la vida que impedían la unidad absoluta.
Rango no comprendía.
En la esfera de las ideas siempre había sido inquieto, impaciente, como un animal salvaje que temiese verse acorralado. A menudo describía cómo acorralaban en su rancho a los caballos y toros. Le encantaba el ardor del combate. Para él, examinar, comprender, interpretar era también un modo de acorralar que despertaba sus sospechas.
Pero, de momento, Djuna aspiraba el aroma de su cabello. De momento existía entre su piel y su carne aquella corriente, aquella armonía de colores, peso, calidad y olores contrastantes. En él todo era penetrante y violento. Eran, eso decían sus amigos, como Otelo y Desdémona.
Mañana Rango sería miembro del partido.

Djuna pensó: «Así es cómo se vive cuando pierdes las alas. Compras velas para la reunión de los amigos de Rango, pero no dan una luz que te satisfaga porque no crees en lo que estás haciendo».
Para ella, la tristeza nunca fue un lastre; la sorprendía en pleno vuelo, mientras bailaba en espirales, desplazando remolinos de aire, como una flecha que disparada contra un ave, no la hace caer sino que simplemente acelera su aleteo.
Cada día sentía mayor aprensión a descender a la vida familiar y cotidiana, porque el dolor, el arco del cazador, provenía de la tierra y, por tanto, la huida a una distancia segura se hacía cada vez más apremiante.
Su única defensa contra nuevos peligros era, ahora, su movilidad. Mientras permanecemos en movimiento ofrecemos un blanco más difícil, resulta más problemático que nos hieran. Había adoptado la estructura básica de los nómadas.
Rango había dicho:
–Esta noche prepara la barcaza para una reunión. Será el sitio ideal. Sin vigilantes que le vayan con el cuento a la policía. Sin vecinos.
Había firmado todos los papeles. Debían andarse con más cuidado.

Librodot

La gabarra iba a resultar más útil.

Ahora existen dos reinos en los que vivir. (¿Estoy en posesión de la droga secreta que me permite mantener los éxtasis mientras penetro en la vida del mundo, en las actividades del mundo, en sus contingencias? Siento que se apodera de mí mientras paseo. Es una sensación extraña, como de embriaguez. Me sorprende en mitad de la calle, como una tremenda ola y, a través de mis venas, discurre un entumecimiento que es el torpor de lo maravilloso. Lo conozco por su poder, por su modo de elevar mi cuerpo, por el aire que pasa bajo mis pies. La habitación fría que he abandonado por la mañana, el cubrecama amarillento, la estufa llena de cenizas, el vino agrio en el fondo del vaso, todo ello estaba iluminado por la fuerza del amor de Rango. Era como si hubiera aprendido a volar por encima de la calle y me hubiesen permitido hacerlo por un instante... tornando cada color más intenso, cada caricia más penetrante, cada momento más espléndido... Pero la ansiedad me decía que no podía durar. Es un estado de gracia amorosa que algunos alcanzan por medio del vino y otros rezando y ayunando. Es un estado de gracia, pero no puedo descubrir por qué podamos perderlo. El peligro estriba en volar bajo, en despertarse.» Djuna sabía que ahora que Rango tenía que actuar en el mundo ella volaba más bajo. El aire de la política estaba lleno de polvo. La gente aspiraba a alcanzar planetas, pero era un viaje superfluo; había cierto modo de respirar, de caminar, de mirar, que transportaba a los seres humanos al espacio, a la transparencia. La extraordinaria brillantez de los juegos a los que la gente jugaba más allá de sí misma, los juegos de sus personalidades estelares...)
Compró leña para el fuego. Barrió la barcaza. Ocultó la cama y el barril de vino.
Rango se encargaría de guiar a los recién llegados hasta la barcaza, y permanecería en el puente para orientarles.

Los guatemaltecos fueron llegando poco a poco. Los más morenos, de sangre india, en silencio indio; los de sangre española, más pálidos, con volubilidad española. Pero todos quedaron intimidados por el lugar, la madera crujiente, la gran estancia parecida a los primeros lugares de reunión de los revolucionarios, las sombras alargadas, los ruidos fluviales, las cadenas y remos del río, las inquietantes luces del puente, el vaivén producido por el paso de otras barcazas. Para los conspiradores era un lugar abrumador. En ocasiones, la vida supera la ficción, el drama. Ésta era una de ellas. El escenario era más dramático de lo que deseaban. Estuvieron paseando torpemente de un lado a otro. Rango todavía no había llegado. Esperaba a los que se habían retrasado.
Djuna no sabía qué hacer. No estaba preparada para aquel papel. La educación o la conversación insulsa parecían fuera de lugar. Mantuvo la estufa cargada de leña y contempló las llamas, como si su vigilancia fuese a avivarlas.
Cuando te han cortado las alas y, para pasar desapercibida, vistes un traje oscuro, comprado en la tienda más barata de París; cuando has descartado los pendientes, y el esmalte de las uñas, deseando manifestar una abdicación del yo, una dedicación al servicio impersonal, y aun así no te sientes sincera, te sientes sólo como una especie de actriz, porque esperas que en ti la conversión se produzca como por ensalmo, por amor y gracia de un miem-

Librodot

bro del partido...
Saben que finjo.
Así interpretó su silencio.

A los propios ojos de Djuna ellos la juzgaban y condenaban. Era la única mujer presente, y ellos sabían que estaba allí sólo por ser mujer, una mujer enmarañada en su propio amor, no comprometida con la revolución.
Entonces llegó Rango, jadeante y ansioso:
–No hay reunión. Tenemos orden de dispersarnos. No hay más explicaciones.
Podían irse y se sintieron aliviados. Salieron en silencio. Sin mirarla.
Rango y Djuna se quedaron solos.
Rango dijo:
–*Tu* amigo el policía estaba de servicio en lo alto de las escaleras. Han encontrado asesinado a un vagabundo. De modo que cuando los guatemaltecos han empezado a llegar, les ha pedido la documentación. Era peligroso. –Había cometido su primer error al creer que la barcaza era buen sitio. El cabecilla del grupo había sido severo. Le había llamado romántico...–. También sabe de tu existencia. Ha preguntado si eras del partido. He tenido que decirle la verdad.
–¿Quieres que firme los papeles? –preguntó ella, con una docilidad tan parecida a la de un niño que Rango quedó conmovido.
–Si lo haces por mí, no. Tienes que hacerlo por ti misma.
–Oh, lo hago por mí. Ya sabes lo que creo. Hoy en día el mundo está podrido; es como un bosque con las copas de los árboles en tierra y las raíces gesticulando con fuerza en el aire, marchitándose. El único remedio es empezar un mundo a partir de dos; en dos existe la esperanza de la perfección y eso, a su vez, puede extenderse a todos los demás... Pero hay que empezar por abajo, por la relación entre hombre y mujer.
–Te daré libros para que leas, para que estudies.

¿Cambiaría su nueva filosofía su complacencia y su servilismo hacia Zora, la vería con nuevos ojos, contemplaría la desolación, la criminalidad de su ensimismamiento? ¿Le diría también: «En el mundo hay cosas más importantes que tus insignificantes dolores. Hay que olvidar la vida privada»? ¿Se vería alterada su vida privada como Djuna no había sido capaz de hacerlo? ¿Se clarificarían sus confusiones y errores?
Djuna comenzaba a sentirse esperanzada. Empezó a estudiar. Advirtió analogías entre la nueva filosofía y lo que inútilmente había estado exponiendo a Rango.
Por ejemplo, el partido no aprobaba una muerte romántica, temeraria, poco inteligente. Desolación. Confusión. Indisciplina. El partido desarrollaba una especie de estoicismo, una armadura, una forma de comportarse y de pensar.
Djuna fue aliándose poco a poco con la esencia de la filosofía o, mejor dicho, con sus resultados, pasando por alto los rígidos dogmas. La esencia era la construcción. Eso era algo que, a grandes rasgos, Djuna podía adoptar porque casaba con su obsesiva batalla contra la destrucción y el negativismo. No estaba sola contra la influencia desmoralizante, disolvente, de Zora. Tal vez la trampa estuviese abriéndose ligeramente, en una dirección imprevista. Lo que Rango no podía hacer por ella (porque ella era su goce, su autocomplacencia, la amante que lo llenaba sensualmente, y eso le hacía sentirse

Librodot

culpable), tal vez pudiese hacerlo por el partido y por una masa de gente inmensa y anónima.
La trampa era la fijación en lo imposible. Un cambio en Zora, no un empeoramiento. Un cambio en Rango, no un gradual estrangulamiento.
La simple pasión no le había convertido en un hombre total, aunque sí en un hombre lo bastante completo para ser útil al mundo.

Al no servir la barcaza como lugar de reunión de los trabajadores camaradas de Rango, se vio súbitamente transformada en todo lo contrario: en cobijo para soñadores en busca de un paraíso. Cuanto más amarga era la atmósfera de París, cuanto más intensas las divergencias, la creciente ola de antagonismos, peligros y temores políticos, más eran los que acudían a la gabarra como si se tratase de un arca de Noé contra un nuevo diluvio.
Ya no era el bajel secreto para el viaje de una pareja. Las noches unicelulares habían llegado a su fin. Rango no era más que un visitante-amante de paso.
La divergencia entre ambos se exteriorizó agudamente: mientras Rango acudía a reuniones, hablaba febrilmente en cafés, intentaba convencer, enseñar, organizar, trabajaba entre los pobres que había conocido, entre los artistas, los amigos de Djuna llevaban a la barcaza los valores que creían a punto de desaparecer, una apasionada adhesión a la creación estética y humana.
Rango contaba casos de crueldad y sacrificio personal: Ramón había pasado cuatro años sin ver a su mujer y a su hijo, trabajando en Guatemala. Ahora su esposa estaba gravemente enferma en París, y él quería abandonar sus obligaciones allí y volver, a cualquier precio:
–Imagínate, un hombre que olvida la lealtad a su partido, simplemente porque su esposa y su hijo le necesitan. Dispuesto a sacrificar el bien de millones, quizá, por sólo dos personas.
–Rango, eso mismo es lo que tú harías, y lo sabes. Eso es lo que has hecho con Zora. Has entregado veinte años de tu fuerza a un solo ser humano, cuando hubieras podido hacer cosas más importantes...
En otra ocasión, cuando Rango llegó, le dieron náuseas en brazos de Djuna y vomitó toda la noche; sólo al alba, débil y febril, confesó: habían tenido que arrestar a un traidor. Un antiguo amigo de Rango. El grupo se había visto obligado a juzgarlo. Rango había tenido que interrogarle. En realidad el hombre no era un traidor. Era débil. Había necesitado dinero para su familia. Estaba cansado de trabajar para el partido sin cobrar. El partido jamás se preocupaba por la familia de un hombre, o por lo que ésta necesitaba mientras él se hallaba lejos, cumpliendo su deber. Había entregado toda su vida y, ahora, a los cuarenta años, había tenido una debilidad. Se había sentido tentado por una buena posición en la embajada. Al principio había intentado sacar provecho de su posición, en beneficio del partido. Pero al cabo de un tiempo se cansó del peligro. Dejó de servir a la causa... Rango había tenido que hacer un esfuerzo para entregarle al partido. Y aquello le hizo sentir náuseas. Era su primer acto cruel, difícil, disciplinado. Pero pasó una semana sin dormir, y cada vez que recordaba el rostro del hombre al contar su historia repetía: simplemente cansado, muy cansado, agotado, a los cuarenta años, demasiadas veces en la cárcel, demasiadas dificultades, no podía soportarlo por más tiempo. Llevaba en el partido desde los diecisiete años, había sido útil, valiente, pero ahora estaba cansado.

Cada día volvía con una historia parecida. Cuando el conflicto se le hizo insoportable, empezó a beber. Djuna no tenía esa escapatoria. Cuando los casos la herían y quemaban, se apartaba y volvía al sueño, como había hecho durante su infancia. Para ojos habituados a ello, existía otro mundo visible, un mundo en el que era fácil entrar y morar, otra estancia a la que sólo podían pasar los iniciados.
(Estados de ánimos fluyendo como el río que busca su camino hacia el mar, y amplitud y profundidad. En ese mundo, el río era el fluir; había que buscar el secreto de ese fluir en el ritmo adormecedor de sus olas, en la continuidad de su corriente. El amor es una locura compartida por dos, el cristal en el que la gente halla su unidad. En ese mundo, Rango era capaz de entregarse a un sueño de amor, que es una ciudad con sólo dos habitaciones. En ese mundo, Rango compra zapatos duros y resistentes que parecen cascos de centauro, cascos de hierro, cuya cabeza está en los cielos pero cuyas pezuñas han de hollar los campos de batalla.)
Existen drogas para huir de la realidad, los vómitos de Rango ante el espectáculo de la crueldad, su aspereza hacia los sentimientos de Djuna. De haber querido ser exacto, hubiera debido enojarse ante su propia emotividad, ante su falibilidad humana. Pero, debido a su ceguera, se enoja ante el rostro vuelto de Djuna y ataca su rauda huida de todo horror. Bebe, pero no considera que *eso* sea una trampilla abriéndose al infinito, una droga inferior para disipar el dolor... Pero ante las incursiones de Djuna en el campo de la astronomía, ante el cobijo que da a los artistas en la barcaza... Rango se muestra implacable, implacable con esa especie de droga suya para transformar la realidad en algo soportable...
–Para mí, lo loco, traicionero y lleno de contradicciones es el mundo de la historia –dijo Djuna.
–En Guatemala –dijo Rango, con una irónica mueca de los labios que no agradó a Djuna– colocaban a los locos a orillas del río, y eso les curaba. Si tus locos no se curan, excavaremos un hoyo en el suelo y los hundiremos.
–Pero tal vez me hunda yo con ellos.

Paseando a lo largo del muelle vieron a un vagabundo sentado bajo un árbol, un vagabundo con una gorra escocesa, una manta a cuadros y una pipa retorcida. Rango imitó el acento escocés lo mejor que supo y dijo:
–Bieeen, ¿y *uté* de *onde* viene, amigo?
Pero el vagabundo levantó la mirada, azorado, y dijo en el mejor francés de Montmartre:
–*Mon Dieu,* no soy extranjero, señor. ¿Por qué supone que lo soy?
–La gorra y la manta –dijo Rango.
–Oh, esto, señor, es simplemente porque siempre rebusco en las basuras de la *Opera Comique*, y he encontrado este equipo. Era el único que podía llevar, ¿comprende? Los otros eran demasiado fantasiosos, y la mayoría bastante indecentes, a decir verdad –entonces sacó del bolsillo un bolso escocés de un descolorido pelo gris–: ¿podría decirme usted para qué sirve esto?
Rango se echó a reír:
–Eso es una peluca. En Escocia el empleo de la falda ha provocado una calvicie prematura de un tipo muy especial. Guárdesela bien, quizás algún día le resulte útil...

Sabina caminaba con los pies planos sobre el suelo, lo cual daba a su cuer-

po macizo un porte de aguadora bíblica. Djuna creía que Rango y ella se hallaban compuestos de los mismos elementos, y presentía que tal vez llegaran a amarse. Imaginaba una escena de despedida con Rango, entregando el pelo negro de él a la cabellera lisa y abundante de Sabina, su piel de un siena tostado al dorado incandescente de ella, sus manos toscas y resecas a las manos fuertes y campesinas de ella, la risa de Rango a la de ella, su astucia india a la mentalidad semítica y laberíntica de ella. Cada uno reconocería el clima enfebrecido y caótico del otro, y se abrazarían.
Pero sorprendiose al ver que sus predicciones no se cumplían. Rango huía de la intensidad y la violencia de Sabina. Se enfrentaban como dos guerreros armados, y aquella parte de Rango que anhelaba la entrega, que anhelaba el cariño, encontraba en Sabina una coraza inflexible. Sabina sólo se entregaba en el último momento, simplemente en el momento del abrazo sexual e, inmediatamente después, volvía a aprestarse a la batalla. No había resquicio alguno en donde la ternura pudiera encontrar cobijo, hacia donde la secreta timidez de Rango pudiera fluir como fluía hacia el pecho de Djuna. No era una mujer en la que uno pudiera hallar morada.
Buscaban terreno apropiado para un duelo. Rango odiaba la presencia de Sabina, junto a Djuna, y le hubiera gustado alejarla de la barcaza.
En una ocasión, hallándose sentados en un restaurante con Djuna y otros dos amigos, decidieron poner a prueba cuál de los dos podía comer más chiles rojos.
Comieron los chiles rojos con ostentosa insolencia, sin dejar de mirarse. Primero los tomaron con arroz y verduras, después con la ensalada, y por último solos.
Ambos hubieran podido morir en la prueba, puesto que ninguno de los dos quería darse por vencido. Cada diminuto chile rojo era como un concentrado de fuego que les abrasaba.
De vez en cuando abrían con fuerza la boca y respiraban rápidamente, como si desearan enfriar sus entrañas.
Al igual que en los antiguos mitos, permanecían sentados como devoradores de fuego compartiendo un banquete ígneo. Los intensos ojos negros de Sabina se llenaron de lágrimas. Las sonrientes mejillas de Rango se iluminaron con un rubor sepia, pero ninguno de los dos quería ceder, aunque hubiera podido desgarrarse las entrañas.
Por suerte el restaurante estaba cerrando ya, y los camareros, maliciosamente, fregaron el suelo bajo sus pies con amoníaco, amontonaron las sillas sobre la mesa y por último pusieron fin al maratón apagando las luces.

No una, sino múltiples Djunas descendieron la escalerilla de la barcaza, una capa formada por los padres y la infancia, otra moldeada por su profesión y sus amigos, otra nacida de la historia, geología, clima, raza, economía, y de todos los medios ambientes y telones de fondo, el cielo y la naturaleza de la tierra, las puras fuentes del nacimiento, la influencia de un árbol, una palabra pronunciada descuidadamente, una imagen vista y todas las fuentes corruptas: libros, arte, dogmas, amistades impuras y todos los lugares en los que un ser humano se siente herido, derrotado, inválido y que supuran...
La gente suma todas sus desgracias físicas, los dedos del pie deformados, el dedo cortado, la cicatriz cauterizada, la fiebre, el cáncer, los microbios, la infección, las heridas y los huesos rotos. Nunca suma las magulladuras y cicatrices acumuladas en la capa interior, que forman un completo universo de

Librodot

reacciones, un mundo reflejo en el que todo suceso se halla sujeto a una interpretación privada y personal; sujeto, por obra y gracia de ese calidoscopio de la memoria, por obra y gracia de la peculiar formación de las sensibles placas fotográficas de la psique, a ese conglomerado de productos químicos emocionales a través del cual toda palabra, todo acontecimiento, toda experiencia se filtra, digiere y deforma antes de proyectarse de nuevo sobre la gente y las relaciones.
El movimiento de las múltiples capas del yo descrito por Duchamp en el *Desnudo bajando la escalera,* los múltiples yos nacidos en proporciones varias, no singular ni armónicamente desarrollados, ni siquiera moviéndose en una dirección única, sino compuestos por múltiples yuxtaposiciones que revelan espirales caracterológicas inacabables al igual que la tierra revela sus estratos, compuestos por una infinita constelación de sentimientos que se expanden tan misteriosamente como el espacio y la luz en el reino de los planetas...
El hombre ha vuelto su telescopio hacia lo exterior y lejano, sin advertir que el carácter surge en el extremo opuesto del telescopio mediante sutiles acumulaciones, fragmentos, sedimentos e incrustaciones.
La mujer ha vuelto su telescopio hacia lo próximo, hacia lo cálido.
En ese momento Djuna experimentaba una crisis, una mutación, una necesidad de despojarse de aquella personalidad suya nacida de su relación con Rango y Zora, una necesidad de resucitar bajo otra forma. Era incapaz de seguir a Rango en su fe, incapaz también de vivir tranquila en el sueño, o de pilotar con pericia la barcaza a través de un Sena tempestuoso.
Se halló defendiendo a Sabina contra las implacables burlas de Rango. Defendió la filosofía de Sabina, la filosofía de los múltiples amores contra el amor *único.*
(Rango, tu ira no debería dirigirse contra Sabina. Sabina sólo se está comportando como se comportan todas las mujeres en sus sueños, por la noche. Me siento responsable de sus actos, porque cuando paseamos juntas y me cuenta sus aventuras, hay una porción de mí que no escucha a Sabina contándome una historia, sino que reconoce escenas familiares para una parte secreta de mí misma. Reconozco escenas que he soñado y que, por tanto, he vivido. Vivimos lo que soñamos. En sueños, yo he sido Sabina. He escapado de tu amor atormentado, he acariciado a todos los amantes posibles del mundo. Sabina no puede cargar con toda la responsabilidad de haber llevado a la práctica los sueños de tantas mujeres, simplemente porque las otras se arrellanan en su asiento y sólo participan con una parte secreta de su yo. Mediante secretas e ínfimas vibraciones de la carne, admiten ser cómplices silenciosas de los actos de Sabina. Todas hemos sentido la fiebre del deseo hacia extraños por la noche. Durante el día escarnecemos a Sabina, y nos burlamos de ella. Te enojas con ella porque lleva todos sus deseos a la práctica, abiertamente, como tú has hecho. Amar la fiebre de Sabina, la impaciencia de Sabina, su evasión de las trampas de los juegos amorosos, era ser Sabina. Ser sólo de noche lo que Sabina osaba ser durante el día, soportar la responsabilidad de nuestro secreto sueño de escapar a los tormentos de un amor en favor de muchos amores.)

Sabina se hallaba sentada a horcajadas en la silla, echándose el pelo hacia atrás con ambas manos y riendo. En ese instante siempre daba la impresión de estar a punto de sincerarse. Sobresalía en esta preparación para la confe-

sión, en esta construcción de un clima propicio a revelaciones íntimas. Pero sobresalía igualmente en la evasión. Cuando lo deseaba, su vida era como una pizarra en la que escribía velozmente, apresurándose a borrarla casi antes de que alguien hubiera podido leer lo que había escrito. En tales ocasiones, sus palabras no parecían palabras sino humo que le saliese de la boca y la nariz, una espesa cortina de humo contra cualquier posible indagación. Pero, en otras ocasiones, cuando se sentía a salvo de toda crítica, iniciaba la narración de un incidente con una entereza directa y apabullante...
–Nuestro *affaire* duró... ¡duró lo que dura un viaje en ascensor!¡Y no lo digo de manera simbólica! El flechazo mutuo fue tan violento, que era una de esas cosas que no pueden durar, pero que tampoco pueden esperar. Fue un acto de canibalismo, sin ninguna importancia, pero teníamos que llevarlo a cabo. Las circunstancias nos eran desfavorables. No teníamos dónde ir. Vagamos por las calles, deseosos el uno del otro. Nos metimos en un ascensor, y él empezó a besarme... Primer piso, segundo piso, y seguía besándome, tercer piso, cuarto piso, y cuando el ascensor se paró, ya era demasiado tarde... No podíamos parar, sus manos estaban en todas partes, su boca... Apreté el botón frenéticamente y seguimos besándonos mientras el ascensor bajaba... Cuando llegamos abajo todavía fue peor... Él pulsó el botón y estuvimos subiendo y bajando, subiendo y bajando, alocadamente, mientras la gente no paraba de llamar solicitando el ascensor...
Volvió a reír, con todo el cuerpo, incluso con los pies, llevando el ritmo de su alegría, pateando el suelo como un espectador enfervorizado, mientras sus recias caderas mecían la silla como si fuese el potro de madera de una amazona.

Una noche, mientras Djuna esperaba a Rango en la barcaza, oyó unos pasos que no eran de él ni del vigilante.
Las sombras de las velas sobre las paredes recubiertas de papel embreado interpretaron una escena de teatro balines mientras ella avanzaba hacia la puerta y gritaba:
–¿Quién está ahí?
Reinaba un silencio absoluto, como si el río, la barcaza y el visitante se hubiesen puesto de acuerdo para callar en el mismo instante, pero había una tensión en el aire y Djuna la sintió como una vibración a través de todo su cuerpo.
No sabía qué hacer, si quedarse en la habitación y cerrar la puerta con llave, a la espera de Rango, o explorar la barcaza. Si se quedaba en la habitación sin hacer ruido y vigilaba su llegada, podría advertirle gritando por la ventana y luego, juntos, tal vez pudieran reducir al intruso.
Esperó.
Las sombras sobre las paredes permanecían inmóviles, pero los reflejos de las luces sobre el río jugueteaban en su superficie como un fantasmagórico carnaval. Las velas titilaban más que de costumbre, ¿o era sólo su ansiedad?
Cuando las cuadernas de madera dejaron de crujir, volvió a oír los pasos que avanzaban cautelosamente hacia la habitación, pero no lo bastante ligeros como para impedir que crujiesen las tablas.
Djuna sacó su revólver de debajo de la almohada, un pequeño revólver que le habían regalado y que no sabía cómo funcionaba.
Gritó:
–¿Quién está ahí? Si da un paso más, disparo.

Sabía que tenía que quitar un seguro. Deseaba que llegara Rango. Él no tenía miedo físico. Temía la verdad, temía enfrentarse a sus motivaciones, temía dar la cara, comprender, examinar el reino de los sentimientos y el intelecto, pero no temía la acción, no temía el peligro físico. Djuna era intrépida en su despierta conciencia, en las dolorosas exposiciones del yo, y superaba a muchos en cuestiones de cirugía emocional, pero temía la violencia.
Esperó otro largo rato, pero de nuevo el silencio fue total y quedó en suspenso.
Rango no llegaba.
De pura fatiga, se tumbó con el revólver en la mano. Las puertas y ventanas estaban cerradas. Aguardó, a la espera de oír sobre la cubierta las pisadas desiguales de Rango.
Las velas fueron consumiéndose, una a una, ahogando su última llama, proyectando un postrer y agónico esqueleto sobre la pared.
El río mecía la gabarra.
Transcurrieron horas y Djuna quedó sumida en un duermevela.
El pestillo de la puerta fue levantado poco a poco de su quicio mediante algún instrumento, y Zora apareció en el umbral.
Djuna la vio cuando se inclinaba sobre ella, y chilló.
Llevaba en la mano una larga y antigua aguja de sombrero e intentó clavársela a Djuna. Al principio, ésta la agarró por las muñecas, pero la ira daba mayores fuerzas a Zora. Su expresión estaba deformada por el odio. Liberó sus manos y golpeó varias veces a Djuna, a ciegas, hiriéndola en el hombro, y luego, una vez más, con los ojos abiertos de par en par, intentó clavarle la aguja en su pecho,
pero no lo logró. Entonces Djuna pudo apartarla, agarrándola.
–Zora, ¿qué daño te he hecho yo?
–Obligaste a Rango a entrar en el partido. Ahora intenta llegar a ser alguien en política, y lo hace por ti. Quiere que te sientas orgullosa de él. Conmigo eso jamás le preocupó; no se avergonzaba de su pereza... Tú tienes la culpa de que nunca esté en casa... de que cada día corra peligro.
Djuna contempló el rostro de Zora y volvió a experimentar lo mismo que sentía con Rango, la desesperada inutilidad de hablar, de explicar, de clarificar. Zora y Rango eran fanáticos.
Zarandeó a Zora por los hombros, como para obligarla a escuchar, y dijo:
–Matándome no cambiarías nada, ¿lo entiendes? Somos dos caras del carácter de Rango. Si me matas, esa cara quedará libre y otra mujer pasará a ocupar mi lugar. Él mismo se halla interiormente dividido entre sus impulsos destructivos y constructivos. Mientras esté dividido siempre habrá dos mujeres. Hasta que comprendí esto también yo deseé que murieras. Pensé que Rango podía salvarse si morías. Y ahora eres tú quien está aquí, pensando que yo le arrastro al peligro. Es él mismo quien lo busca. Está avergonzado de su inutilidad. No puede soportar el conflicto de su yo dividido que, a sus ojos, se patentiza en nosotras dos. Está buscando un tercer camino para alcanzar la totalidad de su ser. Para su paz de espíritu hubiese sido más fácil si nosotras hubiéramos podido ser amigas. Pero él no nos tuvo en cuenta, no tuvo en cuenta el hecho de que pudiéramos llegar a gustarnos mutuamente, con toda sinceridad. Lo intentamos y fracasamos. Tú has sido demasiado egoísta. Estamos en extremos opuestos. Ni tú me gustas, ni yo te gusto; aunque Rango no existiera, jamás llegaríamos a gustarnos. Zora, si me haces daño serás castigada, te mandarán a un lugar sin Rango... Y Ran-

Librodot

go se enfadará contigo. Y, si tú murieras, ocurriría lo mismo, él tampoco sería mío, porque yo no puedo llenar su amor, su ansia de destrucción...
Palabras, palabras, palabras... Todas las palabras que Djuna había acariciado en su mente por la noche, a solas, las pronunció con agresividad, ciegamente, sin esperar que Zora las comprendiese, pero con tal ansiedad y vehemencia que, prescindiendo de su sentido, Zora pudo captar la súplica, los acentos de verdad que hicieron desaparecer su odio, su violencia.
Su antagonismo siempre desaparecía en presencia de la otra. Zora, enfrentada a la tristeza del rostro de Djuna, de su voz, de su esbelto cuerpo, fue incapaz de nutrir su cólera. Y Djuna, enfrentada al rostro macilento de Zora, a su cabello lacio, a sus labios febriles, abandonó su rebeldía.
Fueran cuales fueran las escenas que se desarrollaran entre ambas,, la sinceridad existente en la tristeza de la otra era algo que también las ligaba.
En ese instante llegó Rango y contempló desolado a ambas mujeres.
–¿Qué ha ocurrido? ¡Djuna, estás sangrando!
–Zora ha intentado matarme. Las heridas no son nada.
Una vez más, Djuna esperó que Rango diría: «¡Zora está loca!», y así cesaría la pesadilla.
–Querías que fuésemos amigas, porque eso te hubiese facilitado las cosas. Lo hemos intentado. Pero es imposible. Veo que Zora destruye todos mis esfuerzos por crear algo contigo, y ella cree que soy yo quien te ha metido en los peligros de la política... Jamás nos entenderemos.
Rango no supo qué decir. Contempló la sangre que se veía a través de la ropa de Djuna. Ella le mostró que las heridas no eran profundas y que sólo le habían tocado la carne, sin mayores daños.
–Voy a llevar a Zora a casa. Volveré.
Cuando regresó seguía callado, abatido, sometido.
–Zora tiene momentos de locura –dijo–. Últimamente le ha dado por amenazar a la gente en la calle. Tengo mucho miedo de que la policía la prenda y la interne en una institución.
–¿Y no te preocupa la gente a la que puede matar?
–Sí, me preocupa, Djuna. Si te hubiera matado, creo que jamás hubiese podido perdonarla. Pero tú, aun teniendo motivos para estar enojada, no lo estás. Eres generosa y buena...
–No, Rango. No puedo permitir que te lleves esa impresión. Es falsa. A menudo he deseado la muerte de Zora, pero sólo he tenido el valor de desearla... Una noche tuve un sueño en el que la mataba con una larga y antigua aguja de sombrero. ¿Comprendes de dónde sacó la idea de la aguja? De mi propio sueño, porque yo se lo conté. Al atacarme ha sido más valiente y más honesta que yo. Rango apoyó la cabeza entre las manos y se balanceó adelante y atrás, como si sufriese. De su pecho salió un apagado sollozo.
–Oh, Rango, no puedo soportarlo por más tiempo. Me iré. Así vivirás en paz con Zora.
–Djuna, hoy ha ocurrido algo más y que me ha recordado algunas de las cosas que dijiste. Algo tan terrible que esta noche no quería verte. No sé qué instinto del peligro me ha hecho venir, a pesar de todo. Pero lo que ha ocurrido esta noche es peor que el ataque de locura de Zora. Ya sabes que una vez al mes los obreros del partido pertenecientes a cierto grupo se reúnen para formular lo que ellos llaman autocrítica. Forma parte de la disciplina. Se hace con amabilidad, gran objetividad y mucha justicia. He asistido a esas reuniones. Se analiza el modo de trabajar de un hombre, los rasgos de

Librodot

su carácter. Esta noche me tocaba el turno. Estaban sentados en círculo los hombres que veo cada día, el carnicero, el cartero, el tendero, el zapatero de mi calle. El dirigente de nuestra sección es el conductor del autobús. Al principio, como ya sabes, habían tenido sus dudas sobre mi afiliación. Sabían que era un artista, un bohemio, un intelectual. Pero les gustaba... y me aceptaron. Ahora llevo dos meses trabajando para ellos. Y esta noche...

Se detuvo, como si no tuviera coraje suficiente para revivir la escena. La mano de Djuna entre las suyas le calmó. Pero mantuvo la cabeza agachada. –Esta noche han hablado, tranquila y moderadamente, como suelen hacer los franceses... Me han estado analizando mi forma de trabajar. Me han dicho algunas de las cosas que tú solías decirme. Han analizado mi carácter. Lo han observado todo, lo bueno y lo malo. No sólo la pereza, el desorden, la falta de disciplina, el poner la vida privada por delante de las necesidades del partido, las noches en el café, la conversación desmedida, la irresponsabilidad; también han mencionado mis capacidades, y eso ha sido peor, porque han mostrado cómo me saboteo a mí mismo... Han analizado mi capacidad de influir en otros, mi elocuencia, mi fervor y entusiasmo, mi pasión y energía contagiosas, mi facilidad para impresionar a las masas, el hecho de que la gente se sienta inclinada a confiar en mí, a elegirme como jefe. Todo. También conocían mi fatalismo. Han hablado de cambio de carácter, como haces tú. Incluso han aludido a la posibilidad de que Zora fuese internada en una institución, porque conocen su comportamiento.
Seguía manteniendo la cabeza agachada.
–Cuando tú me decías estas cosas amablemente, no me dolía. Era nuestro secreto y podía enojarme contigo, o contradecirte. Pero cuando las han dicho delante de todos los camaradas he comprendido que eran ciertas y, lo que todavía es peor, he comprendido que si no he podido cambiar con todo lo que tú me has dado, con años de amor y devoción, tampoco cambiaría con el partido... Cualquier otro hombre, tomando lo que tú dabas, habría hecho enormes progresos..., cualquier otro, pero yo no.

La barcaza no navegaba hacia ningún puerto, permanecía anclada en el puerto de la desesperación. Rango se desperezó y dijo:
–Estoy rendido..., cansado, tan cansado... –y se quedó dormido casi al instante en la actitud de un niño grandullón, con los puños firmemente cerrados y los brazos por encima de la cabeza.
Djuna avanzó de puntillas hasta la estancia delantera, miró fugazmente por una de las pequeñas aberturas con barrotes, como ventanucos de prisión, inclinose sobre el suelo mohoso y arrancó una de las tablas del suelo, invitando a que el diluvio hundiera aquel Arca de Noé que no llevaba a ningún puerto.

Como la madera era vieja y estaba medio podrida, Djuna no tuvo dificultad en arrancar la tabla allí donde, anteriormente la barcaza había sido calafateada, pero la entrada del agua se vio parcialmente bloqueada por la capa exterior de moluscos y filamentosas algas marinas a la que no podía llegar. Regresó a la cama dispuesta en el suelo y se acostó al lado de Rango, esperando pacientemente la muerte. Contempló el río que fluía hacia el mar y se preguntó si flotarían hacia el océano, a la deriva, sin encontrar obstáculos.
Por debajo del nivel de la identidad corre un océano, un océano del que los

seres humanos sólo llevan una gota en las venas; pero para aquellos que se hunden por debajo del nivel cognitivo, la gota se convierte en una gran ola, en marea de la memoria, en resaca de la sensación...
Bajo las ciudades interiores discurrían muchos ríos portadores de multitud de imágenes...
Todas las mujeres que Djuna había sido soltaban sus cabelleras sobre la superficie del río, en un halo, extendían múltiples brazos como ídolos indios, su esencia penetraba y rezumaba en los sueños zigzagueantes de los hombres...
Djuna, tendida boca arriba como un nenúfar de lagos amnióticos; Djuna, flotando río abajo al compás de la pavana del organillero por una difunta infanta española, la infanta que jamás accedió al trono de la madurez, que fue siempre simple pretendiente. ..
En cuanto a Rango, estallarían los tambores y todos los caballos decorados del carnaval girarían al son de una polka...
Djuna vio una y otra vez sus vidas, hasta que captó una verdad que no era sencilla y divisible sino fluctuante y evasiva; pero la vio con nitidez desde los lugares sumergidos en donde se había acostumbrado a existir: todas las mujeres que había sido eran como múltiples ríos que nacían en ella y que, con ella, fluían hasta el océano...
A través de aquella cortina de agua les vio, a todos ellos, como personajes de tamaño mayor que el natural, más perceptibles para los corazones estacionarios que se hallaban a un paso de la muerte, estadio en el que no hay pasajes borrosos ni entradas fallidas...
Ahora que había salido de la niebla de las relaciones imprecisas, con la luz más intensa de la muerte sobre aquellos rostros que habían provocado su desesperación, vio que aquellos mismos rostros pertenecían a cariñosos payasos. Zora, vestida con aderezos cómicos, con los calcetines demasiado grandes de Rango, los quimonos teñidos, con trapos sofocantes y broches desmembrados, una farsa para suscitar la culpabilidad ajena...
... en ese escenario, discurriendo Sena abajo, hacia la muerte, los actores iban siendo transportados y el amor ya no parecía una trampa... *la trampa era la pausa estática del crecimiento, el yo inmovilizado, prendido en su propia red de obstinación y obsesión...*
... una crece, al igual que las algas se hacen más altas y gruesas en el agua y son arrastradas por su propio peso a distintas corrientes....
... tenía miedo de crecer o alejarme, Rango, tenía vergüenza de abandonarte a tu tormento, pero ahora sé que tu elección es sólo tuya, como lo fue la mía...
... la fijación es la muerte... la muerte, fijación. ..
... en esta precaria embarcación, desprovista de adornos y autoengaño, el viaje puede continuar hacia el mañana...
... lo que ahora veo es la inmensidad, y los lugares en donde no he estado y los deberes que no he cumplido, y los usos de esta insólita carga de penas pretéritas, maduras todas para la transmutación...
... el mensajero de la muerte, como todos los aventureros, acelerará tu corazón hacia la mutación y el cambio...
... si Djuna se hundía a suficiente profundidad y luego a profundidad todavía mayor, todas esas mujeres que la habían llenado cada noche, perdiendo su identidad individual, le enseñarían: Sabina a hacer el amor riendo, y Estela a morir sólo durante un ratito y a volver a nacer, como mueren y renacen los

Librodot

niños ante el menor estímulo...
... desde el final en el agua al principio en el agua, Djuna completaría el trayecto, del origen al nacimiento y del nacer al fluir...
... abandonaría su cuerpo para que discurriese hacia otro más amplio que el suyo, como fue al principio, y volvería con otras muchas vidas que desplegar...
... con ella flotaría la muñeca rota de su infancia, el huevo de Pascua más pequeño que el que ella había pedido, detritus de ficciones...
... volvería a la vida por encima de las aguas del inconsciente y vería la intensificación del dolor que se había producido, verdadera causa del diluvio...
... había países que todavía no había visto...
... esta imagen produjo una pausa en su deriva...
... también debían quedar amores que todavía no había encontrado...
... mientras la barcaza se deslizaba rauda por la corriente de la desesperación, vio a gente que desde la orilla agitaba desoladamente los brazos: eran los que habían contado con su Arca de Noé para salvarse. ..
... llevaba a cabo un viaje egoísta...
... había deseado que la barcaza sirviera para otra cosa que para depósito de cadáveres...
... la guerra se aproximaba...
... cuanto mayor era la agitación, la confusión, mayor había sido su esfuerzo por mantener un mundo individualmente perfecto, un capullo de fe, símbolo y refugio...
... la cortina del alba se alzaría sobre un río desierto... sobre dos desertores...
... ante la inminencia de la muerte, Djuna hizo suya esa región intermedia de nuestro ser donde ensayamos nuestras aflicciones futuras y aliviamos las pasadas...
... en ese teatro exaltado, sus vidas aparecían bajo su verdadero color porque no había testigo alguno que pudiese distorsionar las admisiones privadas, las pretensiones más absurdas...
... en el último papel Djuna logró inmunizarse del pasadizo de la pretensión, de una existencia suspendida en la reflexión, de las imposturas...
... y vio que lo que le había parecido inmensamente real no eran más que juegos...
... *en el teatro de la muerte, la exageración lleva a la desesperanza...*
... de niña deseé que el huevo rojo de Pascua fuese grandísimo, pero si hoy pasase flotando en su tamaño real, mucho menor que el imaginado, no podría por menos de echarme a reír ante su empequeñecimiento. ..
... había elegido la muerte porque estaba avergonzada de ese empequeñecimiento y esa difuminación, de lo que el tiempo haría con nuestra ficción de magnificencia; el tiempo, que como el río borraría el dolor de las derrotas y las promesas rotas; el tiempo y el río borrarían el rostro de Zora como si se tratase de una gigantesca pesadilla; el tiempo y el río acallarían las vibraciones de la voz de Rango en mi corazón...
... el organillero tocará siempre, aunque no siempre su música sonará a acompañamiento trágico para separaciones...
... el organillero tocará siempre, pero las imágenes cambiarán, como cambiarán los sentimientos, los gestos de Rango parecerán menos violentos, y las penas caerán como hojas para fecundar el corazón de un nuevo amor...
... el organillero acelerará su ritmo con arabescos de goce para emparejarse con los gritos de la vendedora: «¡Mimosa!¡Mimosa!», a los acordes de *Duerme,*

Librodot

angelito, duerme de Grieg.
... *«.Couteaux! Couteaux a, éguiser!i»,* a los acordes de *Madame Butterfly.*
... *aPommes de teñe! Pommes de terre!i»,* a los acordes del *Bolero* de Ravel.
... *«Bouteilles! Bouteilles!»,* a los acordes de *Tristán e Isolda.*
Se echó a reír.
... mañana la ciudad fermentará con nuevos desastres, los vendedores de periódicos levantarán la voz hasta extremos histéricos, la muchedumbre se amontonará para discutir la noticia, los trenes se llevarán a los cobardes...
... los cobardes...
... flotando río abajo...
... con la barcaza no sólo destinada a albergar a un amor único sino a servir de refugio a la fe...
... estaba hundiendo una fe...
... en lugar de solidificar el reino flotante con su carga de valores eternos...
(«Un mundo individualmente perfecto –había dicho Rango– es destruido por la realidad, la guerra, las revoluciones.»)
–Rango, ¡despierta, despierta, hay una vía de agua!

Le costó despertar. Sus sueños de magnificencia y de grandeza pesaban sobre su cuerpo como atuendos reales, pero el rostro que abrió al alba era el rostro de la inocencia, la inocencia con la que todo hombre se enfrenta al nuevo día. Djuna leyó en él lo que se había negado a ver, la otra cara de Rango, el niño, alojada ahora en el cuerpo de un hombre corpulento mediante un simple truco.
Había sido un juego: «Djuna, estate ahí y mira cómo hago de rey y salvador. Cuando te lo diga, me admirarás». Y ella reiría y diría: «No sé si sabes que, a decir verdad, prefiero a un vagabundo que toque la guitarra».
Se echaría a reír cuando Rango se negase a ver la locura de Zora, porque sería como su negativa a ver la propia locura de él, sus personificaciones, sus ficciones, sus ilusiones...
Ante la muerte la barcaza resultaba más pequeña, Rango no se erguía tan inmenso, Zora había empequeñecido. ..
Ante la muerte se entretenían jugando, Zora absurdamente revestida con los adornos de la tragedia, ensuciando, abortando, confundiendo, encantada con los colores púrpuras de la catástrofe, como los niños se extasían ante los coches de los bomberos. Cuando su falta de sabiduría y valor la atormentaba, tomaba venganza descendiendo a su reino y creándoles dificultades.

En una ocasión dijo a Rango que el padre de Djuna tenía que irse a vivir al Sur de Francia por razones de salud, y que deberían separarse. Desvalidos como se encontraban, habían creído que ella permitiría que aquello sucediera, ya que estaban acostumbrados a rendirse ante lo inevitable. Rango había saltado, retorciéndose de dolor. Zora le había dicho, no sin antes añadir una sutil pizca de veneno:
–Antes o después tenía que suceder... Djuna te abandonará.
Entonces Djuna fue a ver a Zora, que movía de un modo raro y laborioso sus manitas fláccidas, que parecía desvalida aun cuando Djuna supiera que era la más fuerte de los tres, porque había aprendido a explotar su debilidad. Zora le dijo que Rango, aquel día, no había comido. No había parado de caminar de un lado a otro de la estancia, y se había mostrado muy cruel con

Librodot

ella. Le había dicho:
–Si Djuna se va al Sur de Francia, te voy a mandar a casa de tus padres.
–¿Sola? Y tú, ¿qué?
–Oh, yo –respondió él encogiéndose de hombros.
Zora añadió:
–Se suicidará.
Pero en esa ocasión su juego la había divertido bastante. Volvía a sentirse madura. Tras una semana de tormento, el escenario estaba dispuesto para una gran escena de amor; ahora sabía que, si abandonaba a Rango, él no se conformaría con Zora. Eso era todo cuanto necesitaba saber. Tal vez no fuese mucho más juiciosa que ellos..., quizá no tuviera una fe excesiva en el amor... Tal vez en su interior se cobijase una Zora necesitada de protección y un Rango desbocadamente ansioso, necesitado de seguridades. Tal vez ésa fuese la razón por la que los amaba, y quizá Zora tuviera razón al creer en el amor de ella, como le ocurría en sus momentos de lucidez...
Ante la muerte, Rango parecía menos violento, Zora menos tiránica, Djuna menos prudente. Y cuando Zora la miró por encima de la montura de sus gafas, recogidas de un cesto de desperdicios en un portal cualquiera y nada adecuadas para sus ojos..., fue como uno de esos niños que, aspirantes al trono de la madurez, miran y fruncen el ceño por encima de la montura de las gafas de sus padres...
–¡Rango!¡Despierta despierta despierta despierta despierta! ¡Hay una vía de agua!
Rango abrió los ojos y dio un brinco:
–Oh, ayer me olvidé de bombear el agua.
La segunda cara de Rango, visible tras el rostro sorprendido e inocente revelado en el momento de despertar, evidenciaba aquella expresión de total y absoluto desánimo, común a niños y adolescentes, que denota una visión exagerada de la realidad, la impresión de que la magnitud de esa realidad es amenazadora, desproporcionada. Sólo los niños y los adolescentes conocen esa desesperación total, como si toda herida tuviera que ser fatal e irrevocable, todo momento el último, como si la muerte y los peligros acechasen, inmensos, como habían acechado durante la noche en la mente de Djuna...

Rango reparó la vía de agua con tenacidad y salieron a pasear por el muelle. Aunque faltaba un instante para la salida del sol, ya había algunos pescadores apostados porque el río bajaba tranquilo, ideal para la pesca. Uno de ellos acababa de coger algo sorprendente y, riendo, lo alzó para que Djuna lo viese.
Era una muñeca.
Era una muñeca que se había suicidado durante la noche. El agua había borrado sus rasgos. Su pelo le aureolaba la cara con un resplandor cristalino.
El Arca de Noé había sobrevivido al diluvio.

FIN